CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS



MADRID
MARZO, 1952
27

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

27

MARZO 1952

SUMARIO

DIRECCIÓN Y SECRETARÍA LITERARIA

Avda. de los Reyes Católicos.
Instituto de Cultura Hispánica
Teléf. 24 87 91.

ADMINISTRACIÓN

Alcalá Galiano, 4

MADRID

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

«Cuadernos Hispanoamericanos» es una revista mensual de cultura hispánica, cuyo fin pretende recoger objetivamente la realidad cultural de Hispanoamérica, interpretando al propio tiempo la cultura europea según un criterio hispánico. El economista, el sociólogo, el universitario, el poeta, el filósofo, el historiador de América, contribuyen desde sus páginas al conocimiento mutuo y al intercambio cultural entre todos los países de lengua castellana.

«Cuadernos Hispanoamericanos» solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos

PRECIOS

ESPAÑA

Número suelto	15 ptas.
Suscripción anual	160 »

DIRECCIÓN Y SECRETARÍA LITERARIA

INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

AVENIDA DE LOS REYES CATOLICOS.—TEL. 248791

Ciudad Universitaria.

ADMINISTRACIÓN

ALCALA GALIANO, 4.—TEL. 23-05-26

MADRID (España)

EDICIONES MUNDO HISPANICO

INDICE

Páginas

BRÚJULA DEL PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Páginas

ASTERISCOS

Portada y dibujos del pintor argentino José Manuel Moraña.

CORRESPONSALES ADMINISTRATIVOS DE «CUADERNOS HISPANOAMERICANOS»

ARGENTINA

Queromón Editores, S. R. L.
Oro, 2455.
Buenos Aires.

BOLIVIA

Alfredo Prudencio, Librería Voluntad.
C. Comercio, 362.
La Paz.

BELGICA

Juan Bautista Ortega Cabrelles.
42. rúe D'Aremberg.
Bruselas.

Agence Messageries de la Presse.
Rúe Du Persil, 14 a 22.
Bruselas.

BRASIL

Livraria Luso - Espanhola e Brasileira,
Av. 13 maio 23, 4.º
Edificio Darke.
Río de Janeiro.

CANADA

Comptoir au Bon Livre.
3703 Avda. Dupuis, angle Ch. de la Còte des Neiges.
Montreal.

COLOMBIA

Librería Nacional Limitada.
Apartado 701.
Barranquilla.

Carlos Climent.
Instituto del Libro.
Popayán.

Librería Hispania.
Carrera 7.ª, 19-49.
Bogotá.

Pedro J. Duarte, Selecciones.
Maracaibo, 49-13.
Medellín.

COSTA RICA

Librería López.
Avda. Central.
San José de C. R.

CUBA

Oscar A. Madiedo.
Presidente Zayas, número 407.
La Habana.

CHILE

Edmundo Pizarro.
Huérfanos, 1.372.
Santiago de Chile.

DINAMARCA

Erik Paludan.
Fiolstraede, 10.
Copenhague.

ECUADOR

Agencia de Publicaciones «Selecciones».
Plaza del Teatro.
Quito.

Agencia de Publicaciones «Selecciones».
Nueve de Octubre, número 703.
Guayaquil.

EL SALVADOR

Emilio Simán.
Lib. His. American.
Calle Poniente, 2.
San Salvador.

ESPAÑA

Ediciones Iberoamericanas, S. A.
Pizarro, 17, bajo izquierda.
Madrid.

ESTADOS UNIDOS

Las Americas Publishing Company.
30 West, 12 th Street.
Nueva York, 11 N. Y.

FRANCIA

Livrairie des Editions Espagnoles.
78, rúe Mazarine.
París (6 éme).

Nouvelles Messageries de la Presse Parisienne.
8, rúe Paul Lelong.
París (2 éme).

GUATEMALA

Librería Internacional Ortodoxa.
7.ª Avda. Sur, 12-D.
Guatemala.

HONDURAS

Agustín Tijerino.
Agencia Selecta.
Apartado 44.
Tegucigalpa, D. C.

ITALIA

Librería Feria.
Piazza di Spagna, 56.
Roma.

MEXICO

Juan Ibarrola.
Libros y Revistas Culturales.
Belisario Domínguez, 3-9.
México D. F.

NICARAGUA

Ramiro Ramírez V.
Agencia de Publicaciones.
Managua. D. N.

PANAMA

José Menéndez.
Agencia de Publicaciones.
Panamá.

PARAGUAY

Carlos Henning.
Librería Universal.
14 de Mayo, 209.
Asunción.

PERU

José Muñoz R.
Monzón, 137.
Lima.

PORTUGAL

Agencia Internacional de Livraira.
Rua San Nicolau, 119.
Lisboa.

PUERTO RICO

Librería «La Milagrosa».
San Sebastián, 103.
San Juan.

REPUBLICA DOMINICANA

Escofet Hermanos.
Instituto Americano del Libro y de la Prensa.
Arzobispo Nouel, 86.
Ciudad Trujillo.

SUIZA

Thomas Verlac.
Renweg, 14
Zurich.

URUGUAY

Germán Fernández Fraga.
Durazno, 1.156.
Montevideo.

VENEZUELA

Distribuidora Continental, S. A.
Bolero A. Pineda, 21.
Caracas.

BIBLIOTECA DEL SUSCRIPTOR

¡YA PUEDE ADQUIRIR BUENOS LIBROS!

SUSCRIBASE A NUESTRAS REVISTAS y recibirá directamente el libro especializado o de interés general que necesita • Forme su biblioteca ahorrando dinero • Y estudie la lista de libros que ofrecemos a nuestros suscritores:

COLECCION GRANDES NOVELAS

TITULO	AUTOR	PTAS.
A sangre y fuego (dos volúmenes).	E. Sienkiewicz.	35,—
El diluvio.	» »	16,—
Miguel Wolodijezsky (dos volúmenes).	» »	28,—
El año del Señor.	Karl. H. Waggerl.	20,—
El segador.	Iordan Iovkof.	20,—
Pied D'Aloustta.	Guy Maseline.	14,—
Dios hablará esta noche (dos volúmenes).	J. M. de Back.	50,—
Moscú, 1979.	Won Kuehnel Leddihn.	32,—
La insaciable.	Gracián Quijano.	6,—
La estrella de la mañana.	Thomas Kernan.	30,—
Noche y niebla.	Ives Fougère.	25,—
Epopeya india.	Rafael House.	15,—
Haremos tu voluntad.	Piedad de Salas.	20,—
Los hermanos Karamazov.	F. Dostoyewski.	50,—
Los hijos del Sol.	H. Housse.	35,—
Victoria en América.	Concha Espina.	35,—

(Edición especial de Bibliófilos). 70 pesetas

ARBOR Revista General de Investigación y Cultura
Redacción y Administración: Serrano, 117 - Teléfono 33 39 00 - Madrid

NUMERO 75, MARZO 1952

SUMARIO

SUSCRIPCION ANUAL, 125 ptas. - NUMERO SUELTO, 15 ptas.

NUMERO ATRASADO, 25 ptas.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERÍAS



BRUJULA DEL PENSAMIENTO

EL ORIGEN DE LA OBRA DE ARTE

POR

MARTIN HEIDEGGER

Y III

LA OBRA Y LA VERDAD

El origen de la obra de arte y del artista es el arte. El origen es el principio de la esencia, en donde el ser de un ente es esencialmente. ¿Qué es el arte? Buscamos su esencia en la obra real. La realidad de la obra se determinó desde lo que obra en la obra, desde el acontecer de la verdad. Pensamos este acontecimiento como la controversia de la disputa entre mundo y tierra. En la reunida movilidad de este controvertir es esencialmente el reposo. Ahí se funda el reposar-en-sí de la obra.

En la obra, obra el acontecimiento de la verdad. Pero lo que así obra, está, sin embargo, en la obra. Por eso estaba aquí ya presupuesta la obra real como portadora de aquel acontecer. Al punto está de nuevo ante nosotros la cuestión por aquel carácter de cosa en la obra existente-presente. De este modo es claro, finalmente, que: aunque inquiramos tan celosamente como queramos el estar-en-sí de la obra, equivocaremos siempre su realidad, hasta tanto nos pongamos de acuerdo en tomar a la obra como algo «obrado». Tomarla así es lo más próximo, pues oímos en la palabra obra lo obrado. El carácter de obra de la obra consiste en su ser-creada por el artista. Puede parecer justamente asombroso que se mencione ahora esta determinación de la obra tan cercana y la más clara de todas.

Pero sólo se puede comprender el ser-creado de la obra abiertamente a partir del proceso del crear. Así tenemos que estar de

Publicamos en este número la última parte y el epílogo del estudio inicial de que consta Holzwege, *la obra más reciente entre las publicadas por Martín Heidegger. La versión castellana de* Der Ursprung des Kunstwerkes *se debe al español Francisco Soler Grima, licenciado en Filosofía por la Universidad de Madrid. Las dos primeras partes del trabajo fueron publicadas, respectivamente, en los núms. 25 y 26 (enero y febrero de 1952). Las citas de página se refieren a la edición alemana de Vitt. Klostermann. Franckfurt a. M., 1950. 346 págs.*

acuerdo a la fuerza en que hay que penetrar en la actividad del artista para encontrar el origen de la obra de arte. El intento de determinar el ser-obra de la obra puramente desde esta misma se muestra inconducente.

Aunque nos apartemos ahora de la obra y persigamos la esencia de crear [p. 46], aun así deseamos mantener en el conocimiento aquello que en primer lugar se dijo del cuadro de los zuecos y después del templo griego.

Pensamos el crear como un producir. Pero un producir es también la fabricación del utensilio. La obra manual, notable ejemplo del lenguaje, no crea ninguna obra, tampoco aunque separemos, como es necesario, la producción manual de la manufactura. Pero ¿en qué se distingue el producir como crear del producir al modo de la fabricación? Cuanto más fácilmente mantengamos separados el término del crear de la obra y el del fabricar del utensilio, tanto más difícil es perseguir ambas maneras de producir, cada una en sus peculiares rasgos esenciales. Subsecuente a la más próxima apariencia encontramos el mismo comportamiento en la actividad del alfarero y del escultor, del ebanista y del pintor. El crear-obra exige por sí mismo el hacer manual. Los grandes artistas aprecian sumamente el poder manual. Ellos se afanan diligentemente en dominarlo totalmente. Se afanan antes que en otra cosa en torno a la perfección siempre nueva en la obra manual. Se ha indicado frecuentemente que los griegos, que algo entendían de arte, empleaban la misma palabra τέχνη para el hacer manual y para el arte y designaban con la misma palabra τεχνίτης al artesano y al artista.

Por ello parece aconsejable el determinar la esencia del crear desde su lado manual. Precisamente la alusión al empleo del lenguaje que nombra su experiencia del asunto nos debe dar en qué pensar. Aun siendo común y obvia la alusión a la denominación empleada por los griegos, de obra manual y arte con la misma palabra τέχνη, no obstante queda torcida y superficial, pues τέχνη no significa ni obra manual, ni arte, y, muchísimo menos, técnica en sentido actual. τέχνη no mienta en general nunca un modo de rendimiento práctico. La palabra nombra más bien un modo de saber. Saber quiere decir: haber visto, ver en sentido amplio; esto quiere decir: percibir lo presente como tal [p. 47]. La esencia del saber consiste para el pensar griego en la ἀλήθεια, esto es, en el desvelamiento del ente. Ella lleva y conduce todo trato con el ente. La τέχνη, como saber griego experimentado, es producir del ente, como lo presente en cuanto tal, lo que produce el

aparecer desde el velamiento al desvelamiento; τέχνη no significa nunca la actividad de un hacer. El artista no es un τεχνίτης, porque sea también un artesano, sino porque en aquel producir acontece tanto el establecer de la obra como el del utensilio, que de antemano hace surgir al ente a la presencia de su aspecto. Sin embargo, todo esto acontece en medio del ente que surge espontáneamente, de la φύσις. No se dice en modo alguno la denominación de arte como τέχνη para que se experimente el hacer del artista desde el obrar manual. Por el contrario, lo que aparece en la creación artística como producción manual es de otro modo. Este hacer se determina desde la esencia del crear y se determina totalmente y queda retenido también en éste.

¿Por medio de qué hilo conductor, si no es por el de la obra manual, pensaremos entonces la esencia del crear? ¿De qué otra manera que teniendo ante la vista lo que está por crear, la obra? Con todo, la obra llega, en primer lugar, a ser realmente en la ejecución del crear, y así depende de éste en su realidad; con todo, y aun precisamente por ello, depende la esencia del crear de la esencia de la obra. Aunque el ser creado de la obra tiene una relación con el crear, sin embargo, debe ser determinado tanto el ser creado como el crear a partir del ser-obra de la obra. Ahora esto ya no puede asombrarnos, porque hemos tratado en primer lugar y largamente sólo de la obra, para traer ante la vista, finalmente, el ser-creado. Si el ser-creado pertenece tan esencialmente a la obra, como resuena también en la palabra obra, entonces debemos intentar comprender más esencialmente lo que se pudo determinar hasta ahora como el ser-obra de la obra.

Teniendo en cuenta la conseguida delimitación esencial de la obra, que en la obra obra el acontecimiento de la verdad [p. 48], podemos caracterizar el crear como el dejar surgir en lo producido. El llegar a ser obra de la obra es un modo del llegar a ser y del acontecer de la verdad, en cuya esencia está todo. Pero ¿qué es la verdad para que tenga que acontecer en algo así como creado? ¿Hasta qué punto tiene la verdad desde el fundamento de su esencia una relación con la obra? ¿Se puede comprender esto desde la esencia de la verdad dilucidada hasta ahora?

La verdad es no-verdad. En el no-velamiento como verdad es esencialmente al mismo tiempo el otro «no-» de un doble vedar. La verdad es esencialmente como tal en el careo de iluminación y doble ocultamiento. La verdad es la disputa originaria en la que se conquista lo abierto cada vez de una manera, en la que

todo entra y de la que todo se aparta, todo lo que se muestra y establece como ente. De cualquier forma que arranque y acontezca esta disputa, siempre por medio de ella se acentúan los contendientes, iluminación y ocultamiento. Así se conquista lo abierto del ámbito de la disputa. La apertura de lo abierto, esto es, la verdad, puede ser solamente lo que es, es decir, esta apertura, si se establece y mientras se establezca a ella misma en lo abierto de ella. Por eso tiene que haber siempre un ente en eso abierto, en el cual tome la apertura su estado y su «estacia». Ocupando ella misma lo abierto, mantiene y sostiene este abrir. Poner y ocupar están pensados aquí, en general, desde el sentido griego de θέσις, que mienta un levantar en lo desvelado. Con la alusión al establecerse de la abertura en lo abierto se mueve el pensamiento en un círculo, que aquí ni puede ser explicado. Sea señalado únicamente que, si la esencia del desvelamiento del ente pertenece de alguna manera al ser mismo (cfr. *Sein un Zeit*, § 44), éste deja que acontezca desde su esencia el ámbito de la apertura (el esclarecimiento del ahí, *Da*) y lo introduce, como tal, en donde surge todo ente a su manera.

La verdad sólo acontece estableciéndose en la disputa y ámbito que por ella misma se abre. Porque la verdad es el careo de iluminación y ocultamiento, es por lo que pertenece a ella lo que aquí se ha llamado establecimiento [p. 49]. Pero la verdad no está primero existente-presente en sí en alguna parte, en las estrellas, para después colocarse suplementariamente en alguna otra parte, en el ente. Esto es imposible, porque la apertura del ente da la posibilidad de un «en alguna parte» y de un lugar cumplido de lo presente. Iluminación de la apertura y establecimiento en lo abierto son copertenecientes. Son mutuamente una misma esencia del acontecer de la verdad. Esto ocurre históricamente de diversos modos.

Un modo esencial como la verdad se establece en el ente por ella abierto, es el poner-se-en-la-obra la verdad. Otro modo como es esencialmente la verdad es la acción fundadora de estados. Otro modo de llegar a la luz verdad es la cercanía de lo que en absoluto es ente, sino lo más ente del ente. Otro modo como se funda la verdad es el sacrificio esencial. Otro modo como llega a ser la verdad es el preguntar del pensar, que, como pensar del ser, nombra a éste en su problematicidad. Por el contrario, la ciencia no es ningún modo originario de acontecer la verdad, sino siempre la construcción de un ámbito de verdad ya abierto, y

ciertamente por medio de concebir y fundar lo que en su esfera se muestra legítimo posible y necesariamente. Cuando y en cuanto una ciencia trasciende lo legítimo a la verdad, esto es, al esencial descubrimiento del ente en cuanto tal, es filosofía.

Porque pertenece a la esencia de la verdad establecerse en el ente, para llegar a ser así ante todo verdad, es por lo que hay en la esencia de la verdad el rasgo para la obra como una característica posibilidad de estar siendo en medio del ente mismo.

El establecimiento de la verdad en la obra es el producir de un ente tal, que antes no era todavía y después nunca más llegará a ser. La producción pone en tal forma a este ente en lo abierto, que lo que está por traer ilumina ante todo la apertura de lo abierto, en la que él surge. Cuando la producción trae propiamente la apertura del ente, la verdad, es lo producido una obra [p. 50]. Tal producir es el crear. Antes que traer, es un recibir y un sacar en medio de la relación con el desvelamiento. Entonces, ¿en qué consiste, por tanto, el ser-creado? Se ha aclarado por medio de dos determinaciones esenciales.

La verdad se ajusta en la obra. La verdad es esencialmente sólo como la disputa entre iluminación y ocultamiento en el careo de mundo y tierra. La verdad debe ser ajustada en la obra como esta disputa entre mundo y tierra. La disputa no debe ser reducida a un ente peculiar que está por producir, tampoco simplemente colocada, sino abierta precisamente a partir de él. Este ente debe tener por ello en sí los rasgos esenciales de la disputa. En la disputa se conquista la unidad de mundo y tierra. Abriéndose un mundo, ella decide para una humanidad histórica qué es victoria y derrota, bendición y maldición, señorío y esclavitud. El mundo que surge lleva a que aparezca precisamente lo aun no-decidido y sin-medida, y así abre la oculta necesidad de medida y decisibilidad. Pero abriéndose un mundo la tierra llega a descollar. Ella se muestra como la que lleva todo, como lo cobijado en su ley y encerrado constantemente. El mundo reclama su decisibilidad y su medida y deja llegar al ente en lo abierto de su camino. La tierra aspira, llevando y descollando a mantenerse encerrada y a confiar todo a su ley. La disputa no es una desgarradura como el repentino hendirse en una simple sima, sino que la disputa es la interioridad del pertenecerse los disputantes. Esta fisura compone a los contrincantes en el origen de su unidad desde el fundamento común. Es fisura fundamental. Es desgarradura que delinea los rasgos básicos del brotar de la iluminación del ente. Esta

hendidura no deja que se hiendan separadamente los contrincantes, sino que lleva lo opuesto de medida y límite al contorno común.

La verdad se instala como disputa en un ente por producir sólo del modo que la disputa se manifieste en este ente, esto es, que este mismo sea traído a la disputa. La fisura es la estructura unitaria de la desgarradura y de la hendidura básica, del desgarro y del contorno. La verdad se compone en el ente [p. 51], de modo que este mismo ocupa lo abierto de la verdad. Pero este ocupar sólo puede acontecer confiándose lo que está por engendrar, la fisura, a lo que se cierra sobre sí mismo, que sobresale en lo abierto. La fisura se debe posponer en la tirante pesadez de la piedra, en la muda dureza de la madera, en el oscuro ardor del color. Volviendo a tomar sobre sí la tierra a la fisura, se reestablece la fisura ante todo en lo abierto, y de este modo en lo establecido, esto es, legislado, que sobresale en lo abierto como lo-que-se-cierra-sobre-sí y que protege. La disputa traída en la fisura, y de este modo postergada en la tierra y establecida con ella, es la forma. Ser-creado de la obra quiere decir: ser-establecido de la verdad en la forma. Ella es la estructura como aquello a lo que se doblega la fisura. La fisura conformada es el molde del aparecer de la verdad. Lo que quiere decir aquí forma hay que pensarlo siempre a partir de aquel componer y de aquel esbozo estructurador (Gesstell), como lo que es esencialmente la obra en cuanto se erige y establece.

En el crear obra debe llegar a ser pospuesta la disputa como fisura en la tierra; la tierra misma debe llegar a ser presentada y empleada como lo que se-cierra-sobre-sí. Pero este usar de la tierra no consume y mal-usa la tierra como una materia, sino que la realza precisamente a ella misma. Este usar de la tierra es un obrar con ella, que se parece ciertamente al empleo manual de materia. De ello proviene el parecer que el crear-obra es también actividad manual. No es nunca eso. Pero sí hay siempre un usar de la tierra en el establecer de la verdad en la forma. Por el contrario, jamás es la fabricación del utensilio inmediatamente la realización del acontecer de la verdad. El estar-preparado del instrumento es estar-formado de una materia y ciertamente como estar-dispuesta para el uso. Ser-preparado del instrumento quiere decir: que éste está despachado más allá de él mismo para surgir en la utilidad.

No ocurre así con el ser-creado de la obra. Esto se hará claro a partir del segundo criterio que aquí se puede aducir.

El ser-preparado del instrumento y el ser-creado de la obra coinciden ambos en que constituyen un ser-producto. Pero el ser-producto de la obra tiene su peculiaridad frente a cualquier otra producción, en que es crear en lo creado [p. 52]. Pero ¿no vale esto para todo lo que es engendrado y, en general, para cualquier nacer? Sin embargo, a todo lo producido es dado juntamente, si es algo en general, el ser-producido. Ciertamente, pero en la obra el ser-creado está creado propiamente dentro de lo creado, de tal modo que, a partir de él, propiamente resalta lo así creado. Si la cosa es así, entonces podremos saber también el ser-creado propiamente en la obra.

El surgir del ser-creado a partir de la obra no mienta que en la obra se note que es hecha por un gran artista. Lo creado no debe llegar a ser atestiguado como la actividad de un conocedor, y por ello el autor elevado a la consideración pública. No debe ser dado y conocido el N-N. *fecit,* sino que debe mantenerse el simple *factum est* en la obra en lo abierto: esto, el desvelamiento del ente acontece aquí y acontece ante todo como esto acontecido; esto, que en general es tal obra y no otra. Lo insólito, que la obra es esta obra y el no-interrumpir este choque constituye la consistencia del reposar-en-sí de la obra. Precisamente allí donde permanecen desconocidos el artista, el proceso y las circunstancias del surgimiento de la obra, se adelanta lo más puramente desde la obra este choque, este «que» del ser-creado. Cierto que pertenece a todo instrumento disponible y en uso, «que» es fabricado. Pero este «que» no sobresale en el instrumento; por el contrario, él desaparece en la utilidad. Cuanto más manejable es un instrumento, tanto más disimulado queda que, por ejemplo, es tal martillo, tanto más exclusivamente se mantiene el instrumento en su ser instrumental. En general, podemos notar en todo lo existente-presente que es; pero esto sólo se advierte, si acaso, para quedar pronto olvidado según el modo de lo habitual. Pero ¿qué es más habitual que esto: que el ente es? En la obra es, por el contrario, que ella como tal *es,* precisamente lo inhabitual. El lance de su ser-creado no sólo perdura en la obra, sino que la eventualidad, que la obra es en cuanto esta obra, arroja a la obra ante sí y la ha arrojado constantemente alrededor de sí. Cuanto más esencialmente se abre la obra [p. 53], tanto más luminosamente llega a ser la unicidad de aquello que es y más bien no es. Cuanto más

esencialmente llega este choque a lo abierto, tanto más extraña y solitariamente se hace la obra. En el producir de la obra está este ofrecer de «lo que es».

La pregunta por el ser-creado de la obra nos debería acercar más a la mismidad de la obra y con ello a su realidad. El ser-creado se descubrió como el ser-establecido de la disputa en la forma, a través de la fisura. Con esto el ser creado mismo es creado implantado en la obra y está en lo abierto como el choque de aquel «que». Pero tampoco se agota la realidad de la obra en el ser-creada. Por el contrario, la consideración de la esencia del ser creada de la obra nos pone en la situación de dar el paso al que se encamina todo lo dicho hasta ahora.

Tanto más aislada está en sí la obra, establecida en la forma, y tanto más puramente aparece desligada de toda referencia al hombre cuanto más simplemente se manifiesta el choque que *es* tal obra y cuanto más esencialmente lo inseguro es abierto violentamente y derribado lo aparentemente seguro hasta ese momento. Pero este múltiple chocar no tiene nada de violento, pues, cuanto más puramente la obra misma es apartada en la apertura del ente por ella misma abierta, tanto más simplemente nos introduce en esta apertura, y esto al mismo tiempo nos saca fuera de lo común. Seguir esta remoción quiere decir: transformar las relaciones comunes al mundo y a la tierra y en lo sucesivo abstenerse de todo hacer y apreciar, conocer y mirar, para quedarse en la verdad que acontece en la obra. El comportamiento de este quedarse deja ser a lo creado la obra que es. A esto, dejar ser a la obra, obra, llamamos nosotros la verificación de la obra. Por la verificación se da, ante todo, la obra en su ser-creada como lo real; esto es, como carácter de obra presente.

Así como, en general, la obra no puede ser sin ser creada, de este modo la emplean esencialmente los creadores, del mismo modo tampoco puede lo creado llegar a ser lo que es sin los verificantes.

Pero si una obra no encuentra los verificantes, de modo que no encuentra de modo inmediato [p. 54] el correspondiente acontecer de la verdad en la obra, esto no quiere decir de ningún modo que la obra sea también obra sin los verificantes. Ella permanece siempre referida, cuando es una obra, a los verificantes; también entonces y precisamente entonces, cuando sólo espera a los verificantes, cuyo habitar en su verdad adquiere y espera con ansias. Hasta el olvido en que la obra puede caer, no es nada; es también un verificar que se nutre de la obra. Verificación de

la obra quiere decir: estar-dentro de la apertura del ente que acontece en la obra. Pero la estancia-en de la verificación es un saber. Sin embargo, el saber no consiste en el simple conocer y representar de algo. Quien verdaderamente sabe el ente, sabe, lo que quiere, en medio del ente.

El querer nombrado aquí, que ni aplica en primer lugar un saber, ni lo presupone, está pensado desde la experiencia fundamental del pensar en «ser y tiempo». El saber que es un querer y el querer que es un saber es el ek-stático empeñarse del hombre en el desvelamiento del ser. La existencia resuelta (Entschlossenheit) pensada en *Sein und Zeit* no es la acción decidida de un sujeto, sino la apertura (Eröffnung) del *Dasein* a partir de la pérdida en el ente a la apertura (Offenheit) del ser. Sin embargo, en la existencia no sale el hombre de un dentro anterior a un fuera, sino que la esencia de la existencia es el soportante estar-dentro de lo esencialmente separado de la iluminación del ente. Ni en el crear anteriormente nombrado, ni en el querer nombrado ahora, se piensa en la ejecución o acción de un sujeto en sí mismo como la meta puesta y propuesta.

Querer es la sobria re-solución del existente trascendido-de-sí, que corre el riesgo de la apertura del ente como el poner en la obra. Así se lleva la in-stancia a la ley. Verificación de la obra es en cuanto saber la in-stancia sobria en lo peligroso del acontecer de la verdad en la obra.

Este saber que como querer es nativo en la verdad de la obra y sólo así es un saber, no saca a la obra de su estar-en-sí, no la zarandea en el ámbito del simple vivenciarse y no rebaja la obra al papel de un suscitador de vivencias. La verificación de la obra no separa al hombre de sus vivencias [p. 55], sino que las inserta en la pertenencia del acontecer de la verdad en la obra y fundamenta así el estar para uno y otro y uno con otro como el soportar histórico del *Da-sein* desde la relación al desvelamiento. Totalmente alejado está el saber el modo del verificar de aquel únicamente deleitoso modo de conocer de lo formal en la obra, de sus cualidades y atractivos; y esto es precisamente porque el verificar es un saber. El haber-visto es un estar-decidido. Es el estar-en la disputa, que la obra ha entrañado en la fisura.

El modo de la justa verificación de la obra es co-producido y trazado primera y únicamente por la obra misma. La verificación acontece en diferentes grados de saber, con distinto alcance, constancia y claridad, respectivamente. Aunque las obras puedan es-

tar ofrecidas al simple goce estético, no se muestra con eso que como obras estén en la verificación. Por el contrario, tan pronto como aquel choque en lo no-seguro se toma en lo corriente y en lo conocible, empieza para la obra ya el ejercicio artístico. Aun la cuidadosa transmisión de las obras, los intentos científicos para su recuperación, jamás alcanzan el ser-obra mismo, sino solamente un recuerdo de ella. Pero esto aun puede ofrecer a la obra un paraje desde el cual ella co-figura historia. La más propia realidad de la obra llega, por el contrario, a tener verdadera importancia sólo cuando la obra es verificada en el acontecer de la verdad por medio de ella misma.

La realidad de la obra está determinada en sus rasgos fundamentales a partir de la esencia del ser-obra. Ahora podemos hacer de nuevo la pregunta introductoria: ¿Qué ocurre con aquello que tiene carácter de cosa en la obra, que debe garantizar su inmediata realidad? Sucede que nosotros ya no hacemos más la pregunta por el carácter de cosa en la obra, pues mientras preguntamos de ese modo tomamos al punto, de antemano, y definitivamente, a la obra como un objeto existente-presente. Así nunca preguntamos desde la obra, sino desde nosotros. Desde nosotros, que con ello no dejamos ser a la obra, obra, sino que la representamos como objeto, que debe producirnos cualesquiera estados [p. 56].

Sin embargo, lo que en la obra tomada como objeto aparece, como carácter de cosa, en el sentido del concepto de cosa corriente es, experimentado desde la obra, el carácter de tierra de la obra. La tierra sobresale en la obra porque la obra en cuanto tal es esencialmente estando la verdad en la obra, y porque la verdad sólo es esencialmente, estableciéndose en un ente. Pero en la tierra, como lo que esencialmente se cierra, encuentra la apertura de lo abierto su más alto apoyo, y asimismo precisamente el sitio de su permanente situación, en el que debe establecerse la forma.

¿Fué, pues, superfluo entrar, en general, en la cuestión de la cosidad de la cosa? De ningún modo. Ciertamente que no se puede determinar lo que es obra desde lo que es cosa; pero, inversamente, muy bien pudiera ocurrir que fuese llevada al recto camino la pregunta por la cosidad de la cosa desde el saber de la obridad de la obra. Esto no es vano si recordamos aquellos modos de pensar que desde antiguo asaltan la cosidad de la cosa y conducen a que predomine una interpretación del ente en total, que, así como es incapaz de una comprensión esencial del instrumento y de la obra, es ciega para la originaria esencia de la verdad.

No bastan para la determinación de la cosidad de la cosa las consideraciones de la cosa como portadora de sus propiedades, ni la unidad de lo dado sensiblemente de modo múltiple, ni la que representa la cosa como entramado de materia y forma, que está sacada de lo instrumental.

El punto de partida decisivo e importante para la interpretación de la cosidad de la cosa debe partir de la pertenencia de la cosa a la tierra. La esencia de la tierra, como lo totalmente espontáneo, llevante-que-se-cierra se revela, sin embargo, solamente sobresaliendo interiormente en un mundo en el careo de ambos. Esta disputa es establecida en la forma de la obra y se patentiza a través de ésta. Lo que vale para el instrumento, que nosotros supimos la instrumentalidad del instrumento primero y propiamente por la obra, vale también para la cosidad misma. Como no sabemos directamente nunca lo que es cosa, y, si lo sabemos, es de modo indeterminado, pues necesitamos para ello de la obra, esto muestra mediatamente que en el ser-obra de la obra, el acontecimiento de la verdad, la apertura del ente, obra [p. 57]. Pero ¿contrapondríamos finalmente que la obra debe ser referida, no por su parte y sí ante su llegar a ser creada, a las cosas de la tierra, a la naturaleza, si por otra parte debe colocar acertadamente la cosidad en lo abierto? Uno que debió saberlo, Alberto Durero, dijo aquellas conocidas palabras: «Verdaderamente está metido el arte en la naturaleza; aquel que lo arranca, lo tiene.» Arrancar quiere decir aquí hacer salir de la fisura y arrancar la fisura con el tiralíneas sobre el tablero de dibujo. Pero al mismo tiempo hacemos la pregunta opuesta: ¿Cómo se arrancará la fisura si no es en cuanto fisura, esto es, si no se lleva antes a lo abierto como disputa de medida y no-medida por medio del proyecto creante? Cierto que está metida en la naturaleza una fisura, medida y límite, y un poder producir a esto unido, el arte. Pero también es cierto que este arte es patente en la naturaleza ante todo a través de la obra, porque está metido originariamente en la obra.

El esfuerzo en torno a la realidad de la obra debe preparar la base para encontrar en la obra real el arte y su esencia. La pregunta por la esencia del arte, el camino de su saber debe fundamentarse de nuevo. La respuesta a la pregunta es, como toda legítima respuesta, solamente el final del último paso de una larga sucesión de pasos preguntantes. Toda respuesta permanece en vigor solamente como respuesta, mientras esté enraizada en el preguntar.

Pero la realidad de la obra ha llegado a sernos desde su ser obra no sólo más clara, sino al mismo tiempo esencialmente más rica. Al ser-creado de la obra pertenecen coesencialmente tanto los que crean como los que verifican. Pero la obra es lo que posibilita a los que crean en su esencia y lo que emplea desde su esencia a los que verifican. Si el arte es el origen de la obra, entonces esto quiere decir que él hace surgir en su esencia lo que se copertenece en la obra, los que crean y verifican. Pero ¿qué es el arte mismo para que le llamemos con razón un origen? [p. 58].

En la obra el acontecimiento de la verdad obra y ciertamente según el modo de una obra. Por ello fué determinada de antemano la esencia del arte como el poner-se-en-la-obra la verdad. Sin embargo, esta determinación es conscientemente ambigua. Una vez dice que arte es el establecer de la verdad que se instala en la forma. Esto acontece en el crear como producir del desvelamiento del ente. Pero poner-en-la-obra quiere decir al mismo tiempo: poner en marcha y en el traer-acontecer del ser obra. Esto acontece como verificación. Luego el arte es: la verificación que crea la verdad en la obra. Entonces es el arte un llegar a ser y acontecer de la verdad. ¿Surge entonces la verdad desde la nada? De hecho así ocurre si con la nada se mienta el simple no del ente y con ello el ente es representado como aquel habitual «existente-presente» que luego se revela y estremece por el estar-ahí de la obra como el único y pretendido ente verdadero. Desde lo existente-presente y habitual jamás se descubre la verdad. Más bien acontece la apertura de lo abierto y la iluminación del ente solamente proyectando la apertura que llega en el estar arrojado. La verdad en cuanto iluminación y ocultamiento del ente acontece poetizándola. Todo arte es en cuanto dejar-acontecer la llegada de la verdad del ente, como tal, esencial poetizar. La esencia del arte, a la que están referidos sobre todo la obra de arte y el artista, es el poner-se-en-la-obra la verdad. Desde la poetizada esencia del arte acontece que ella abre de golpe en medio del ente un lugar abierto, en cuya apertura todo es de otra manera que antes. En virtud del proyecto puesto en la obra que nos arroja en el desvelamiento del ente llega a ser no-ente mediante la obra todo lo habitual y ocurrido hasta ahora. Este ha perdido el poder de dar y preservar ser y medida. Lo raro en ello es que la obra no influye en modo alguno sobre el ente sido hasta ahora por medio de una acción coherente. La acción de la obra no consiste en un actuar. Consiste en un cambio que ocurre desde la obra del desenvolvimiento del ente, esto es, el ser [p. 59].

Poetizar no es ningún vago discurrir sobre cualquier cosa, ni ningún divagar del simple representar, ni un imaginar sobre lo irreal. Lo que el poetizar como proyecto iluminante desvela y proyecta en el trazado de la forma es lo abierto, que ella deja que acontezca y, de tal manera, que ahora lo abierto primeramente en medio del ente lleva a éste al iluminar y sonar. En la consideración esencial sobre la esencia de la obra y de su relación con el acontecer de la verdad del ente, resulta problemático si la esencia del poetizar, y esto quiere decir al mismo tiempo del proyecto, puede ser pensada suficientemente desde la imaginación y la fantasía.

La esencia de la poesía experimentada ahora tan ampliamente, y no precisamente porque lo sea de modo indeterminado, no está tomada aquí como algo problemático que hay que repensar.

Si todo arte es, en esencia, poetizar, entonces deben derivarse de la poesía la arquitectura, la pintura y la música. Esto es una pura arbitrariedad. Cierto, si opinamos que las mencionadas artes son variedades del arte hablado, caso de que podamos caracterizar la poesía con ese título, que se presta a mala interpretación. Pero la poesía es solamente un modo de este luminoso proyectar de la verdad, esto es, del poetizar en este amplio sentido. Sin embargo, tiene la obra hablada, el poetizar en sentido estricto, una característica posición en el conjunto de las artes.

Para verlo se necesita solamente el justo concepto de Palabra. Para el común entender vale la Palabra como un modo de comunicación. Sirve para la conversación y convenio, en suma, para entenderse. Pero la palabra no es sólo, ni primariamente, una expresión, oral o escrita, de lo que hay que comunicar. Ella no sólo franquea lo abierto y encubierto mentándolo en palabras y oraciones, sino que la Palabra lleva, ante todo, al ente, en cuanto tal, a lo abierto. Donde no es esencialmente ninguna palabra, como en el ser de la piedra, de la planta y del animal, tampoco hay apertura del ente, y, consecuentemente, tampoco la hay del no ente y del vacío. Nombrando la Palabra por primera vez al ente, lleva tal nombrar al ente a la palabra y al aparecer [p. 60]. Este nombrar designa ante todo al ente por su ser, desde éste. Tal decir es un proyectar de lo iluminado, en el que se dice lo que como ente llega a lo abierto. Proyectar es el desencadenarse de un lance, como lo que se adapta al desenvolvimiento en el ente en cuanto tal. El anunciar proyectante es, al mismo tiempo, la renuncia a todo sordo embrollo, en el que se encubre y sustrae el ente. El decir proyectante es poetizar: leyenda de mundo y tierra, leyenda del

ámbito de su disputa y, con ello, del lugar de toda cercanía o lejanía de los dioses. El poetizar es la leyenda del desvelamiento del ente. Cualquier lengua es el acontecimiento de aquella leyenda, en el que surge históricamente su mundo para un pueblo, y la tierra se guarda como lo cerrado. El decir proyectante es aquello que lleva al mundo a la preparación de lo decible al mismo tiempo que de lo indecible en cuanto tal. En tal decir se predeterminan los conceptos de la esencia de un pueblo histórico, esto es, su pertenencia a la historia universal.

El poetizar está aquí pensado en tan amplio sentido y en tan íntima esencialidad con el habla y la palabra, que debe quedar en tela de juicio si el arte, y ciertamente en todos sus modos, desde la arquitectura hasta la poesía, agotan la esencia del poetizar.

La lengua misma es poetizar en sentido esencial. Pero porque la lengua es aquel acontecimiento en el que se revela al hombre en general ante todo el ente en cuanto ente, es por lo que la poesía —poetizar en sentido restringido—es el más originario poetizar en sentido esencial. La lengua no es poetizar porque sea la protopoesía, sino que la poesía acontece en la lengua, porque ésta custodia la originaria esencia del poetizar. Construir y pintar acontecen siempre, por el contrario, en lo abierto de la leyenda y del nombrar. Por lo abierto, son guiados y conducidos. Pero, precisamente por eso, son caminos y modos propios de cómo la verdad se ajusta en la obra. Son, respectivamente, poetizar en medio de la iluminación del ente, que han acontecido, totalmente inobservados, en la lengua [p. 61].

El arte es en cuanto el poner-se-en-la-obra la verdad, poetizar. No sólo es poético el crear de la obra, sino que igualmente poético, sólo que en su modo peculiar, es también el verificar de la obra; pues una obra es realmente una obra solamente si nos apartamos a nosotros mismos de nuestra habitualidad y nos insertamos en lo abierto por la obra, para realizar de este modo nuestra esencia misma en la verdad del ente.

La esencia del arte es el poetizar. Pero la esencia del poetizar es la fundación de la verdad. Comprendemos aquí el fundar en un triple sentido: fundar como dedicar, fundar como fundamentar y fundar como comenzar. Pero la fundación solamente es real en la verificación. Así corresponde a cada modo de fundar un modo de verificar. A esta construcción esencial del arte podemos ahora hacerla visible sólo con unos pocos rasgos, y sólo hasta allí donde

la precedente caracterización de la esencia de la obra ofrece una primera indicación.

El poner-en-la-obra la verdad abre de golpe lo in-seguro y derriba al mismo tiempo lo seguro y lo que se mantiene por él. La verdad que se abre en la obra jamás se deriva, ni prueba por lo sido hasta ahora. Lo sido hasta ahora se refuta en su exclusiva realidad por medio de la obra. Lo que funda el arte jamás puede ser contrarrestado y suplido por medio del existente-presente y de lo disponible. La fundación es una superabundancia, una dádiva.

El proyecto poético de la verdad que se pone en la obra no se realiza tampoco dentro del vacío, en lo indeterminado. La verdad se arroja más bien a lo que viene a verificar, esto es, a un humanismo histórico. Sin embargo, lo arrojado no es nunca una pretensión arbitraria. El verdadero proyecto poético es la patentización de aquello, en donde el *Dasein*, en cuanto histórico, está arrojado ya. Esta es la tierra, y para un pueblo histórico su tierra, el fundamento que se cierra, sobre el que reposa con todo lo que, aunque oculto, ya es. Pero es su mundo que impera desde la relación del *Dasein* al desvelamiento [p. 62]. Por ello todo lo que es dado conjuntamente al hombre en el proyecto debe hacerse surgir desde el cerrado fundamento y puesto propiamente sobre él. De este modo se fundamenta ante todo como el fundamento sostenedor. Porque es tal brotar es todo crear un sacar de (el agua surge del manantial). El moderno subjetivismo mal-interpreta lo creador en el sentido de la producción genial del sujeto autárquico. La fundación de la verdad es fundación no sólo en el sentido de libre donación, sino fundación al mismo tiempo en el sentido de este fundamentar fundamental. El proyecto poético viene desde la nada en el sentido de que nunca toma su donación de lo corriente y ocurrido hasta ahora. Sin embargo, jamás viene de la nada en cuanto que lo arrojado a ella es solamente la retenida determinación del *Dasein* histórico.

Donación y fundamentación tienen en sí lo espontáneo de lo que llamamos un comienzo. Sin embargo, esto espontáneo del comienzo, lo peculiar del salto desde lo que no tiene intermediarios, no excluye, sino que incluye precisamente que el comienzo se prepare con el mayor tiempo y totalmente disimulado. El comienzo auténtico es, en cuanto salto, siempre un adelantamiento, en el que se salta por encima de todo lo por venir, aunque como encubierto. El comienzo mantiene ya oculto el término. El comienzo auténtico nunca tiene el carácter de principiante, propio de

lo primitivo. Porque lo primitivo que no tiene el salto y adelantamiento donantes y que fundan, siempre es sin futuro. Lo primitivo no puede nada más que librarse de sí mismo, porque no contiene nada más que aquello en donde está cautivo.

El comienzo, por el contrario, contiene siempre la no-abierta abundancia de lo inseguro, esto es, de la disputa con lo seguro. Arte como poetización es fundación en el triple sentido de instigación de la disputa de la verdad, es fundación como comienzo. Siempre que el ente en el todo, en cuanto que el ente mismo, exige la fundamentación en la apertura, resulta el arte en su esencia histórica como fundación. Ocurrió por primera vez en Occidente en Grecia. Lo que va a significar ser en adelante fué puesto decisivamente en el obrar. El ente en el todo así abierto se transformó luego en el ente, en el sentido de lo creado por Dios [p. 63]. Esto ocurrió en la Edad Media. Este ente fué transformado nuevamente en el comienzo y transcurso de la Edad Moderna. El ente llegó a ser objeto calculado, dominable, transparente. Cada vez se implantó un mundo nuevo y esencial. Cada vez tuvo que ser introducida la apertura del ente en el ente mismo por medio del establecimiento de la verdad en la forma. Cada vez ocurrió el desvelamiento del ente. El desvelamiento se pone en la obra, poner que ejecuta el arte.

Siempre que acontece arte, esto es, si es un comienzo, llega un choque a la historia, comienza la historia por primera vez o comienza nuevamente. Historia no significa aquí la secuencia de algunos acontecimientos en el tiempo, aunque sean los más importantes. Historia es la separación de un pueblo en lo que tiene que hacer, como inserción en lo que se le dió de antemano.

Arte es el poner-en-la-obra la verdad. En esta proposición se oculta una esencial ambigüedad, según la cual la verdad es al mismo tiempo el sujeto y el objeto del poner. Pero sujeto y objeto son aquí nombres inadecuados. Ellos impiden precisamente pensar esta ambigua esencia, tema que no pertenece a esta consideración. El arte es histórico, y es, en cuanto histórico, la creadora verificación de la verdad en la obra. El arte acontece como poetización. Esta es fundación en el triple sentido de donación, fundamentación y comienzo. El arte es, en cuanto fundación, esencialmente histórico. Esto no quiere decir solamente que el arte tiene una historia en el extrínseco sentido de que ocurre junto a otras muchas cosas, en el cambio de los tiempos, y que se cambia y muda con ellos, y que ofrece a la historia aspectos cambiantes,

sino que el arte es historia en el esencial sentido de que él fundamenta la historia y, ciertamente, en la significación señalada.

El arte hace que surja la verdad. El arte consigue como verificación fundante la verdad del ente en la obra. Alcanzar algo, traer en el salto fundante a partir del origen esencial en el ser, eso quiere decir la palabra origen.

El origen de la obra de arte, esto es, al mismo tiempo lo que crea y verifica, esto dice del *Dasein* histórico de un pueblo, es el arte [p. 64]. Esto es así porque el arte es en su esencia un origen y no otra cosa: un modo característico de cómo es la verdad, esto es, llega a ser históricamente.

Preguntamos por la esencia del arte. ¿Por qué preguntamos de ese modo? Preguntamos así para poder preguntar más propiamente si el arte en nuestro histórico *Dasein* es o no un origen, si puede y debe serlo y bajo qué condiciones.

Tal reflexionar no puede forzar al arte en su llegar a ser. Pero este saber reflexivo es la previa, y por lo mismo indispensable preparación para el llegar a ser del arte. Solamente tal saber da a la obra el espacio, a lo que crea el camino, a lo que verifica, su puesto.

En tal saber, que sólo puede crecer lentamente, se decide si el arte puede ser un origen, y entonces debe ser un adelantamiento, o si sólo debe quedar en un aditamento, y entonces puede ser conllevado como un fenómeno de la cultura que ha llegado a ser usual.

¿Estamos en nuestro *Dasein* históricamente en un origen? ¿Sabemos, esto es, atendemos a la esencia del origen? ¿O nos referimos en nuestro comportamiento frente al arte, meramente, a imaginados conocimientos del pasado?

Para esta disyuntiva y su fallo hay una señal infalible. Hölderlin, el poeta, cuya obra pronto va a entrar en vigor para los alemanes, lo ha nombrado diciendo:

> «... difícilmente abandona el lugar
> lo que habita cerca del origen.»

DIE WANDERUNG, IV, 167.
[p. 65].

EPILOGO

Las consideraciones antecedentes van a parar al enigma del arte, enigma que es el arte mismo. La pretensión está lejos de resolver el enigma. El tema es ver el enigma.

Si se llama estético a este considerar, casi al mismo tiempo comienzan unas consideraciones sobre el arte y el artista. La Estética toma la obra de arte como un objeto, y ciertamente como el objeto de la αἴσθησις, del percibir sensible, en sentido amplio. Hoy se llama este percibir tener vivencias. El modo como el hombre tiene vivencia del arte debe aclarar su esencia. La vivencia es la fuente adecuada no sólo para el goce artístico, sino también para el crear artístico. Todo es vivencia. Sin embargo, quizá sea la vivencia el elemento en el que muere el arte. El morir ocurre tan lentamente que emplea siglos.

Cierto que se habla de obras de arte inmortales y de arte como obra eterna. Se habla así en ese lenguaje que no toma precisamente a las cosas de modo esencial, porque teme lo que justamente quiere decir al fin tomar: pensar. ¿Qué angustia es hoy más grande que la que hay frente al pensar? ¿Tiene contenido y consistencia el hablar de obras inmortales y de obras de arte eternas? ¿O son meros modos semipensados de hablar de un tiempo, en el que el gran arte, juntamente con su esencia, está apartado de los hombres?

En la más vasta reflexión sobre la esencia del arte, la más vasta porque está pensada desde la metafísica que posee Occidente, en las *Lecciones sobre Estética*, de Hegel, figura la proposición: «Pero nosotros no tenemos ya absolutamente ninguna necesidad de representar el arte como un contenido en una forma. El arte, por el lado de su más alta determinación, es, para nosotros, un pasado...» (WW. XI. P., 16).

No se puede eludir esta proposición, y todo lo que hay detrás de ella, oponiendo a Hegel: desde que fué expuesta la estética de Hegel por última vez, en el invierno de 1928-29, en la Universidad de Berlín, hemos visto surgir muchas y nuevas obras de arte y directrices artísticas [p. 66]. Esta posibilidad nunca la ha negado Hegel. La pregunta únicamente es: ¿Es el arte aún un modo necesario y esencial, en el que acontece para nuestro *Dasein* histórico la verdad que decide, o ya no es el arte esto? Pero si el arte ya no es eso, entonces la pregunta es por qué ocurre esto. No se ha decidido aún sobre la proposición de Hegel, pues detrás de esta proposición está el pensar occidental desde los griegos, a

cuyo pensar corresponde una verdad del ente ya acontecida. Se falla sobre la proposición, si se falla desde la verdad del ente y sobre ella. Hasta tanto sigue la validez de la proposición. Unicamente por ello es necesario preguntar si la verdad que expresa la proposición es definitiva, y lo que es, si lo es.

Tal preguntar que nos hacemos, ya claramente, ya desde lo inexperimentado, se puede hacer solamente si consideramos precisamente la esencia del arte. Intentamos dar algunos pasos, poniendo la pregunta por el origen de la obra de arte. Se trataba de poner ante la vista el carácter de obra de la obra. Lo que aquí mienta la palabra origen está pensado desde la esencia de la verdad.

La verdad de la que se habló no coincide con la que se conoce bajo este nombre, y se atribuye al conocer y a la ciencia como una cualidad, para distinguirla frente a lo bello y a lo bueno, que valen como nombres de valores del comportamiento no-teorético.

La verdad es el desvelamiento del ente en cuanto ente. La verdad es la verdad del ser. La belleza no acaece junto a la verdad. Cuando la verdad se pone en la obra, aparece ella. El aparecer es la belleza como este ser de la verdad en la obra y en cuanto obra. De este modo pertenece lo bello al acaecer de la verdad. No es solamente relativa al agrado y únicamente como su objeto. Lo bello, con todo, se refiere a la forma, pero solamente porque la forma se iluminó en otro tiempo desde el ser como entidad del ente. Entonces acaeció el ser como εἶδος. La ἰδέα se entraña en la μορφή. El σύνολον, el todo único de μορφή e ὕλη, esto es, el ἔργον, es en el modo de la ἐνέργεια. Este modo de la presencialidad deviene actu por la actualitas del ens. La actualitas deviene realidad. La realidad deviene objetividad. La objetividad deviene vivencia. En el modo como es para el determinado mundo occidental el ente como realidad, se oculta un peculiar ir juntos de la verdad y la belleza. Al cambio esencial de la verdad corresponde la historia esencial del arte occidental. No se le puede comprender ni desde la belleza tomada en sí misma, ni desde la vivencia, supuesto que el concepto metafísico llegue hasta su esencia.

Versión castellana de
Francisco Soler Grima.
Donoso Cortés, 65.
MADRID.

FERNANDEZ MORENO: UNA AUTOBIOGRAFIA LIRICA

POR

EMILIO CARILLA

I. «VIDA Y DESAPARICIÓN DE UN MÉDICO»

La poesía de Fernández Moreno es como el espejo donde ha ido reflejando su vida. La mejor biografía del poeta es la que lleva escrita en sus versos: a veces, poesía proyectada hacia atrás, búsqueda de recuerdos infantiles y años de España. Casi siempre, comentario paralelo al lento andar del escritor.

> *Ahora veo*—dijo el poeta en 1941, al ordenar por primera vez su ANTOLOGÍA—*que la poesía ha seguido con fidelidad mis pasos sobre el mundo: el pedazo de patria que me tocó vivir, ciudad, pueblo o campo, el amor, el hogar, los hijos, la sangre, mis trabajos y mis vacaciones. Todo está más o menos representado en mi acervo. Hay una impresionante unidad que, por cierto, no me propuse jamás, pues sólo atendí a la exhalación natural de mi ser...* (1).

Ciertamente, la poesía de Fernández Moreno presenta en su conjunto este sello particular: acotación, impresión, glosa a momentos vividos. Y, casi siempre, acotaciones en el instante o poco más tarde. Excepciones notorias, las evocaciones de *Iniciales del misal*, de *Aldea española* y algunas otras páginas.

Cuando ya el escritor era—a través del verso—una presencia viva en las letras argentinas, asomó su prosa de carácter autobiográfico—rica prosa, por supuesto—, con ambiciones de poder alcanzar un día desarrollo y meta determinada: desde su nacimiento hasta el año 1915, fecha de *Las iniciales del misal*. De ese intento son muestras *La patria desconocida* (Buenos Aires, 1943) y capítulos que, con el título de *Vida y desaparición de un médico*, se publicaron en «La Nación». De todos modos, aunque no haya llegado a cuajar íntegramente el plan, se ve en Fernández Moreno

Dada la extensión de este importante trabajo del crítico argentino Emilio Carilla, indispensable para la exacta interpretación críticobiográfica del poeta rioplatense Fernández Moreno, y de la lírica argentina contemporánea, publicamos en este número sus cinco primeros capítulos: 1.—Vida y desaparición de un médico. 2.—Las iniciales del misal. 3.—Sobre la lírica argentina. 4.—Verso y prosa. *Y* 5.—Estímulos y lecturas..., *dejando para el próximo número (número 27, marzo de 1952) la publicación de los tres últimos:* 6.—Temas. 7.—Rasgos expresivos. *Y* 7.— Conclusión: Presencia de Fernández Moreno.

---

(1) Fernández Moreno: *Antología (1915-1940)*. Buenos Aires, 1941. Páginas 20-21.

el deseo de poder llegar, en vehículos de la prosa, a su vida anterior a *Las iniciales del misal*. Reconocimiento, en otra perspectiva, de que la mejor biografía del poeta, después de 1915, es la que nos dan sus versos.

De esas líneas autobiográficas, de su discurso de ingreso en la Academia Argentina de Letras (también con el título de *Vida y desaparición de un médico*), de algún folleto curioso y de los infaltables versos surgirán datos para referirnos al poeta antes del poeta. Particularmente, me interesan levantados por el verso, aun dentro de esta perspectiva, aunque—como ocurre a menudo—no se me escapa que el verso que ayuda mejor al dato es el que más se acerca a la prosa...

Baldomero Fernández Moreno nació en 1886, hijo primogénito de una familia de castellanos casados en Buenos Aires. El padre, comerciante enriquecido, ha triunfado—como tantos otros—en estas tierras. El,

... que de las Castillas vino
a abrir el surco primero
y a llenar el campo de hijos...
(CAMPO ARGENTINO.)

Cuando Fernández Moreno se acerca a los seis años, la familia se traslada a España, a la aldea natal de su padre, que lo ve regresar con pompa de indiano. En Bárcena del Cicero, pueblo santanderino cercano al mar Cantábrico, se ha establecido otra vez el castellano. Ahora, con unos años más y dos hijos nacidos en la tierra argentina, ha levantado su hogar. La abuela es el dios tutelar de la casa paterna:

... una abuelita toda temblona y pueblerina
que me deja en la cara una agreste fragancia
y me dice: «¡El mi nieto, qué caruca más fina!»
(Inicial de oro, en LAS INICIALES DEL MISAL.)

En Bárcena aprende las primeras letras. Recordará—más tarde—a don Fermín, su primer maestro. Edad de juegos, ése fué el medio más propicio para vincularlo a un ambiente con algo —no mucho—de extraño. Los valles montañeses, la costa vecina fueron testigos de sus correrías infantiles: víctimas, los nidos de pájaros y los grillos:

¡Oh grillo de mis prados castellanos,
escondido, vibrante, reluciente,
grillo de mi niñez más inocente,
negro cautivo de mis blancas manos!
(Grillo marino, en SONETOS.)

Hay unas páginas de Fernández Moreno, un folleto que encontré por casualidad (esas casualidades de la librería de viejo), y que recoge tres trabajos del escolar—ya bonaerense—de trece años (2). Contiene una semblanza del villorrio montañés, digna de cotejarse, en sus proporciones, con páginas mucho más maduras referentes a sus días de España. Significativas, por otra parte, ya que muestran el punto de partida de una visible predilección temática en el entonces incipiente escritor.

> *Si hay algún pueblo pintoresco*—dice—*es, sin duda alguna, aquel en que nació mi padre, y en el que yo pasé los primeros años de mi vida...*
> *A un lado de la carretera que conduce a Santoña estaba situada nuestra casa, rodeada de una frondosa huerta, que ocupaba poco más de una manzana...*, etc.

A los siete años, Madrid. Termina allí sus estudios primarios y comienza el bachillerato. Descubrimiento de un nuevo mundo, ese nuevo mundo que va ganando también con el abanico de los años. Del pueblo cantábrico a la corte. En Madrid, los consabidos paseos y la impresión—recordada—de calles y edificios: el Palacio Real, la Puerta del Sol, el Museo del Prado, la calle de Recoletos...

Y, a los trece años, la vuelta. La patria argentina, *la patria desconocida,* percibida apenas a través de las brumas de una infancia aun no desvelada del todo. Regresa en 1899.

En Buenos Aires continúa su bachillerato, primero, en el Liceo Ibérico Platense, de la calle Comercio (hoy Humberto Primero), y después, en el Nacional Central. Del Liceo Ibérico Platense son sus mejores lauros: el folleto escolar, que cité, y diversos testimonios que—más tarde—se centrarán en ese colegio *de la calle de Comercio.* Lo dice con orgullo. Era entonces

> *El primero de una escuela*
> *de la calle de Comercio.*
> *Me ponía colorado*
> *si me llamaban gallego.*
> *Que iba para diplomático*
> *dijo el director muy serio...*
> (*Arboles de la Avenida,* en POESÍAS.)

También, evocación de las primeras lecturas. Cuando el poeta nos

---

(2) *Un príncipe árabe* (cuento), *25 de mayo de 1900* y *Recuerdos de la aldea.* Imprenta de «El Correo Español», Buenos Aires, 1900. Interesa también este folleto porque Fernández Moreno no lo ha recordado—que yo sepa—en sus memorias. Sin duda, deseo de dejar al folleto en lo que es: líneas escolares. Sin necesidad de redimirlas, no hay inconveniente en que, por lo menos, citemos el opúsculo.

dice (3) que en las *Lecturas selectas*, de Calixto Oyuela, comenzó a leer a los poetas americanos y argentinos, por lo menos ya nos explicamos mejor cierta simpatía de Fernández Moreno hacia Calixto Oyuela.

En esos años de bachillerato—cosa también común—, los primeros versos:

> *Una tarde, al salir del Nacional, y en las tapas de un cuaderno, escribió algunos versos, que se distribuyeron espontáneamente en estrofillas, un organismo frágil, defectuoso, pero vivo, palpitante, que lo llenó de gozo y de miedo, como si le hubieran confiado al oído un secreto delicioso y terrible. Desde entonces ya no dejó de escribir* (4).

Después, la Facultad de Medicina:

> *Siete años de Medicina,*
> *de aforismo y de hospital...*
> (*Años de Medicina*, en DÉCIMAS.)

Lecturas literarias—y no de la mejor especie—pujan con los libros científicos; por fortuna, buenos versos llegan hasta sus ojos para redimirlo de aquellas lecturas. Nuevos descubrimientos: de los más importantes, Lugones (a través de *Las montañas del oro* y *Los crepúsculos del jardín*), Darío, Antonio y Manuel Machado...

Primeros tiempos del barrio de Flores, que quedaron fijados —a su turno—en composiciones de plañidero acento evocativo.

> *Aquella hermosa quinta de cuando era estudiante,*
> *tan noble, tan oscura, tan fresca, tan fragante...*
> (*Elegía*, en SAN JOSÉ DE FLORES.)

En 1911 terminó su carrera (el diploma lo recibió en 1912). Una etapa se cierra y otra se abre: ¿Dónde ir con el flamante título? El camino que se abre tiene nombres titubeantes: Chascomús («General Pérez», de *Intermedio provinciano*) (5) y Huanguelén, en la provincia de Buenos Aires.

> *Amor me trajo a estos campos*
> *en procura de dineros...*
> *... y vedme en estas llanuras*
> *bajo mi capa de médico.*
> *Partido de Coronel*
> *Suárez. Huanguelén: un pueblo.*
> (*Poema de introducción*, en CAMPO ARGENTINO.)

Después, Catriló, en la Pampa, por muy poco tiempo. Es el

---

(3) Fernández Moreno: *Vida y desaparición de un médico*, en el «Boletín de la Academia Argentina de Letras». Buenos Aires, 1935. III. Núms. 11-12, Páginas 298.

(4) Fernández Moreno: *Vida y desaparición de un médico*, págs. 302.

(5) Aparte de las noticias del poeta, ver Arturo Romay: *Un poeta en Chascomús*, en «Clarín», de Buenos Aires, 16 de julio de 1950.

médico poeta que descubre nuevos caminos, y más en la vida que en los libros, como siempre ocurrió en su obra literaria.

En 1915, con consultorio en Buenos Aires, aparece su primer libro: el poeta lucha ya con el médico. A poco, su matrimonio con Delmira López Osornio (la «Negrita» de sus libros), y, finalmente, la instalación definitiva en la capital, con un médico cada día más apabullado, aunque en sus *Versos de Negrita* (1920) nos diga:

Voy con mi corazón de médico poeta
por los tugurios y los conventillos
dejando una palabra de amor y una receta
a mujeres anémicas y a pálidos chiquillos...
(*Voy con mi corazón.*)

Estamos cerca del poeta médico y, en realidad, del poeta a secas, con un médico limpiamente muerto por su labor poética. Más allá de sus cátedras, más allá de otras contingencias, Fernánder Moreno será hasta su muerte nada más ni nada menos que eso: un poeta, un gran poeta nuestro. Sus libros llenan más de treinta años de su vida, matizados por premios y honores (6), y con el homenaje que, en 1940, le ofreció la Sociedad Argentina de Escritores al cumplir veinticinco años de actividad literaria.

II. «LAS INICIALES DEL MISAL».

FERNÁNDEZ Moreno publica la primera obra en el año 1915: *Las iniciales del misal*. El propio Fernández Moreno nos ha narrado la emoción que le produjo su presencia en la vidriera de una librería. ¡Emoción del primer retoño! ¡Emoción de padre flamante! Eran tiempos en que aún Rubén Darío, *enfermo y en tierras lejanas*, ostentaba el cetro de la poesía en lengua española. Todos los días le nacían imitadores, a pesar de que, junto a la rechifla de la crítica estrecha y pelucona, asomaban voces como la de González Martínez.

Los cisnes, las estrellas, las princesas y las rosas de Rubén todavía tenían fuerzas para los poetas incipientes. Fernández Moreno dedica al poeta de Nicaragua éste su primer libro:

(6) 1925, Premio Municipal; 1928, Segundo Premio Nacional; 1933-1937, Primer Premio Nacional de Poesía; 1934, Miembro de Número de la Academia Argentina de Letras.

Dedico este libro a Rubén Darío, enfermo y pobre en tierras lejanas.
A Rubén Darío, tan grande, tan dulce, tan bueno.
A Rubén Darío, por cuya salud piden a Dios las estrellas, las rosas, los cisnes y el corazón de todos los poetas de América y del mundo.

El libro de Fernández Moreno fué saludado como obra de *un verdadero poeta.* No conozco el artículo que le ofrendó Enrique Banchs en «La Razón», pero sí el que escribió Vicente Medina: éste es el que lo llamó *verdadero poeta.* Calificación que por venir de Vicente Medina (hoy olvidado, no sin alguna injusticia) valía entonces como un meritorio reconocimiento.

En el número 8 de la revista «Letras», Medina le dedica el largo artículo laudatorio. Hay en sus palabras el entusiasmo que produce en el artista el descubrimiento de algo que escapa a lo corriente. Con excepción del título, *todo lo demás es bueno, bello, fino, exquisito.* Para Medina resulta incomprensible el título; para el propio Fernández Moreno también resultó, después, *altisonante y lleno de resabios, que no decía con su contenido, que era humilde, polvoriento* (1). Pero la verdad, ¿qué valen, por lo común, los títulos? Más aún, títulos de libros poéticos. Lo que sobraba allí era, indudablemente, el *misal,* que no se avenía ni con ese libro ni con aspectos fundamentales de la obra de Fernández Moreno. Con mayor exactitud, un buen poeta español—Gerardo Diego—pensó en un título, *Iniciales,* para su primera obra: colección de poesías que escribió hacia 1918, pero que se publicaron mucho después (en 1944, junto a *El romancero de la novia).*

> INICIALES—dice Gerardo Diego—*que reúne mis primicias en el ejercicio del gay trinar.* INICIALES *era en mi intención un adjetivo con la elipsis de un alterno sustantivo: versos o letras, libro o lenzuelo. Emblema y cifra de todos los caminos de la ilusión...* (2).

Poco más o menos puede decirse del libro de Fernández Moreno. Volvamos a la opinión de Vicente Medina. *Composiciones finas de toda finura*—agregaba—, *breves, sencillas, simples, penetran nuestro espíritu y allí quedan bañándolo en melancolía...* Cierto, simples y sencillas. He aquí algo difícil de lograr sin caer en el prosaísmo y en el vacío. Cuando se salta por sobre estos abismos —abismos que encuentran a su paso tantos poetas primerizos—, se tiene la intuición de lo verdadero y lo logrado.

Abramos el libro:

---

(1) Fernández Moreno: *Vida y desaparición de un médico,* pág. 318.
(2) Gerardo Diego: Prólogo a *El romancero de la novia. Iniciales.* Madrid, 1944, pág. 11.

Iniciales del misal...
donde está mi corazón
temblando, con la emoción
de un líquido en un cristal...
Corazón sentimental
de niño, anciano o mujer,
ingenuo para querer,
enorme para soñar,
romántico para amar,
fácil para padecer.

Primera décima que abre toda una confesión-profecía proyectada hacia su obra. Sobre todo, ese corazón

enorme para soñar,
romántico para amar,
fácil para padecer,

parece abrir direcciones fundamentales en la temática de sus libros: el melancólico evocador, el soñador y «vagamundo» de la ciudad grande y del pueblo pequeño *(Ciudad, San José de Flores, Campo argentino, Intermedio provinciano)*; el poeta enamorado *(Versos de Negrita, Ultimo cobre de Negrita)*; el sensitivo desperdigado con más insistencia en los primeros libros *(Iniciales del misal, Intermedio provinciano, Ciudad)* y en los últimos *(Penumbra)*.

> *Había en* LAS INICIALES DEL MISAL—recordaba hace unos años Martínez Estrada—*no sólo un libro, sino una estética y una filosofía, que habían de ir explicándose por sí mismas en la obra sucesiva y en la vida admirable del poeta. No se advirtió en su momento. Tampoco se advirtió que en la enjuta fortaleza de su habla se encontraba la clave de ese encanto casi misterioso de su poesía, que consiste en decir cómo nosotros no decimos lo que él ve como nosotros vemos* (3).

Es cierto, aunque—sin entrar a considerar la «visual» del poeta—reconozcamos que *Las iniciales del misal* no pasaron inadvertidas. Lo hemos visto. Como ocurre siempre, fueron espíritus de selección los que repararon en la voz que asomaba.

III. SOBRE LA LÍRICA ARGENTINA.

La poesía lírica argentina—como otros géneros importantes: novela, ensayo, crítica—se empina realmente en nuestro siglo. (El teatro también crece, aunque es menos parejo en su brillo y trayectoria.) Salvo muy contadas excepciones, la mejor lírica pertenece a nuestro siglo. De tal manera, el número de nombres y

(3) Ezequiel Martínez Estrada: *Fernández Moreno*, en «Nosotros», segunda época. Buenos Aires, 1941, VI, núm. 64, pág. 5.

composiciones del siglo XIX que llenan frecuentemente las Antologías responden en forma bastante relativa al auténtico concepto de la antología. Evidentemente (y recuerdo aquí aquella línea de Henríquez Ureña), más herbarios que jardines. Por lo común, poesías que viven únicamente esa vida ficticia impuesta por el «carácter patriótico» o por machacones repeticiones conmemorativas, y que no trascienden más allá de límites mezquinos. Por supuesto que no es asunto de temas, sino de poetas.

Es preciso avanzar hasta nuestro siglo (siglo cultural que, como ocurre a menudo, no comienza en 1901) (1), es menester asomarse a nuestro siglo—repito—para encontrar en nuestra lírica robusta personalidad. Personalidad y trascendencia, tal como (dentro de amplio ámbito confrontador) lo reconoció la aún hoy valiosa *Antología* de Federico de Onís (2).

Por cierto, no es la cercanía la que impone engañosamente nombres y obras. Bien sabemos que no. En este caso, hasta diríamos que la abundancia de buenas ofrendas hace a veces extremar el rigor y dejar a un lado valores ponderables que la selección aparta en un afán de parquedad. Cito, así, a Almafuerte, Lugones, Banchs, Fernández Moreno, Arrieta, Alfonsina Storni, Martínez Estrada, Borges, Molinari, Bernárdez... Un punto de partida válido, Almafuerte (sin exagerar virtudes), y un grupo compacto que, insisto, es más fácil ampliar que comprimir.

Fernández Moreno publicó *Las iniciales del misal* en 1915. ¿Cuál era, entonces, el panorama de la lírica argentina?

Movían la atmósfera—y el propio Fernández Moreno es, de alguna manera, ejemplo—vientos de Rubén Darío. En realidad, era una renovación e influencia extendidas a ambos lados del Océano. Más visible en el vuelo remedador de los versificadores de segundo y tercer orden, pero también perceptible—directa e indirectamente—en poetas de jerarquía.

En una línea local, Almafuerte (mucho más que Guido Spano) era aún firme presencia en sus poemas apóstrofes. Su trompeta de apóstol (con abundantes falsetes) resonaba todavía. Y entre la hojarasca de verso y prosa podían recogerse frutos de valor e incita-

---

(1) No creo que pueda caber duda sobre el momento de arranque, si tenemos en cuenta el valor inaugural de Lugones (1897, *Las montañas del oro*), y, más aún, lo que, en 1896, significa la aparición de *Prosas profanas*, en Buenos Aires. (Ver Pedro Henríquez Ureña, reseña de la *Antología de la poesía argentina moderna*, de Julio Noé, en «Valoraciones», La Plata, 1926, número 9, pág. 272.)

(2) Federico de Onís: *Antología de la poesía española e hispanoamericana*. Madrid, 1934.

ciones. Lejos, por temperamento, ideales y sentido del arte, del cantor de *El misionero.*

Lugones, sí, estaba más cerca. Lugones era, en 1915, patriarca juvenil de las letras argentinas: no en vano había publicado ya obras como *Las montañas del oro, Los crepúsculos del jardín, El lunario sentimental, Las odas seculares, El libro fiel...* Vale decir, mucho de lo mejor de la lírica lugoniana, con avances y descansos. El ímpetu inicial se había amansado, sin perder vigor, bajo la rienda trabajada y sutil. Varios torrentes escaparon—todos vigorosos—de aquellas *Montañas* imponentes y auguradoras.

Aunque no haya incluído a Carriego entre los poetas argentinos más destacados, conviene detenerse ante su nombre y señalar (que es lo que importa aquí) su preeminencia alrededor de 1915. Carriego, cantor de los suburbios y de las cosas humildes, abre caminos, si bien con frecuencia se detuvo en la superficie de esas cosas. Fernández Moreno, que llega a tocar algunos de esos temas —dentro de una gama mucho más variada—, pudo quizá recoger algo de Carriego. No mucho, por cierto.

En cambio, a través de la obra de Enrique Banchs—prácticamente terminada en 1915—la vinculación, en simpatía y en poesía, es más evidente. Creo que Fernández Moreno encontró en Banchs más de una sugerencia. Banchs, poeta de una fina sensibilidad espejada en un léxico poco común. El soneto (recordemos el logrado acento de *La urna)* fué para Banchs—como para Fernández Moreno—magnífico cauce de su río.

Y no creo que otros nombres auténticos puedan apuntarse, salvo la entonces naciente—y un poco adelantada obra, en relación a la de Fernández Moreno—de Arturo Capdevila y Rafael Alberto Arrieta, coetáneos del autor de *Las iniciales del misal.* De todos modos, ni Capdevila ni Arrieta aparecían, en 1915, como poetas plenamente realizados (y mucho menos como los que cité en las líneas anteriores).

Por último, vale la pena apuntar una ilustre coincidencia en la iniciación: en 1915, Ricardo Güiraldes publica también su primer libro, las poesías de *El cencerro de cristal,* obra «descubierta»—de acuerdo a su factura—años después. Sin que la mención signifique otra cosa que la coincidencia del dato, la trascendencia posterior de Güiraldes merece este recuerdo.

IV. VERSO Y PROSA.

La nutrida obra de Fernández Moreno—porque nutrida tiene que llamarse una obra que pasa los treinta volúmenes—presenta un predominio casi total del verso sobre la prosa (1). En realidad, la prosa ha sido en sus manos el medio de ampliar o—si se quiere—de explicar sus versos. Efectivamente, su prosa (Discursos: *Recuerdos líricos. En torno a mis versos* (1928), *Vida y desaparición de un médico* (1935); además: *La patria desconocida* (1943) y otras páginas) tiene, con más explicable y minuciosa exactitud que sus versos, carácter autobiográfico (2).

Por la fecha de aparición de *La patria desconocida* y lo que nos dice el poeta en el prólogo, así como por el desarrollo de sus dos discursos, es interesante señalar una particularidad, que haré pensando en una conocida estructuración literaria medieval. En la Edad Media abundan ilustres ejemplos de obras, en las cuales al desarrollo narrativo sigue un comentario lírico *(Aucassin et Nicolette, La vita nuova, El libro de buen amor)*. En Fernández Moreno, y considerando la fuerte unidad de su obra, ocurre el caso inverso: lo narrativo es posterior a lo lírico. El narrador llega después del lírico: tamiz, depuración. El hombre, en lo que puede separarse, siguiendo al poeta, aunque la prosa de Fernández Moreno es la prosa de un poeta.

---

(1) Bibliografía: 1915, *Las iniciales del misal;* 1916, *Intermedio provinciano;* 1917, *Ciudad;* 1918, *Por el amor y por ella;* 1919, *Campo argentino;* 1920, *Versos de Negrita;* 1921, *Nuevos poemas;* 1922, *Canto de amor, de luz, de agua;* 1922, *Mil novecientos veintidós;* 1923, *El hogar en el campo;* 1925, *Aldea española;* 1926, *El hijo;* 1928, *Décimas;* 1928, *Poesías;* 1929, *Ultimo cofre de Negrita;* 1929, *Sonetos;* 1931, *Cuadernillos de verano. Córdoba y sus sierras. Mar del Plata y Montevideo;* 1935, *Dos poemas. La tertulia de los viernes. Epístola de un verano;* 1936, *Romances y seguidillas;* 1938, *Continuación;* 1941, *Yo, médico. Yo, catedrático;* 1941, *Antología (1915-1940)*, primera y segunda edición; 1941, *Buenos Aires (Ciudad. Pueblo. Campo)*; 1943, *La patria desconocida;* 1943, *San José de Flores;* 1944, *Antología (1915-1944)*, tercera edición; 1947, *La mariposa y la viga;* 1948, *Antología (1915-1947)*, cuarta edición; 1949, *Parva;* 1950, *Suplementos* (póstuma); 1951, *Penumbra. Libro de Marcela* (póstuma).

Además, Fernández Moreno ha publicado poemas en los «Cuadernos de Fontefrida», dirigidos por su hijo César *(Tres poemas de amor, Sonetos cristianos* y *Las azoteas, las tapias, los peones,* con el nombre—innecesariamente diferenciador—de «Fernández Moreno el Viejo». Buenos Aires, 1941). En la colección «Adiáfora», dirigida por Héctor René Lafleur, publicó *El viaje* (Buenos Aires, 1942). Se trata de ediciones reducidas y fuera de comercio. (Cfr. César Fernández Moreno, *Informe sobre la nueva poesía argentina,* en «Nosotros». Buenos Aires, 1943. Segunda época. VIII, núm. 91, pág. 77.)

(2) No cuentan mayormente, por lo breves y aislados, algunos artículos. Ejemplo: *Rodó ha muerto,* publicado en «Plus Ultra», de Buenos Aires, en 1917. Otras pocas páginas de este tipo podrían señalarse (recuerdo también una, dedicada a Jorge Manrique), pero en nada amenguan el juicio anterior.

A todo esto, no me olvido de un género («aire aforístico»; «aire confidencial») que Fernández Moreno cultivó sobre todo en los últimos años de su vida. Algunas muestras llegaron a verse en libro *(La mariposa y la viga):* nuevo avance y particularización en la prosa de Fernández Moreno, más próximo de lo que parece a su verso (y entendiendo el verso como debe entenderse en nuestro poeta).

Para recurrir al ejemplo que todos conocemos—y sin que señale por ello una filiación o una derivación (3)—, puedo decir que los particulares «aforismos» de *La mariposa y la viga* constituyen una especie de greguería esencialmente lírica: no siempre es una metáfora, pero tiene siempre un sentido poético, recóndito, que la reemplaza. Además, no quiere tanto ser «ingenioso» como sutil y poeta. A menudo no hay diferencias esenciales—salvo la extensión y la marcha más lenta de la prosa—entre los «aforismos» y los versos de Fernández Moreno. En la prosa, es cierto, el humor se expande más, aunque es siempre el humor melancólico, cristalino.

Buscando otras semejanzas dentro de un—llamémosle—género, podemos pensar en los *Microgramas*, de Carrera Andrade, o bien en las *Historias naturales*, de Jules Renard (4). El conjunto de estas ofrendas—muy de nuestro tiempo, ávido de compresiones—nos da, en última instancia, algo así como una secularización de la máxima, como un romper la jaula a aquel pájaro grave de la reflexión moral. Devuelve, en cambio—y sin perder honduras el pensamiento—, un vuelo ilimitado de la imaginación y la fantasía con estos pajarillos poéticos.

Nos dice Fernández Moreno:

> «*No sólo iguala la muerte: también la noche.*»
> «*La belleza de una ciudad la hacen a medias, en definitiva, los faroles y las nieblas.*»
> «*La luna brilló y avanzó en la noche como una rodilla en la oscuridad.*»
> «*Para mí no hay más nube que esa redonda, blanca, luminosa. Las demás son descuidos del cielo.*»
> «*Yo creo en todo, hasta en las dedicatorias.*»
> «*La resaca reproduce miserablemente la forma magnífica de la ola que la engendró.*»

---

(3) Esas filiaciones y derivaciones que tanto preocupan a Ramón Gómez de la Serna, y cuya paternidad de la «Greguería»—con sus más y sus menos—no retacearemos.

(4) «La garza mora: la ceniza hecha plumas.»
«La glicina: un montón de sogas florecidas.»
«La chicharra transforma el jardín en un bramante seco, sonoro, tenso.»
«La madreselva se archiva flor y se exhuma insecto.»

Hasta el tema de la poesía y la alusión a su propia obra—ante comentarios ajenos—llega a los breves párrafos.

«El poeta es un pensador con una flor en la mano.»
«La poesía es eso que flota sobre la pradera vaporosa de sol y mariposas. Pero se nos escapa y nos contentamos con recoger del suelo algunas hojas, algunas ramas secas.»
«Felizmente, hasta ahora, sólo he escrito sin pensar, casi con los dedos. Los versos se me escapan de entre ellos como hilillos de agua entre raíces.»
«Cincuenta escalones, cincuenta versos: no aguanto más.»
«Yo no repito: me aumento. El pregonero es el que se repite» (5).

La variedad temática de *La mariposa y la viga* tiene la amplitud de la de los versos. Hemos pensado, también, que el poeta quiso, en los dos «aires», presentar la «idea» poética sin el ritmo del verso. El primer momento, la metáfora aislada, la meditación breve...

También hemos pensado que más de una composición breve en las obras poéticas de Fernández Moreno, sobre todo en las primeras obras, es de este grupo. El poeta la creó así e imaginó que le dió alas del verso porque aun no había pensado en *La mariposa y la viga.* Algunos ejemplos alcanzan:

EL ESTETOSCOPIO

Sobre una mesa erguido,
la corola de ivorio,
yo soy como una flor:
la flor del consultorio.

EL ALGODÓN

Cargo sobre la tierra doliente y desgarrada
como un poco de nieve sobre la tierra arada.

UNA CANILLA

Nadie sabe, perdida en la gramilla,
si soy un gorrión o una canilla.

LA ESCUADRA

No se le escapa nada o muy poquito:
todo lo observa con su solo ojito.

CHILE

¿Bío-Bío, Bío-Bío,
eres un pájaro o un río?

En fin, a este grupo pertenece la serie de comprimidas descripciones de mapa *(San Luis, Samborombón...)*, en nada diferentes a las que—por lo menos, con mayor razón—aparecen en *La mariposa y la viga.* Ahora observo que alguno de los ejemplos

(5) Dentro del verso, el poeta prefiere, sobre todo, el breve andar de la décima para desarrollar este tema sustancial. (Cfr., *Propósito, Magia, Para una palabra hermosa, Barcos y versos.*)

citados es posterior a la aparición del «aire aforístico»; de todos modos, no creo que pierdan mucha fuerza las consideraciones anteriores.

V. ESTÍMULOS Y LECTURAS.

La vida fué, es indudable, el gran estímulo en la obra de Fernández Moreno. La vida, así, su vida, no más extraordinaria que el común de las gentes, a pesar del médico y del catedrático. Tampoco extraordinaria por el escenario o, mejor, los escenarios, que se funden con su poesía. La diferencia está en que el poeta supo elevar las cosas corrientes, esas cosas de todos los días (casi siempre), hasta darles—a través de su verso—categoría no común.

Repitamos, una vez más, que su mejor biografía está en su obra lírica. Dentro del valor de testimonio—y por lo que vemos que realmente vale—, citemos aquí palabras del poeta. Al ordenar su *Antología* de 1941, escribió Fernández Moreno:

> *He tenido que revisar veintidós volúmenes sembrados al vuelo y elegir entre más de mil poemas nerviosamente escritos y editados, todo lo cual ha significado para mí un repaso de la existencia, emoción por emoción. Una verdadera tortura, pues nunca he inventado nada* (1).

Claro que la última parte tiene un valor relativo. Aunque reconozcamos que prevalece en su obra un punto de partida real, también notamos—más allá de metáforas e hipérboles—una imaginación de vuelo rápido. El verdadero poeta siempre inventa, aunque pretenda ceñirse a lo más inmediato.

Ahora bien: ¿quiere decir esto que en la obra de Fernández Moreno el estímulo, la fuente estrictamente literaria no existe? No podríamos afirmar tanto. Si no es lo más perceptible en él, algunas veces se le cuelan reminiscencias famosas o las remeda intencionadamente.

Fernández Moreno fué hombre de lecturas firmes. Sin necesidad de recurrir al catedrático y su «bibliografía», nos queda su lista de lecturas juveniles, señaladas por el poeta en páginas autobiográficas.

---

(1) Fernández Moreno: *Antología (1915-1940)*. Buenos Aires, 1941, página 20.

Por lo pronto, apuntaré las válidas (2). Es decir, aquellas que —en alguna medida—se ligan a sus inclinaciones, a sus temas, a sus obras. Una cita de Torres Villarroel, por ejemplo, tiene más importancia en él que la mención de *La cautiva*, de Echeverría. Y mucho más, Darío, Lugones, los hermanos Machado, Banchs...

Fernández Moreno nos recuerda sus abundantes lecturas de Darío («Durante aquellos años leyó constantemente a Darío») (3). El autor de *Cantos de vida y esperanza* dominaba el campo—sin rivales poderosos—en la poesía de América. Por algo, lo hemos visto, Fernández Moreno le dedica sus *Iniciales del misal*.

También recuerda Fernández Moreno la impresión que le causó su primer contacto con la obra lugoniana, a través de composiciones de *Las montañas del oro* y de *Los crepúsculos del jardín* («versos...—dice—inusitados, raros, espaciosos, que le sabían a cobre y a granito, a confituras y a almíbar») (4).

Quizá haya, pues, algún eco de Darío, Lugones y Banchs, en estas tres composiciones:

Rosa sobre muselina...
Me pareces una enana
tacita de porcelana
de la China...

(*Traje primaveral*, en POR EL AMOR Y POR ELLA.)

Al ruso Pipkin y al judío Levy,
al lusitano Pintos, a Goñi el español,
y al que esto escribe, hijo feliz de Buenos Aires,
vednos en fraternal conversación.
Máscara de oro nos ha puesto a todos,
sobre la misma tierra, el mismo sol.

(*Fraternidad*, en CAMPO ARGENTINO.)

Se trenzan en arroyos los caminos,
puja bajo la arena el sucio barro,
la lepra que corroe las estatuas
parece que ha crecido y se ha esponjado...

(*Plaza mojada*, en ANTOLOGÍA.)

¿Ecos o coincidencias? Lo mismo da. Pesan tan poco en la obra de Fernández Moreno que su propia rareza nos inclina a considerarlos también como coincidencias.

Otra cosa es el aislado e intencionado remedo que calca—calco como homenaje—sin perder su personalidad. Gracia fina que aso-

---

(2) No pueden considerarse como tales referencias a *La cautiva*, de Echeverría, o a *Un cuento de las olas*, de Rafael Obligado. Galdós fué autor muy leído (sobre todo a través de los *Episodios Nacionales*) por un Fernández Moreno juvenil.

(3) Fernández Moreno: *Vida y desaparición de un médico*, pág. 312.

(4) Fernández Moreno: *Vida y desaparición de un médico*, pág. 307.

ma en composiciones más o menos ocasionales y que se diluye en travesura o se empina en grave reminiscencia.

... Y en un velador de mármol
un limoncillo se mueve
con un cuchillo clavado
en lo más bajo del vientre,
con la boca muy abierta
y la faja haciendo eses...

en LA TERTULIA DE LOS VIERNES) (5)

Clásico rostro que de pura nieve
surgiendo casi ayer en mi camino,
haces que, petrarquesco y gongorino,
hacia una sombra mi canción eleve.
Con pluma de oro y no con pluma leve...

(*Dos sonetos.*)

En fin, quizá con más razones, podemos pensar que una poesía de *El hogar en el campo* glosa, en su ingenuo realismo, un bien conocido pasaje de *Platero y yo* (por cierto, magníficamente realizado en la prosa poemática de Juan Ramón Jiménez). Escribe Fernández Moreno:

Sobre la cama está casi desnudo,
abierta de sus ojos la pureza.
El claro sol de la mañana exalta
el triple rollo de sus carnes nuevas,
y he aquí que su cosita rosa yergue
un surtidor dorado entre las piernas.

(*El hijo* (escena).)

Sin embargo, no faltaron críticos que exaltaron la chocante originalidad de este infantil surtidor que se eleva en el verso. ¡Y pensar que *Platero* es libro de lectura escolar! (6).

Lugar aparte, y pertinaz vinculación hace unos años, fué la establecida entre Fernández Moreno y el poeta colombiano Luis

---

(5) En los homenajes de un escritor a otro—sea contemporáneo o no—es frecuente el remedo. Remedo, en principio, como homenaje. Aunque el poeta escapa, cuando quiere, a la voluntaria prisión. Ejemplos que reúnen los dos tipos: Rubén Darío, en su *Trébol;* Antonio Machado, en su homenaje a Darío.

(6) Para no exagerar minucias, que nunca pueden llevar a gran cosa, quiero señalar aquí semejanzas (quizá reminiscencia) de aquellos versos de Fernando de Villalón:

¡Islas del Guadalquivir,
donde se fueron los moros
que no se quisieron ir!

en este breve pasaje de la *Tertulia de los viernes:*

La patria le hizo una seña
y él se fué, sin que se fuese.

Naturalmente, no es lo mismo. Aunque se enfrentan en el sutil juego de palabras.

Carlos López. En algunas composiciones es evidente que Fernández Moreno se acerca: es el humorismo el que los aproxima. Pero es evidente también que la sátira—por lo común, acerada— de los versos de López, con el broche infaltable del final inesperado o el golpe de efecto, centrada en tipos humanos (7), se diferencia de la ocasional sátira de Fernández Moreno, menos dura, menos «ingeniosa»... No olvidemos que, prácticamente, toda la obra de López es del tipo mencionado, mientras que la de Fernández Moreno es de una variedad notoria, dentro de su unidad.

He aquí una poesía típica de López:

La población parece abandonada,
dormida a pleno
sol. «Y ¿qué hay de bueno?»
Y uno responde, bostezando: «¡Nada!»
¡Ni una sola ilusión inesperada,
que brinde ameno
rato!... Es un sereno
vivir este vivir siempre a plomada.
Porque ¡ay! no surge un acontecimiento
sensacional. Apenas un detalle,
y eso de cuando en cuando, en la infinita
placidez lugareña: hoy no hace viento
y andan únicamente por la calle
cuatro perros detrás de una perrita.

(Tedio en la parroquia.)

Por lo demás, Luis Carlos López y Fernández Moreno son los dos—con sus direcciones bien marcadas—poetas de significación en las letras americanas. Indudablemente—aunque no haya sido mi intento enfrentarlos—hay en Fernández Moreno una calidad lírica superior.

(Concluirá.)

---

(7) Ver Luis Carlos López: *42 poemas*, en la «Revista Iberoamericana». México, 1943, VI, núm. 11, págs. 213-258.

Emilio Carilla.
Rivadavia, 244 (D.º C).
TUCUMÁN (R. Argentina).

ESTILO Y PROFUNDIDAD DE LA SEGURIDAD SOCIAL IBEROAMERICANA

POR

CARLOS MARTI BUFILL

1.—APARICIÓN DE LA SEGURIDAD SOCIAL. 2.—SENTIDO DE LA SEGURIDAD SOCIAL. 3.—LA SEGURIDAD SOCIAL EN LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA. 4.—SU FUNDAMENTO. 5.—PRINCIPIOS. 6.—PROBLEMAS Y NECESIDADES. 7.—PROYECCIÓN DE LA SEGURIDAD SOCIAL IBEROAMERICANA

1.—Es indudable que la guerra mundial de 1939 ha tenido, en orden a la protección de los infortunios sociales, una repercusión extraordinaria.

Aquel viejo sistema clasista de proteger a los económicamente débiles ha fallado, porque los niveles de vida que se consideraban superiores han ido dislocándose y los trabajadores se han encontrado sumidos en una zona completa de inseguridad al comprobar el desequilibrio entre recursos y necesidades individuales. La inseguridad crea, además, un estado de angustia que está reñido con la idea misma del soldado que lucha en las trincheras pensando en un mundo mejor.

Las Naciones Aliadas captaron perfectamente este ambiente y sintieron la necesidad de dotar de un contenido social a la lucha. El presidente de los Estados Unidos, en el discurso «de las cuatro libertades», que, como mensaje al Congreso, pronunciaba el día 6 de enero de 1941, abogaba por la libertad de palabra y de expresión, libertad religiosa, «libertad para vivir exento de la miseria bajo el influjo de acuerdos económicos internacionales que garanticen a los habitantes de todas las naciones la vida sana de los tiempos de paz y libertad para vivir exento de miedo».

Poco después, Roosevelt y Churchill se reunieron, en pleno Atlántico, a bordo del yate *Augusta*, y elaboraron la declaración de principios y objetivos conocida con el nombre de «Carta del Atlántico», y en cuyo texto—dado a conocer el 14 de agosto de aquel mismo año 1941—, compuesto de ocho puntos, hay uno, el V, que dice:

Desean lograr en el campo de la economía la colaboración más estrecha entre todas las naciones, con el fin de conseguir para todos mejoras en las normas de trabajo, prosperidad económica y Seguridad Social.

¿Qué valor tenía esta declaración? Los tratadistas que estudiaron en su día las importantes cláusulas de la «Carta», llegaron a la conclusión de que, si bien al principio no tenía más valor que el de una simple y loable pretensión moral, fué, sin embargo, más tarde, un compromiso jurídico de preceptos fundamentales que debían luego ser desarrollados por adecuados convenios y tratados.

Las consecuencias, sin embargo, no se hicieron esperar. Poco tiempo después entraban en guerra los Estados Unidos, y el día 1 de enero de 1942 se celebraba en Wáshington una reunión internacional a la que acudían representantes de 28 Estados. Al Tratado resultante de las conversaciones se unieron las demás Naciones Unidas, y, de una manera expresa, se prestó la conformidad e identificación a los postulados de la «Carta del Atlántico».

Mientras tanto, a pesar de hallarse en plena guerra, algunas naciones emprenden el camino de reformas sustanciales, encaminadas a mejorar los medios de defensa contra los infortunios. Aquella frase—«Seguridad Social»—que se incrustó en la «Carta del Atlántico» resuena en el oído de todos los hombres que sienten sobre su espalda el peso de la responsabilidad de asegurar un porvenir mejor.

En Gran Bretaña se crea, en 1941, la Comisión, presidida por Sir William Beveridge, encargada de estudiar los Seguros Sociales existentes y de formular las recomendaciones de reforma que se consideren adecuadas. Beveridge asumió, sin embargo, después, la responsabilidad íntegra de las tareas de la Comisión, y con su sola firma elevó al Gobierno inglés, en 1942, el «Informe sobre los Seguros Sociales y Servicios conexos», que tanta fama alcanzó.

Según el propio Beveridge, su famoso Plan de Seguridad fué un informe para convertir las palabras «seguridad social» en hechos...

Los organismos técnicos internacionales coincidieron con las distintas naciones en las preocupaciones para desarrollar y perfeccionar los sistemas de protección de los infortunios y necesidades del trabajador y su familia.

El primer paso lo dió un país americano de orgullosa raigambre hispánica: el Perú. A los cinco años de promulgarse su régimen de Seguro Social, inauguraba, en Lima, el año 1940, la mejor instalación sanitaria de Iberoamérica, conocida con el nombre de

Hospital Obrero del Seguro Social. Este acontecimiento reunió en Lima un conjunto de personalidades de diversos países, y allí surgió la propuesta peruana para dejar constituído un «Comité de iniciativas en materia de *Seguridad Social*», cuya primera actuación fué la convocatoria de una reunión en Santiago de Chile, donde se dió vida al primer organismo internacional especializado en esta cuestión, denominado «Conferencia Interamericana de Seguridad Social».

Por otra parte, la Oficina Internacional del Trabajo, en la reunión de Nueva York, en 1941, acepta los puntos 4.°, 5.° y 6.° de la «Carta del Atlántico», y en la reunión de Filadelfia formulaba sendas recomendaciones sobre «medios económicos de subsistencia» y «asistencia sanitaria», como las dos piezas concretas de la Seguridad Social.

Por último, la Conferencia Internacional de la Mutualidad y de los Seguros Sociales, que, fundada en el año 1927, en Bruselas, bajo los auspicios de la O. I. T., también sintió la necesidad de reforma después de la guerra, y en la Asamblea que celebró en Ginebra, en el año 1947, acordó denominarse Asociación Internacional de Seguridad Social, y orientar su política concreta hacia el logro de los principios sentados en las recomendaciones de Filadelfia por la Conferencia Internacional de Trabajo.

2.—El esquema anterior nos muestra que la Seguridad Social es una frase de contenido social que ha adquirido un desarrollo y una actualidad extraordinarios. Sin embargo, ¿cuál es su verdadero sentido?

Hemos encontrado esta expresión en la «Carta del Atlántico», en 1941; es lo cierto que ya los Estados Unidos de América la utilizaron en el año 1933 para denominar un modestísimo seguro de vejez y supervivencia. Y tampoco podemos ignorar que el prohombre de la independencia americana, Simón Bolívar, la empleó en un histórico discurso.

Pero es lo cierto que ni entonces ni con la Ley estadounidense la expresión de Seguridad Social alcanzó ningún éxito, y no pasó de una frase normal carente de importancia. En cambio, esta misma expresión, al insertarse otra vez en la «Carta del Atlántico», observamos que adquiere rápidamente una extensión insospechada: se convierte en objetivo concreto y terminante de los Organismos internacionales de carácter social, hasta el extremo de que alguno de ellos cambie nombres antiguos para adoptar la denominación definida de Seguridad Social, y en los recintos naciona-

les se ha convertido en un deseo tal que hoy es francamente difícil (yo creo que imposible) encontrar ningún país medianamente desarrollado que entre sus planes, proyectos o realizaciones de política social, no dedique arduo empeño en el logro de la Seguridad Social.

Si la idea no es nueva, como vimos, tendremos que convenir que en su último empleo algo había de nuevo, de interesante, de trascendente en la nueva expresión de Seguridad Social para que haya logrado este rango y esta popularidad que hoy, indiscutiblemente, ha alcanzado.

¿Es que se trata de algo que ha superado o ensombrecido el Seguro Social anterior a la guerra de 1939?

Notamos, en efecto, que en la aplicación práctica de los sistemas de Seguridad Social se transforman por completo los moldes clásicos del Seguro Social: de ser pequeña cobertura de necesidades sociales de las clases económicamente débiles se expansiona a ser cobertura nacional; de la concesión de beneficios en proporción a la cotización se pasa a la garantía de prestaciones sanitarias y económicas y suficientes en razón del estado de necesidad; del sistema de cotizaciones matemáticas en función de los beneficios se va a la aportación económica de los individuos en proporción a la capacidad económica de cada uno, buscando una verdadera hermandad y solidaridad dentro de la comunidad nacional e incluso buscando su conexión y garantía dentro de la comunidad internacional... Asistimos, pues, a una transformación de aquella idea protectora del Seguro Social, y vemos, por otra parte, cómo se busca la conexión con las medidas asistenciales del Estado o de las Corporaciones públicas profesionales.

¿Qué representa, pues, esta realidad, que, en una acción de dinamismo extraordinario, todo lo cambia, y trastornando el viejo y técnico Seguro Social derrumba su equilibrio, sostenido sobre las leyes matemáticas del Seguro Clásico, heredadas del Seguro Mercantil?

¿Qué ha ocurrido? Pues, sencillamente, que con la expresión de Seguridad Social ha aparecido en el arco iris de derechos de la naturaleza humana otro derecho que, de una parte, reafirma el valor moral y trascendental del hombre, y de otra, reclama de los Estados una intensa acción política que lo sirva...

Este es el gran secreto y la poderosa razón de la Seguridad Social. La acción humanitaria y protectora del Seguro Social ha quedado superada por cuanto la Seguridad Social es, por consiguien-

te, un derecho, y, al mismo tiempo, el móvil y el signo de una política.

3.—En la Comunidad iberoamericana, la preocupación por la protección de los llamados riesgos sociales del trabajador se inició con el siglo. Es lógico que se iniciase en el sector europeo de Iberoamérica, precisamente porque Europa, a finales del siglo pasado, ya era víctima de la llamada «cuestión social», que, en resumidas cuentas, no era otra cosa que el resultado de un liberalismo exaltado junto a un capitalismo egoísta.

España fué, pues, el primer país iberoamericano afectado por acuciantes problemas sociales, lo que dió lugar a que, en 1883, se crease la Comisión de Reformas Sociales, y, en 1900, se promulgase la primera ley reparadora de accidentes del trabajo, para seguir, en 1908, con la creación del Instituto Nacional de Previsión, gestor de un modesto sistema de seguros voluntarios, hasta llegar a implantar, en 1919, el primer Seguro obligatorio, denominado de Retiro Obrero.

Al otro lado del Atlántico, los pueblos hispánicos seguían un proceso parecido, con legislaciones reparadoras de accidentes, la primera de las cuales fué implantada por Perú en 1911, hasta que, en 1924, Chile daba el paso decisivo con su ley de 8 de septiembre promulgando el primer Seguro Social obligatorio del continente, y que comprendía el amparo contra enfermedad, maternidad, invalidez, vejez y muerte.

Hasta 1934, el Seguro Social iberoamericano va consolidando sus primeras manifestaciones de Seguro Social obligatorio; pero a partir de 1935 es cuando entra en una etapa de gran actividad.

España, en el decenio 1938-48, consigue llevar a la práctica un sistema completo de Seguros Sociales generales de enfermedad, maternidad, vejez, invalidez, subsidios familiares, enfermedades profesionales y accidentes del trabajo, que más adelante ha ido complementando con un régimen mutualista obligatorio de Seguros Sociales de carácter profesional.

Las repúblicas del mundo hispánico hacen gala en este mismo período de actividad legislativa, constantemente superadora. Desde las leyes de Seguro Social del Ecuador (1935) y Perú (1936) hasta los recientes Decretos-Leyes de 11 de octubre de 1951, que plasman el Seguro Social integral de Bolivia, casi podemos afirmar que son todos los pueblos de Iberoamérica los que tienen establecidos sistemas orgánicos de protección de los infortunios sociales.

Sin embargo, ¿cuáles son sus fundamentos?, ¿cuáles sus prin-

cipios?, ¿cuáles sus necesidades presentes?, ¿cuáles las perspectivas futuras?

4.—Frente a la concepción practicista que de la Seguridad Social tienen los pueblos del mundo anglosajón, Iberoamérica los exalta con una concepción ética.

Mientras los pueblos anglosajones sienten la preocupación de la necesidad y se afanan en encontrar los medios para satisfacerla, los pueblos hispánicos ven en las necesidades un primer sentido de injusticia y procuran dar a sus medidas protectoras un fundamento ético que las justifique plenamente desde un punto de vista moral y social.

En los preámbulos de las disposiciones legales, en los discursos con que los políticos las presentan, en las exposiciones de motivos que las justifican... encontramos la confirmación de esta característica hispánica de la Seguridad Social.

Desde un punto de vista colectivo constituye un ejemplo concluyente la «Declaración de Santiago de Chile», que aprobó la I Conferencia Interamericana de Seguridad Social en el año 1942. Aquel documento, que constituye una pieza maestra de política social, dice, entre otras cosas, lo siguiente:

«1.º La Sociedad debe encontrar en el esfuerzo solidario de todas las naciones y de todos los hombres una nueva inspiración para abolir la miseria y garantizar la conquista digna y suficiente de los medios de vida.

2.º El poder de los recursos económicos y técnicos debe aprovecharse en la satisfacción de las necesidades de existencia del mayor número de personas y de todos los pueblos.

3.º El objetivo económico no basta por sí solo para consolidar una abierta y generosa cooperación si no se identifica con el de un orden social justo, en el que se distribuyan equitativamente los rendimientos de la producción.

4.º Cada país debe crear, mantener y acrecentar el valor intelectual, moral y físico de sus generaciones activas, preparar el camino a las generaciones venideras y sostener a las generaciones eliminadas de la vida productiva. Este es el sentido de la Seguridad Social: una economía auténtica y racional de los recursos y valores humanos.

5.º El otorgamiento de estas garantías básicas estimula el esfuerzo y la iniciativa individuales y mejora la estructura de la colectividad por la eliminación de las causas de inseguridad social.»

En estos párrafos campea un sentido de seguridad social como instrumento, que, de una parte, es reparador de las desigualdades

humanas creadoras de un estado de inseguridad, de angustia y de malestar, y de otra, constituye un elemento constructivo para el logro de un orden justo que, eliminando las inseguridades, dé solidez a la sociedad en que vivimos.

Desde un punto de vista nacional puede servir de ejemplo la propia fundamentación de España, en cuyo Fuero de los Españoles se concreta, en su artículo 1.°, que el Estado «proclama como principio rector de sus actos el respeto a la dignidad, la integridad y la libertad de la persona humana, reconociendo al hombre, en cuanto portador de valores eternos y miembro de una comunidad nacional, titular de deberes y derechos, cuyo ejercicio garantiza en orden al bien común».

5.—En el terreno de los principios, la Seguridad Social iberoamericana se orienta hacia una política de universalidad del campo de aplicación, integridad de la protección, solidaridad de esfuerzos y responsabilidad única en la gestión.

Sin embargo, ninguno de ellos son características exclusivas de la política iberoamericana, sino que constituyen las grandes directrices que mueven la política de Seguridad Social de los pueblos del mundo.

Lo único que de particular presentan las repúblicas iberoamericanas es que, mientras para los pueblos europeos estos principios son las orientaciones que sirven para reajustar y modificar sus viejos sistemas de Seguros Sociales, en Hispanoamérica tales principios han presidido ya sus legislaciones originarias, que, de esta forma, presentan en la mayoría de los casos cuerpos jurídicos unitarios de gran valor.

6.—Iberoamérica presenta, en cambio, problemas y necesidades verdaderamente específicas, por cuanto son factores que condicionan o dificultan la natural aplicación de sus sistemas de Seguridad Social.

El primer factor es la geografía. Las grandes extensiones de territorio escasamente pobladas, la existencia de centros de trabajo a gran distancia de las organizaciones urbanas, son dificultades difíciles de vencer.

Otro factor es el étnico. En muchos países iberoamericanos existe el problema de asimilación de grupos aborígenes. Frente al falso indigenismo de exaltación de las características indígenas existe la necesidad evidente de una política de incorporación del aborigen a la sociedad constituída. El indio no es una raza decaída ni un elemento humano retrasado, sino todo lo contrario: constituye un elemento activo, que, si se asimila y se asocia a la co-

munidad organizada, le aporta trabajo e inteligencia. Toda la historia de la colonización española es un ejemplo de política no discriminatoria de constante relación, cruce y asimilación indigenista. La Seguridad Social, en cuanto presupone un conjunto de medidas sanitarias, económicas y técnicas, encaminadas a proteger el trabajo en todas sus formas, a cuidar de la salud y a defender a la familia de las contingencias que puedan asaltarla, constituye, indudablemente, un medio eficacísimo de protección e incorporación de los grupos indígenas rurales y mineros a la sociedad.

De aquí que, frente a la aplicación nacional simultánea de cualquier medida social que pueden adoptar los pueblos europeos, Iberoamérica haya tenido que introducir un principio de aplicación gradual y progresivo, lo mismo desde el punto de vista humano que geográfico.

Otro factor es la propia economía. Mientras casi toda Europa tiene a plena explotación sus recursos como consecuencia de su densidad demográfica y del gran desarrollo que han tenido que tener sus elementos industriales, comerciales y agrícolas, los pueblos hispánicos del continente americano tienen escasamente iniciada la explotación de muchos recursos naturales, y guardan totalmente vírgenes inmensas riquezas naturales, que esperan la mano del hombre y el impulso de la técnica. La falta de brazos tiene incipiente su agricultura, y la poca densidad de su población les impide ser centros de gran consumo, y les impide también ser elementos estimulantes de desarrollo de las fuerzas productoras.

En estas condiciones, todo sistema de Seguridad Social ha de resultar más difícil y costoso. La acción administrativa, el transporte de enfermos, la construcción de instalaciones sanitarias rurales, todo es proporcionalmentte más caro para las repúblicas iberoamericanas que para cualquier país de Europa. En su consecuencia, es necesario tener muy en cuenta el factor económico para prever las repercusiones de las cargas sociales y la forma en que deben costearse para no perturbar la producción o no mermar demasiado la capacidad adquisitiva de los ingresos.

En este sentido, el tópico de que Iberoamérica tiene grandes legislaciones y pocas realidades, resulta de una pueril ridiculez. A quien visita por primera vez América española, le impresiona la fuerza de la Naturaleza y el gigantesco esfuerzo que, para irla venciendo poco a poco, va realizando la incansable mano del hombre. Y en uno solo de los aspectos de la Seguridad Social, el sanitario por ejemplo, uno puede comprobar realidades tangibles de proporciones enormes. La medicina preventiva obligatoria de Chile,

las obras sociales de Argentina, las construcciones del Brasil, el ritmo de construcciones sanitarias de Venezuela, Méjico, Colombia; la obra sanitaria gigantesca del Perú, con sus hospitales rurales y el Hospital Obrero del Seguro Social, de Lima, en el que más de 800 camas constantemente ocupadas y miles de consultas diarias en régimen ambulatorio están atendidas por una organización sanitaria y técnica verdaderamente ejemplares..., son pruebas bien palpables de lo que es hoy Iberoamérica y lo que será en el futuro con una prudente pero constante política de Seguridad Social.

7.—Por último, la Seguridad Social iberoamericana es una de las facetas prácticas por las que se comprueba rápidamente el sentido de comunidad, de afinidad espiritual, que presentan los pueblos iberoamericanos.

Esta afinidad se demuestra en dos aspectos: cooperación recíproca y actuación común en la acción mundial.

La percepción de que las necesidades son parecidas, de que se trabaja en medio similar, de que la cultura es la misma, de que las experiencias de un pueblo sirven a otro de la misma comunidad hispánica..., pone de relieve la necesidad de una estrecha cooperación técnica en sus múltiples formas (suministro de informaciones, intercambio de profesionales, asistencia técnica, etcétera). En este sentido ya son muy frecuentes las constantes visitas de técnicos de uno a otro país; pero es evidente que se camina hacia soluciones más concretas, y que a ello contribuyen poderosamente las reuniones interiberoamericanas.

Las reuniones de la Conferencia Interamericana de Seguridad Social han puesto siempre de manifiesto la necesidad de tal cooperación, y de una manera más concreta todavía se reveló en el I Congreso Iberoamericano de Seguridad Social, celebrado en mayo de 1951 en Madrid.

En este Congreso, al que asistieron representantes de veinte países y más de 460 personalidades del mundo hispánico, no sólo se quiso poner de manifiesto otra vez el espíritu de recíproca ayuda que sienten miembros de la Comunidad Iberoamericana, sino que se quiso que se crease una Comisión Iberoamericana, encargada de promover reuniones con presidencia del país, que toma a su cargo la nueva reunión, y se solicitó del Instituto de Cultura Hispánica que creara en su seno una Oficina Iberoamericana de Seguridad Social como órgano práctico de cooperación.

Y la realidad misma obligó a dar vida inmediata a dicha Oficina para atender la petición de Bolivia para que una Misión Téc-

nica española revisase su legislación de Seguro Social y cooperase a su inmediata implantación.

Tal Misión, constituída por un jurista, un actuario, un médico y un técnico-contable, permaneció cuatro meses en Bolivia, en cuyo período se promulgó la nueva legislación y se comenzó gradual y progresivamente la aplicación, comenzando por el Departamento de La Paz.

El Congreso iberoamericano y la Misión Técnica a Bolivia constituyen el comienzo de unas relaciones recíprocas, en virtud de las cuales las experiencias y esfuerzos de cada país servirán como orientación y contraste para otros de la Comunidad iberoamericana.

Puede hablarse de América latina; pero la realidad es más fuerte que la ficción, y no hay duda que la lengua, la cultura, la religión, la idiosincrasia y tantos y tantos vínculos que una estirpe es capaz de crear nos dicen que la comunidad espiritual no está simplemente determinada por la geopolítica, y que el Atlántico no es capaz de romperla. En su consecuencia, nosotros seguimos hablando de Iberoamérica, porque ningún natural de las repúblicas centro y suramericanas se considera extranjero en España, ni ninguno de los españoles nos encontramos extraños en aquellos países.

Desde un punto de vista interno, la Seguridad Social iberoamericana tiene, pues, el carácter de afinidad de esfuerzos y comunidad de preocupaciones y afanes.

Pero es que en el orden de actividad mundial los pueblos hispánicos constituyen un grupo que participa en los destinos de los organismos técnicos internacionales, recibiendo sus frutos y aportando sus colaboraciones. He aquí por qué los Estados americanos han solicitado y obtenido de la Oficina Internacional del Trabajo la celebración de conferencias regionales en su continente, porque miembros iberoamericanos desempeñan vicepresidencias de la Asociación Internacional de Seguridad Social, porque a solicitud de Gobiernos iberoamericanos la Oficina Internacional del Trabajo lleva a cabo Seminarios regionales de Seguridad Social en aquellos países y porque técnicos diversos prestan servicios en instituciones iberoamericanas.

* * *

De todo ello deducimos que con un estilo propio, determinado por unos mismos fundamentos y principios éticos; con una pro-

fundidad funcional, que significa un esfuerzo extraordinario para vencer dificultades geográficas, étnicas y económicas; con un haber importante de realizaciones prácticas, con un espíritu de recíproca cooperación informativa y técnica y un deseo de colaboración internacional, la Comunidad de pueblos iberoamericanos constituye un buen presente y buen futuro, para afianzar en el mundo una eficaz política de Seguridad Social.

Carlos Martí Bufill,
Secretario de la Oficina Iberoamericana de Seguridad Social.
Instituto de Cultura Hispánica.
Avda. Reyes Católicos.—Ciudad Universitaria.
MADRID.

EL CASO CLINICO DE KAFKA EN «LA METAMORFOSIS»

POR

WIFREDO DALMAU C.

Que un hombre pueda convertirse en un monstruoso insecto es imposible. Pero un hombre sí puede transformarse y ser un repugnante insecto para la sociedad cuando ésta lo observa con egoísmo; punto de vista que toma Kafka para situar a Gregorio Samsa en tan repelente condición. Sin embargo, la metamorfosis se produce antes, al transformarse Kafka en su agonista Gregorio Samsa, y el cuento resalta la enfermedad tuberculosa que padeció aquél.

En LA METAMORFOSIS se mezclan la fantasía del artista con los cambios anímicos que en él produce la enfermedad; mezcla que se vierte sobre una base real y amargamente vivida. Kafka, en su METAMORFOSIS, está obsesionado con su enfermedad, y relata, disfrazándola, la sintomatología clínica de ésta.

La constitución de un enfermo orienta muchas veces hacia un diagnóstico, que se confirma con los datos recogidos en la anamnesis y examen clínico del paciente. LA METAMORFOSIS, leída a manera de historia clínica, encaja en el terreno de una afección respiratoria con manifestaciones generales: podemos pensar en tuberculosis pulmonar.

El retrato de Kafka hecho por Ramón Gómez de la Serna, en el que lo presenta *de frente apaisada y grande, rostro huesudo, pomulado, flaco y famélico*, a lo que podemos agregar ojos hundidos, cabellos y cejas abundantes, corresponde al hábito constitucional asténico, predispuesto, por su constitución hipomesenquimatosa, al rebrotar de la tuberculosis, aunque ésta no es, ni mucho menos, la regla en clínica humana. Kafka murió tuberculoso, y LA METAMORFOSIS es, posiblemente, su fragmentada y arbitraria historia clínica, desfigurada en el monstruoso insecto en que se halla convertido Gregorio Samsa.

Las condiciones higiénicas en que se desenvuelve la vida de Samsa aparecen en las historias clínicas de los enfermos tuberculosos, en las que se lee: habitación pequeña, fría y alta de techo, que corresponde a la que habitó Gregorio Samsa durante cinco años. En ella se queja de su profesión, *ser agente viajero. ¡Qué*

cansada es la profesión que ha elegido! La preocupación de los negocios es mayor; la comida, mala, irregular. Madrugones que le entontecen a uno.

Dice Gómez de la Serna: *Kafka habitaba en pensiones tétricas. La obra de Kafka es hecha bajo la espuela de la miseria, y cuando escribe* UN ARTISTA DEL AYUNO, *ese artista era él. No hay prácticamente mundo onírico en su obra; todo sucede en la realidad de ojos abiertos.*

Un dolor punzante, un dolor jamás sentido hasta aquel momento, comenzó a aquejarle en el costado. El dolor le aparece en el vientre, y, aunque es un dolor vivo, no le da importancia. *Respira quedo,* y, al no poder levantarse, piensa que le sería fácil hacerlo con la ayuda de otra persona, que *sólo tendría que pasar sus brazos por debajo de su abombada espalda.* Acostumbrado a dormir sobre el lado derecho, se ve obligado a cambiar de posición. Este cuadro puede corresponder a un proceso pleurítico agudo, con derrame del lado izquierdo, de posible origen tuberculoso.

Samsa, en cinco años que llevaba empleado como agente viajero—ocupación que también tuvo Kafka—, niega, por temor a perder el empleo, estar enfermo. Sin embargo, *recordaba haber sentido en la cama cierto dolorcillo, producido, sin duda, por alguna postura incómoda,* y reconoce *que el cambio de su voz era simplemente el preludio de un resfriado mayúsculo,* enfermedad profesional del viajante de comercio, que, es probable, él padeció con frecuencia.

La gravedad de su estado le exigía permanecer en cama; pero requerido por sus padres, Samsa se ve obligado a abrir la puerta de su cuarto. *Gregorio se deslizó lentamente con el sillón hacia la puerta, apoyándose luego en ésta. Descansó así un rato del esfuerzo realizado.* No es difícil suponer que, como consecuencia de este esfuerzo, le sobreviniera un vómito hemoptoico, que Kafka desfigura en la voluntad del insecto por abrir la puerta con sus poderosas mandíbulas, sin reparar en el daño que se hacía, *pues un líquido oscuro le salía de la boca, resbalando por la llave y goteando hasta el suelo.*

Dos manifestaciones clínicas del mismo proceso fímico que sospechamos están presentes: la anorexia, de la que Samsa tiene conocimiento por el asco que le produce la leche, su alimento hasta entonces favorito; y la pérdida de peso, relatada en la repugnante delgadez del insecto.

Faltan, sin embargo, síntomas muy importantes de esta enfermedad, si bien es cierto que a veces se hace mención de ellos;

pero teniendo en cuenta que se trata de una obra literaria y no de una historia clínica en sí, se puede pensar que a Kafka no le fueron útiles ni necesarios para su narración.

De todo lo anterior se puede deducir el paralelismo entre el contenido de la obra y la enfermedad tuberculosa que padeció su autor, y se puede afirmar—ésta es nuestra posición—que Kafka ha tomado de la sintomatología clínica de la tisis pulmonar y sus complicaciones material para LA METAMORFOSIS.

Kafka presenta el problema social que suscita un tuberculoso y el problema que éste a su vez se crea, sintetizando en LA METAMORFOSIS esta sociedad en el grupo más íntimo, el familiar, y de ésta, lo más selecto. Samsa, hijo único, se fatiga en el trabajo *para mantener* a su familia, *quedando muchas veces completamente extenuado*. La fatiga—sabemos—ejerce quizá la más perniciosa acción sobre el hombre. Está fuera de duda que ella determina una menor resistencia del organismo frente a los agentes morbosos en general y al de la tuberculosis en especial; fatiga que en Samsa puede tener una repercusión respiratoria, ya que en sus antecedentes familiares encontramos que su madre sufre de asma bronquial.

Samsa enferma, y aun sabiendo que no puede *confiar mucho en sus pulmones,* prefiere callar su mal por temor de perder el empleo y porque creía que podía pasar la enfermedad *sin necesidad de estarse en casa.* Sabe además que si lo retiran del puesto no podrá enviar a su hermana al Conservatorio a perfeccionar sus estudios de violín, y *que no podrá* ayudar a sus padres, a quienes no piensa abandonar.

Descubierta su enfermedad, Samsa es echado de la oficina. El principal del negocio, después de despedirlo, lo contempla por encima del hombro *convulsivamente agitado y con una mueca de asco en los labios.* La criada suplica de rodillas que la despidan en seguida, y al marcharse *agradece con lágrimas el favor que se le hace.* Su hermana, encargada de atenderlo, teme al contagio, y siempre que puede corre hacia la ventana y *permanece un buen rato respirando con fuerza.* Sus familiares piensan que han sido azotados por una desgracia, *inaudita en el círculo de sus parientes y amigos,* y tratan de ocultar por todos los medios la desgracia de éste. Gregorio se preocupa por las molestias que va a causar, y cuando se habla de dinero *se enciende de pena y de vergüenza.* Percibe que le increpan su enfermedad, y el hecho de salir de su cuarto en momentos inoportunos provoca fuerte discusión con su padre, que culmina con las manzanas que éste le arroja, de las

cuales *una se le pudre en el costado.* Samsa, lleno de melancolía, piensa que, *pese a lo triste de su dolencia, es un miembro de la familia a quien no se debe tratar como a un enemigo, sino, por el contrario, guardar todos los respetos, y es un elemental deber de familia sobreponerse a la repugnancia y resignarse. Resignarse y nada más.* Sufre al saber que sus padres, ya viejos, han vuelto al trabajo y que su hogar se encuentra convertido en casa de huéspedes, que lo abandonarán, sin duda, cuando se enteren que conviven con un tuberculoso.

La susceptibilidad y desequilibrio neurovegetativo que abocan en el enfermo tuberculoso se manifiestan en Samsa, en quien contrastan la emoción y cariño con que piensa en los suyos y la irritación que le producen éstos por la poca atención que le dispensan, sin valorar el esfuerzo que aquéllos realizan para resolver tan difícil situación.

Kafka vive preocupado con su enfermedad, y logra en LA METAMORFOSIS combinar la sintomatología tuberculosa con sus problemas sociales, en un ambiente profundamente humano y lleno de ternura. El asco que siente por su dolencia lo transforma en el repugnante insecto que tiene que vivir el resto de su vida en una pequeña y sucia habitación.

Kafka, de temperamento esquizotímico, sistemático, de intensa vida sentimental interna, prototipo de idealista, se aísla del mundo circundante para vivir el mundo interior de sus deseos e ideas. Inclinado a lo raro y original, hace decir a Weidlé que sus libros, tan singulares, son a la vez claros e impenetrables.

El autor de LA METAMORFOSIS conoce su destino, y quizá por eso—lo encontramos en un resumen de Weidlé—el héroe de AMÉRICA está condenado a la falta de amor y a la soledad; el de EL CASTILLO, a la imposibilidad de hacerse comprender y de volver a encontrar un mundo familiar; el de EL PROCESO, a la espera perpetua del veredicto del castigo final.

Nuestro arte—ha dicho Kafka—*es el enceguecimiento causado por la verdad.* La verdad de su enfermedad.

Wifredo Dalmau Castañón.
Avda. Javier Prado, 1.323.
San Isidro. LIMA (Perú).

JOSE GAVIRA MARTIN

Publicamos a continuación el trabajo póstumo del profesor español don José Gavira Martín, uno de los geógrafos más considerables de la ciencia española actual. Geógrafo, profesor y publicista, pese a su juventud (nace en 1903), su vida recién truncada se inscribe en un continuo laborar teórico y práctico. Primero bibliotecario de la Real Sociedad Geográfica de Madrid—a la cual dedica el presente estudio—y del Instituto Juan Sebastián Elcano, del C. S. I. C., después, su obra docente abarca con igual amplitud largos años de profesor adjunto y encargado de cátedra de Madrid, Noya y Santiago de Compostela. Asiste a numerosos Congresos científicos en Alemania y Portugal. Da cursos en los de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander, y como archivero, bibliotecario y arqueólogo desarrolla una extensa actividad práctica, que se traduce en numerosos ensayos y estudios publicados en revistas de la especialidad, entre los cuales destacamos *Un plan de clasificación de materias geográficas* (1941), que es una importante aportación a los estudios sistemáticos de la ciencia geográfica. Don José Gavira Martín publica libros, ensayos, artículos de vulgarización y de investigación, y, como traductor del Ministerio del Aire, una gran cantidad de trabajos sobre cartografía terrestre y marítima. Tiene estudios dedicados a la materia administrativa de la geografía; un trabajo sobre la ciudad como paisaje urbano (1941), y por su formación humanística, pues es licenciado en Filosofía y Letras, un estudio de la topografía madrileña en las novelas de Galdós. Don José Gavira fué también un teórico de altura en sus revisiones del contenido y del concepto de Geografía.

Como homenaje a este notable geógrafo español, nos complacemos en publicar el presente trabajo sobre la Real Sociedad Geográfica, en cuyo servicio como bibliotecario y miembro directivo transcurrió la mayor parte de la vida profesional de don José Gavira.

LA REAL SOCIEDAD GEOGRAFICA

POR

JOSE GAVIRA MARTIN

La segunda mitad de la pasada centuria se caracterizó por un intenso despertar de la curiosidad hacia los estudios geográficos en todas las naciones cultas, bastando para ello observar que entre 1850 y 1900 se fundaron 77 Sociedades Geográficas, casi todas ellas en Europa. La existencia de los tres "Santos Padres" de la Geografía, los tres alemanes, en el pasado siglo, justifica este interés, aparte de la intensa corriente exploratoria de la época, dirigida especialmente hacia Africa.

La Sociedad Geográfica madrileña no fué una de las más tardías en nacer, pues, en el que podríamos llamar "escalafón" de tales cuerpos científicos, ocupa el lugar 32, entre 136 que son en total (1). Tres entusiastas geógrafos, don Francisco Coello, don Eduardo Saavedra y don Joaquín Maldonado Macanaz, redactaron con fecha 26 de enero de 1876 un llamamiento dirigido al elemento culto de la capital, invitándole a una reunión que había de tener lugar el 2 de febrero siguiente en el salón de actos de la Academia de la Historia, bajo la presidencia del ministro de Fomento, que lo era entonces el conde de Toreno. En dicho acto, Coello expuso su idea de crear una Sociedad Geográfica en la capital de una nación que tanto había hecho por la Geografía, ya que por todas partes surgían tales Corporaciones. Nombróse en aquella reunión una Comisión organizadora, presidida por don Fermín Caballero, que en varias reuniones preparó y redactó el Reglamento por el cual había de regirse la Sociedad. El 27 de marzo se eligió la primera Junta directiva, presidida también por Caballero, con don Martín Ferreiro de secretario y don Cayetano Rosell como primer bibliotecario. La nueva entidad empezó, pues, a funcionar con un crecido número de socios y adoptó primeramente el nombre de "Sociedad Geográfica de Madrid", con sede en la Academia de la Historia. Nació, pues, esta Sociedad Geográfica como una hijuela de la Academia de la Historia, no ya por la procedencia de sus fundadores ni por el local que le sirvió de cuna, sino porque entre nosotros, por aquella época, la Geografía no pasaba de ser

(1) Véase *Estudios Geográficos*, año IX, núm. 31, agosto 1948, pág. 309.

una disciplina auxiliar de la Historia. Resulta bastante significativo que, andando el tiempo, la Sociedad Geográfica abandonara el vetusto local del Nuevo Rezado, sede de la Academia de la Historia, y hoy tenga sus locales en la Academia de Ciencias. En 1901 la Sociedad fué autorizada para usar el calificativo de "Real" y cambió su antiguo nombre por el de "Real Sociedad Geográfica", que, sólo por la imposición del paréntesis republicano, ha conservado hasta hoy.

En sus tres cuartos de siglo de existencia, la Sociedad Geográfica lleva realizada una meritísima labor en el fomento de los conocimientos propios de su ramo, y téngase en cuenta que, si ya hoy por fortuna funcionan instituciones que cultivan elevados aspectos de la ciencia geográfica, durante más de cincuenta años la veterana Sociedad ha sido la única entidad que se esforzó por esparcir la semilla que hoy da tan óptimos frutos.

La misión principal de la Sociedad Geográfica, para cumplir sus fines, fué la de organizar anualmente cursos o ciclos de conferencias de divulgación geográfica, y, como órgano de contacto con el público erudito, empezó inmediatamente a publicar su Boletín. *Constituye hoy esta publicación, que alcanza en la actualidad su tomo LXXXV, una de las colecciones geográficas más ricas, y en sus páginas se han publicado numerosísimos artículos y trabajos, ya monografías sobre comarcas españolas, americanas, colonias de Africa, artículos doctrinales, noticias geográficas, reseñas bibliográficas, informes de Congresos, etc., etc. Desde luego, todas las conferencias pronunciadas desde la tribuna de la Sociedad han visto la luz posteriormente en el* Boletín. *Por acuerdo de la Sociedad en Junta general del 15 de diciembre de 1896, se constituyó la sección de "Geografía Comercial", sección que adquirió tal importancia, que redactó por su cuenta una* Revista de Geografía Colonial y Mercantil, *cuyo primer número apareció en febrero de 1897. Publicó esta revista artículos y noticias de interés referentes a nuestras provincias ultramarinas de entonces y colonias, con informes especialmente de índole comercial. Esta revista alcanzó veintisiete años de existencia, pues en su tomo XXI (1924) hubo de ser suspendida por no poder la Sociedad sufragar los gastos de dos publicaciones.*

Una colección completa del Boletín de la Real Sociedad Geográfica *constituye hoy una rareza bibliográfica, pues rápidamente se agotaron los primeros años, cuya tirada fué corta. En 1900, al cumplir el* Boletín *los veinticuatro años de vida, se publicó un de-*

tallado y cuidadoso índice cronológico, de autores y materias, de los 42 tomos hasta entonces aparecidos, comprendiendo además un tomo de la Revista de Geografía Colonial y Comercial *que ya había salido a luz. En adelante, con ritmo decenal, se publicaron índices completos que abarcaban ambas publicaciones hasta desaparecer la* Revista. *Existen, pues, cinco índices:* 1876-1900, 1901-1910, 1911-1920, 1921-1930 *y* 1931-1940. *Para evitar los inconvenientes de los índices parciales, que restan tiempo al investigador, es de esperar que al llegar el* Boletín *a su tomo C, ya no lejano, se refundan todos estos índices en uno solo.*

Hojeando estos índices, el lector puede darse una idea de la gran cantidad de trabajos y noticias informativas que la colección del Boletín *contiene, en gran proporción sobre América, y la prueba de ello es la avidez con que son buscados ciertos artículos aparecidos en sus páginas.*

Simultáneamente con el Boletín, *desde un principio la Real Sociedad Geográfica se propuso publicar una serie de obras geográficas cuya extensión justificara la aparición de tomos separados. A esta serie de publicaciones llamó "Colección Geográfica", y la primera en aparecer fué la dedicada al* Diario *del viajero catalán don Joaquín Gatell, explorador de Marruecos, publicado entre 1878 y 1879; la rareza actual de esta publicación ha motivado que el autor de estas líneas, recientemente, volviera a editarla (1949), utilizando el manuscrito original, que redactó en francés Gatell, y que existe en el Archivo de la Real Sociedad. Entre 1876 y 1900 llevaba la Sociedad publicados 20 números de su "Colección Geográfica", ya de reediciones de obras clásicas (la* Geografía de Indias, *de López de Velasco; el* Primer viaje alrededor del mundo, *de Pigafetta; la* Descripción de Iberia, *de Estrabón, etc., etc.), ya de estudios de primera mano. Hoy suman una treintena las obras aparecidas en la "Colección Geográfica" de la Real Sociedad.*

En la medida que pudo, la Sociedad Geográfica se esforzó en fomentar las investigaciones geográficas, instituyendo para ello premios, ya en metálico, ya en distinciones honoríficas. Recuérdese a este efecto el premio instituído por el marqués de Aledo a la mejor monografía sobre Murcia, o el premio Bergamín con tema sobre Marruecos; en la actualidad se concede por curso una medalla de oro de la Sociedad al mejor trabajo geográfico presentado. También apoyó la Sociedad los viajes exploratorios, si bien no de la forma directa y práctica con que lo hicieron Sociedades extranjeras de grandes posibilidades económicas, como la de Londres o

Berlín. Modestamente, nuestra Sociedad, que no gozó nunca de posición desahogada, se limitó a ofrecer las páginas de su Boletín *a aquellos viajeros que escribieran sus crónicas, diarios de viaje o impresiones, como lo hicieron D'Almonte o Bonelli, entre otros muchos.*

Por decreto del 27 de julio de 1916, la Real Sociedad Geográfica fué la única entidad reconocida oficialmente para opinar y dictaminar acerca del cambio de nombre de cualquier entidad de población que lo solicitara, cumplidos los requisitos que para ello exige el Ministerio de la Gobernación, el cual envía el expediente a la Sociedad. Ello fué consecuencia de una fructífera campaña realizada por la Sociedad, bajo la presidencia del general Azcárraga, para emprender la reforma del nomenclátor español.

El Archivo de la Sociedad, si no muy voluminoso, contiene originales de bastante interés, entre ellos cartas y relaciones de viajeros que, o fueron socios de la entidad, o estuvieron en contacto con ella; muchos de estos documentos no llegaron a publicarse en el Boletín. *Recientemente, el bibliotecario de la Corporación se esfuerza en ir dando a la luz, ya en el órgano de la misma, ya en otras publicaciones, algunas de estas piezas del Archivo, como el aludido* Diario *de Gatell, las cartas del viajero por Grecia don Saturnino Jiménez, fundador en Atenas del Instituto de Arqueología Iberoamericana, las curiosas relaciones del explorador del Rif Suárez de Lorenzana, etc. Aparte de ello, la correspondencia cruzada entre la Sociedad y personalidades científicas de todo el mundo (entre ella, cartas de Nordenskjiold), en la larga vida de la Sociedad, forman un Archivo de mucho interés.*

* * *

La biblioteca de la Sociedad constituye hoy en Madrid uno de los principales depósitos de obras que en la capital existen y el primero en cuanto a biblioteca especializada en materias geográficas. Ya apenas quedó fundada la Sociedad en 1876, empezó a recibir donativos de obras, revistas y mapas, y en los números del Boletín *fueron periódicamente publicándose las listas de donativos y adquisiciones. El incremento de la biblioteca fué muy rápido, pues, siendo la Real Sociedad la única entidad de carácter geográfico oficial que durante muchos años existió en España, desde el extranjero y desde el resto de la Península afluyeron numerosas publicaciones, que se enviaron, ya como donativo, ya para su examen y aprobación, ya como intercambio con el* Boletín. *De esta*

forma llegó a reunirse el gran acervo bibliográfico que hoy atesora la biblioteca, cuyo contenido principal puede agruparse en tres grandes secciones: A) Libros y folletos; B) Revistas, y C) Mapas.

A) Por vez primera desde que se creó la Sociedad, ha aparecido recientemente el tomo I del catálogo de la biblioteca de la misma, que contiene, en un volumen de 500 páginas, la relación completa de los libros y folletos que posee, redactado por el firmante de estas líneas (1). La clasificación adoptada para ordenar este catálogo es la que el autor del mismo publicó ya en el año 1941 en el tomo LXXVII, página 71, del Boletín, *y que, aplicada al funcionamiento de la referida biblioteca, ha dado excelentes resultados. Decía el autor en la "Introducción" a dicho plan de clasificación:*

"Para nadie es una novedad saber que los diferentes sistemas de clasificación bibliográfica hasta ahora ideados y empleados, ya en bibliotecas, ya en ficheros sistemáticos, están pensados especialmente para clasificar masas de obras en las que se reúnan todas o gran parte de las ramas y secciones del saber humano, y en tal caso, sistemas de clasificación como el decimal, por ejemplo, dan buen resultado, motivo por el cual suele utilizarse en grandes bibliotecas de contenido universal.

"Pero cuando se trata de ordenar y clasificar obras o artículos de revistas concernientes a una sola *rama del saber o que versen acerca de un tema restringido, las clasificaciones corrientes fracasan y son en todo inaplicables para la debida ordenación de tales trabajos. Lo procedente, en cada caso concreto, es crear una clasificación adecuada que desmembre y atomice la materia, con objeto de que cada obra, trabajo o artículo encuentre su casillero correspondiente. Esto es lo que se ha hecho y se sigue haciendo en muchos países, y las clasificaciones correspondientes se publican en las revistas especialistas, con objeto de que sirva de norma para los centros o institutos que recogen y ordenan los trabajos. Citemos, como uno de los ejemplos más notables, la formidable organización del fichero del Deutschen Versuchsanstalt für Luftfahrt (Instituto Alemán de Investigaciones sobre Aeronáutica), de Berlín, con objeto de recoger y clasificar todos los artículos, tanto alemanes como no alemanes, referentes a Aviación y ciencias afines, fichero que comprende 350 epígrafes."*

La citada clasificación, aplicada al catálogo de la Sociedad, com-

---

(1) *Catálogo de la Biblioteca de la Real Sociedad Geográfica,* por J. Gavira. I. Libros y Folletos. Madrid, 1948.

prende seis grandes secciones básicas: Generalidades, Geografía general, Geografía descriptiva, Geografía humana, Viajes y exploraciones y Cartografía. Cada una de estas secciones se divide y subdivide en epígrafes especiales, hasta alcanzar el número de 131 apartados distintos, cada uno señalado por una letra y cifra que lo incorpora al conjunto orgánico del plan. El lector que consulta el catálogo localiza así rápidamente la materia que busca, y, si aun hubiera duda, un copioso índice alfabético de autores y otro de materias permite encontrar prontamente el libro buscado.

Todas las materias más o menos relacionadas con la ciencia geográfica están representadas en la biblioteca con buen número de obras, pero especialmente ricas son las secciones España, Africa y América. La sección España tiene un apartado introductorio sobre "España en general", seguido de 13 capítulos especiales acerca de otras tantas regiones españolas, y un apartado final sobre "Colonias". Este último capítulo es de una riqueza extraordinaria, pues hay que tener en cuenta que la Sociedad Geográfica dedicó siempre un especial interés a los asuntos africanos, y en su biblioteca se han reunido libros y folletos relativos a Marruecos y Posesiones del Golfo de Guinea que hoy son extraordinariamente raros. Figuran en esta sección obras de D'Almonte, Bonelli, Costa, Gómez de Arteche, Martín Peinador, Murga, Torres Campos, etc., etc.

La sección Africa (excluída Africa española) tiene un nutrido apartado dedicado a "Africa en general" (obras de Schweinfurth, Stanley, Magallanes, Iradier) y otro acerca de obras sobre Marruecos, no incluído el español, entre las que son de notar los viajes del vizconde Foucauld, las exploraciones de Theobald Fischer, las monografías de Gentil y las descripciones de Moulieras.

La sección de América está distribuída en un apartado de "América en general" y 11 subsecciones, que tratan, respectivamente, de Groenlandia y Alaska, Canadá, Estados Unidos, México, Estados centroamericanos, Antillas, Argentina, Brasil, Chile, Perú y otros países americanos. Aunque las secciones de Groenlandia y Alaska, Canadá y Estados Unidos, tienen bastante bibliografía, son naturalmente las referentes a las Repúblicas hispanoamericanas las que mayor número de obras contienen. Figuran, entre otras, las obras de Bárcena y Velasco sobre México, las de Barberena y Fonseca sobre El Salvador, las de García Peláez sobre Guatemala, las de Martínez López sobre Honduras, las de Montero Barrantes y Obregón sobre Costa Rica, las de Berchón y Trelles sobre Cuba. Más de un centenar de obras se refieren a la Argentina, otras tantas al

Brasil, e igualmente se encuentran en profusión trabajos acerca de Chile, Perú, Venezuela, Colombia, Bolivia, Uruguay, Paraguay y Ecuador.

Tras las secciones de Oceanía y Tierras polares sigue un extenso capítulo referente a la Geografía humana, en el cual son de notar los apartados referentes a "Etnografía", "Folklore" y "Lenguas", consideradas estas materias geográficamente. Sabido es que nuestros misioneros en Ultramar realizaron una valiosísima labor estudiando las lenguas de los pueblos indígenas que evangelizaron, y ellos fueron los primeros en redactar gramáticas, vocabularios y traducciones de oraciones y catecismos en lenguas raras americanas y oceánicas. Una buena cantidad de tales obritas, hoy de un valor enorme, se encuentran en la biblioteca de la Real Sociedad Geográfica. Existen en este apartado gramáticas o estudios sobre las lenguas caxinaca, maguindanao, caribe, tiruray, amhárica, kayuvava, okuké, capakura, mobima, kanicana, kimbundu, papagu, guaraní, huailú, nahuatl, térraba, chipaya, peba, nabaloi, banda, sabanero, dorasque y jíbara, así como diccionarios con su equivalencia en castellano o en otras lenguas europeas de los dialectos swahili, izotzil, mangavan, bagogo, gaddan, ifugao, tuareg, mexicano, guaymi, cakchiquel, quiché y lenguas de las islas Marquesas.

Igualmente copiosa es la bibliografía existente sobre Viajes y exploraciones, terminando el catálogo geográfico propiamente dicho con secciones dedicadas a Cartografía, Cartografía histórica, Topografía, Fotogrametría y Atlas, bien entendido que aquí se encuentran sólo textos referentes a estas materias, ya que las piezas cartográficas forman colección aparte, de la que más adelante hablaremos.

Como la biblioteca de la Real Sociedad Geográfica ha recibido, en el transcurso del tiempo, multitud de obras ajenas a la ciencia geográfica, al final del catálogo ha sido necesario añadir una serie de secciones especiales, que encierran muchos centenares de volúmenes. Estas secciones no geográficas son las de Arte y Arqueología, Ciencias y Técnica, Economía, Ejército, Filosofía, Hispanoamericanismo, Historia, Jurisprudencia, Literatura, Marina, Matemática, Medicina, Pedagogía, Política, Religión y Sociología.

B) La colección de revistas que posee la biblioteca de la Real Sociedad Geográfica, casi todas ellas dedicadas a materias en relación con la finalidad de la Institución, es verdaderamente notable. Son 657 los títulos diferentes de revistas, en su mayoría en series completas, correspondientes a todos los idiomas europeos (inclui-

das revistas en lenguas escandinavas, en polaco, rumano, ruso, yugoslavo y húngaro) y, además, redactadas en árabe, persa, japonés, chino e indio. Desde que el Boletín *de la Sociedad empezó a publicarse, se estableció un activo intercambio de dicho órgano con las demás revistas y boletines de todas las Sociedades Geográficas y entidades culturales de todo el mundo, y esto ha traído como consecuencia la existencia en la biblioteca de colecciones encuadernadas completas de publicaciones periódicas geográficas hoy de difícil hallazgo en otros centros. De dicho modo, en el catálogo de revistas existen 215 españolas, 101 francesas, 47 alemanas, 47 italianas, 19 inglesas, 114 hispanoamericanas, sin que falten representantes de las Sociedades Geográficas de Africa del Sur, Australia, Egipto, Japón, Persia e India. Algunas de estas colecciones de revistas, como varias alemanas, tienen su tomo I fechado a mediados del siglo pasado. Está en vías de redacción una empresa verdaderamente gigantesca: un fichero sistemático de todos los artículos geográficos que contiene la colección de revistas.*

C) La mapoteca o archivo de cartas geográficas de la Real Sociedad está completamente catalogada hasta su más pequeña pieza, y dicho catálogo, que, en unión con el de revistas, formará el tomo II del general, está en la actualidad en prensa.

Por las mismas razones aducidas al hablar del incremento de la biblioteca, el ingreso de mapas en la Sociedad tuvo un ritmo acelerado desde un principio, porque todas las entidades y centros oficiales españoles y muchos extranjeros, editores de cartografía, enviaron sus hojas y series de éstas a la Sociedad; otros ingresos se debieron a legados y donativos de coleccionistas de cartas geográficas, como Coello, Beltrán, Condamine de Latour, Cánovas, etc., y otras raras piezas, por último, fueron ofrecidas en venta a la Sociedad y adquiridas por ésta. En la actualidad, todos los centros oficiales productores de cartas geográficas siguen enviando a la Sociedad las nuevas apariciones.

Figura a la cabeza de la mapoteca la colección, no ya completa, sino con ejemplares de todas las hojas editadas por segunda, tercera o cuarta vez del Mapa Topográfico Nacional a escala 1:50.000, próximo a terminarse. Asimismo figuran las cartas derivadas de este mapa-matriz, o sea, el mapa geológico y el agronómico, ambos con sus correspondientes folletos monográficos. La cartografía militar está excelentemente representada, desde las cartas del primitivo Depósito de la Guerra, hasta las irreprochables que hoy edita el Servicio Geográfico del Ejército. Existe también una completísima se-

rie de las cartas del Depósito Hidrográfico, así como la colección de los mapas por provincias de Coello.

Como mapas españoles de interés histórico, existen en esta sección de la biblioteca el de Miñano: L'Espagne divisée en tous ses Royaumes et Principautés *y* Hispania Antiqua in tres praecipues partes, *ambos del cartógrafo francés del siglo XVII Sanson;* Novissima et accuratissima regnorum Hispaniae et Portugallae, *del holandés F. de Wytt;* Regnorum Hispaniae nova descriptio, *de Blaeu; el mapa de España de Henricus Nagel de 1590, el de G. de l'Isle de 1720, el interesantísimo y raro mapa de los jesuítas Martínez y De la Vega, hecho por orden de Felipe V, de 1739 a 1743; el mapa de España de los cartógrafos franceses Mentelle y Chaulaire, de 1799, y, finalmente, la más completa serie de los mapas fragmentarios por obispados, abadías y corregimientos del famoso don Tomás López.*

La división del catálogo de mapas se ha hecho siguiendo la pauta de la clasificación general a que se aludió al hablar de la biblioteca, utilizando, como es natural, sólo los epígrafes de la parte C o descriptiva. De este modo, después de la sección de "España en general", siguen 14 secciones referentes a mapas y planos de las diferentes regiones españolas, Posesiones y Colonias. Van incluídas en la región correspondiente las hojas del Mapa Topográfico Nacional, labor ardua, puesto que los catálogos del Instituto Geográfico y Catastral no clasifican nunca estas hojas por provincias o regiones, sino que van con numeración correlativa en bandas horizontales. Se reseñan en cada apartado los planos de ciudades que posee el archivo, algunos tan curiosos como el Accurater Grundriss der Königl. Spanischen Haupt und Residentz Madrit mit denen Prospecten des Königl. Schlosses und andern Luft Gebauen, *por Juan Bta. Homanus; el plano de Madrid por Coello, de 1842; el primer parcelario de Madrid en 16 hojas, de 1872, y otros numerosos planos de ciudades españolas. Existe una variada colección de mapas de regiones españolas de los siglos XVI al XVIII, algunos con cartelas iluminadas a mano de bella factura, de los cartógrafos Blaeu, Ortelio, Theunisz, D'Anville, Ellober y otros; en el apartado dedicado a Galicia sobresale la famosa Carta Geométrica de don Domingo Fontán, del año 1834. Igualmente es copiosa la cartografía de las provincias insulares, incluyendo las modernas hojas de Canarias del M. T. H.*

La cartografía de nuestras Posesiones y Colonias africanas comprende ella sola 853 piezas diferentes, y en la colección se inclu-

yen, desde los trabajos realizados por nuestras Comisiones militares en los primeros tiempos en que se ocuparon estos territorios, hasta las modernas e impecables cartas del Servicio Cartográfico del Ejército (Marruecos, Guinea, Ifni, Sáhara). Como piezas curiosas existen los croquis y planos del explorador Gatell; el primer plano de la ciudad de Marruecos, trazado por el mismo y publicado por vez primera en estos días; los croquis de las expediciones por el Rif de Suárez de Lorenzana, el original del mapa del Sus de Alvarez Ardanuy, el Plan particulier des Iles Zafarines *de los primeros años del siglo XIX y la colección completa del mapa de Marruecos escala 1:50.000.*

Siguen mapas de los demás países europeos (extraordinariamente bien representada Francia con sus cartas hidrográficas), siendo notable la copiosa colección de la Sveriges Geologiska Undersökning *con sus hojas a 1:200.000. La cartografía asiática posee ejemplares de cada uno de los países de aquel Continente, y en cuanto a Africa, aparte de los mapas ya indicados al hablar de las Colonias españolas, existe una numerosa colección referente a cada región africana. De Marruecos existen cartas trazadas por Bonelli, Foucauld, Chavagnac, Gatell y Alvarez Ardanuy, y de las Colonias francesas en Africa, numerosos mapas y croquis de Argelia, Túnez, Dahomey, Costa de Marfil y Nigeria, existiendo una extraordinaria colección de mapas de la isla de Madagascar. Asimismo figuran en este apartado de Africa las interesantes producciones oficiales de la cartografía italiana sobre Abisinia, Somalia, Eritrea, Tripolitania, etc. La Unión Sudafricana está representada por una colección de hojas del Mines Department, Geological Survey, trazadas durante los primeros treinta años de este siglo. Igualmente es numerosa la cartografía existente en el archivo sobre Egipto y el Congo.*

Capítulo especial requiere la sección de América en la mapoteca de la Real Sociedad Geográfica. De la América sajona existen colecciones extensas de cartografía, pero especialmente en lo referente a los Estados Unidos, aparte de los diversos mapas generales del catálogo, la Real Sociedad Geográfica posee aproximadamente tres mil *hojas, perfectamente clasificadas por Estados y entidades de población, del monumental mapa del U. S. Geological Survey, a escala variable de 1:62.500 a 1:125.000.*

Entre los mapas dignos de mención de la América del Sur figura el manuscrito original de la Carta Geográfica de América Meridional, en 4 hojas, por el Ingº D. Agustin Ivañez, *sin fecha; el*

Mapa Geográfico de América Meridional (en 8 hojas) dispuesto y grabado por D. Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, Geógrafo pensionado de S. M., *fechado en 1775; el manuscrito original del* Mapa de una parte de la América Meridional, *por D. F. Requena, fechado en el "Río Marañón, a 1 de abril de 1783"*, *y del mismo cartógrafo el* Mapa Geográfico de la mayor parte de la América Meridional, que contiene los países por donde debe trazarse la línea divisoria que divida los dominios de España y Portugal, *de 1796.*

En el apartado de las Antillas figuran en la mapoteca de la Sociedad Geográfica, como piezas de interés histórico, el manuscrito original del Plano General de la isla de Jamaica, *del Coronel D. F. M., de 1782; el* Plano General de la isla de Cuba, dividido en términos municipales y en barrios rurales, hecho por el Señor Juan F. Veulens, dirigido por el Tte. Coronel E.St. Greble, *en 82 hojas, y la* Carta Geográfica Topográfica de la isla de Cuba, dedicada a la Reyna Nuestra Señora Doña Isabel II por el Teniente General Conde de Cuba, *en 1835, mapa que ostenta una historiadísima cartela de la época.*

De la Argentina existen, entre otras muchas, las hojas del mapa militar, a escala 1 : 25.000, así como el plano, por provincias, de 1 : 1.000.000. Extraordinariamente copiosa es la cartografía brasileña, figurando entre las piezas referentes a esta República las hojas de la "Sociedad Nacional de Agricultura", por Estados. De Chile existe numerosa cartografía de los territorios del Estrecho de Magallanes, y del Perú, algunos mapas de interés histórico, como Mapa topográfico del Obispado de Truxillo del Perú, *por D. José Castillo, en 1786; el* Plano de la Intendencia de Truxillo, *de A. Baleato, en 1792; el* Mapa de la Governación de Guayaquil, Provincia del Mar del Sur, perteneciente al Virreynato del Perú, *de 1804. Asimismo, existen casi todas las "fojas" del mapa del Perú, a escala 1 : 500.000, de Raimondi.*

El catálogo de la mapoteca de la Real Sociedad Geográfica, que se abre con una buena colección de cartas oceanográficas, se cierra con la relación de mapas referentes a Oceanía y las tierras polares.

SALVACION DEL RECUERDO

POR

EDUARDO COTE LAMUS

POEMA IMPOSIBLE

Deja por última vez que mi tacto te sepa,
porque quiero aprenderme tu cara de memoria,
porque quiero iniciar un poema diciendo:
«En Segovia, una noche de torres, mi alma no pudo,
no le fué posible...»

Déjame, sí, déjame.
Déjame aunque sea fatigar tus huellas
por esta almohada con aroma de rostro,
porque quiero hacer un pájaro con tu piel
para despertar mi corazón muerto.

Yo te amé de frente, por entero,
y me miraba largamente en tus manos,
buscando dar olvido a mi antigua sed de playa.

Por ahí pasa esta tristeza con cara de rosa,
como si el color llevara mi dolor descalzo.
A veces me viene tu silencio de campanas
que debajo de tu voz silban siempre, siempre.

Te acercaste a mi vida como un vegetal solo,
alargando tus ojos hasta la plenitud del árbol.
Mi vida era sencilla, humilde,
tiernamente arcilla para un tacto.
Ahora no soy sino un manantial ciego
que huye de la sombra en tu mirada.

* * *

Es cierto que todo me fué inútil, doloroso;
fué una lástima que tú no me quisieras:
ha sido el mayor qué lástima del mundo.

Pero ven, acércate y muérete un poco en mis palabras.
A pesar de todo, eres mi amor, mi tú, mi nunca.

Y ya no puedo con este hueco sin destino,
que me pesa por dentro como Dios en la yerba.
Porque tampoco puedo con este sabor de ti en los labios.

Sí; en Segovia murió la savia de repente.
Y yo no pude,
no me fué posible.

LEJANIA EN LAS MANOS

Esta lejanía camina por mis horas, vaga por el olvido como si tuviera que nacer de nuevo.
Mas la ausencia bebe en mi mano izquierda donde crece un árbol.
Por eso de tarde en tarde mis manos cantan imitando barcos.

En tu rostro hay un momento donde las cosas hallan su luz:
tu claridad, que inclina las olas hacia el mundo,
que mueve los venados para que pasten el crepúsculo;
tu voz, que hace volar los pájaros, que les enseña
cómo deben cantar para que no se queden ciegos.

Hay en esta tarde un corazón: mi corazón.
Mi sangre es el río que da vueltas por el mar
Y no se junta nunca con la sal y los yodos.
Y yo gasto sueños en la noche,
gasto luceros en la noche
hasta dejarlos en la aldea donde mueren las torres.

De vez en cuando tus ojos se elevan
y buscan islas sin estrella polar.
Allí la hierba se descalza y deja los pies libres
para que los ángeles se anuden las trenzas.

Todo está listo para el día de tu muelle;
cuando llegue tu lejanía habré terminado un puerto
y concluído un arca para llenar de bosques.
Entonces tendré presentes todos los ríos del mundo,
todos los arroyos, todos los canales.

¡Qué bello cuando se alce un leño de agua y diga:
«Soy el Orinoco»;
y otros:
«Yo, el Guaviare»,
«Yo, el Ganges»,
«Yo, el Duero»,
«Yo soy el Mississipi»!...
Porque mi tacto es la confluencia de los ríos.

EL CORAZON DE VIAJE

Es tan grande este amor, que casi está de viaje,
y ha dicho tantas voces, que no alcanza a vivir en la palabra,
porque el pájaro, sin comprender su vuelo,
se ha ido lentamente, sin dejar un silbo entre los árboles.

Esto que llevo dentro no puede ser más ángel.

He llegado de un país donde van las aldeas montaña arriba,
adelgazándose, para mirarse largamente el cuerpo,
soltar su cabellera de bosques y bajar de nuevo por la savia
para observar sus habitantes,
y donde frecuentes molinos se acercan al océano para mover
los vientos
y sembrar espigas con las aspas.

Y allí me hiciste mucha falta.
En Lisboa miraba el mar, y era menos el mar sin tu nostalgia.
Entonces
los delfines emergían, asustando a las gaviotas,
y yo decía tu nombre para que ellas se colgaran
y lo repetía en voz baja
para que las olas vagaran por tu playa
buscando ser mi ausencia, mi distancia.

Te vi con las manos llenas de espacio,
como si fueras capaz de construir el universo.
Vi tanto espacio en tus manos, que salían de tus dedos nuevas
criaturas,
vírgenes, danzantes en tu cuerpo,

y tu cuerpo, largo y comenzando a nacer sobre la arena del crepúsculo.

Estabas libre de la muerte, aparecida en el tacto de la estrella,
creciendo con mis sueños y todos mis pájaros sembrados.

AUSENCIA

Por esta tarde bajo con unos cuantos corazones en el pecho,
viajo con un sueño descarriado, y por estas horas recuerdo,
olvido, vuelvo a recordar y clamo:
Yo no tengo nada. ¿Por qué te me vas, mi nada?

Con tanto tiempo por delante. Con tanto espacio para morir
y no poder iluminar la voz con el rocío
para nombrarte constelaciones, astros, ríos que nunca desembocan.

Porque ayer salí de amor bajo la lluvia
tengo las manos abundantes de deseo,
y por ellas discurren, escriben y hasta sueñan manos antiguas,
manos que se han perdido en los saludos,
que dijeron volverían contando aldeas,
que no hablaron nada y se quedaron en tu rostro.

Yo necesitaba decirla en el otoño que la savia descansa por tres meses,
que las sienes fulgen por negros luceros,
que los árboles sueñan con la estación de las rosas
donde hay ángeles sin vuelo respirando el crepúsculo.

Yo necesitaba decirla en el otoño: «Amada mía»;
ir, caminar por esta tarde que parece un pájaro con el canto enfermo.

Yo necesitaba hablarla en el silencio y explicarla
que cada vez que pasa el viento,
las hojas caen como niños,
y volverla a decir: cada vez que te nombro siento un mar en los labios
y yo soy tu barco de papel.

Casi tenía otras cosas para enseñarla: mi corazón.
Y tornar a decirla: te quiero porque en tus ojos crecen todas las estaciones, todos los bosques,
y no hace mucho que subiste por los pájaros
y te asomaste al mundo como un Tequendama de luz.

NOMBRE HABITADO

Sucede que buscando tu nombre por el cielo
he visto casas en las estrellas, he visto pájaros
que encienden ventanas como si hubiera un niño estudiando,
celestes pájaros prisioneros del éter que usan la luz como columpio
y que de pronto envuelven las plumas en su canto.

La casa estudia. En la ventana aparecen nuevas luces;
seguramente hay un libro relatando un arco iris.
Y el niño adelanta sus manos y quiere hacer con los colores una trenza
para pasear por el aire cuando le nazca su cumpleaños.
Mas el pájaro no puede detenerse. Absorto,
mira hacia abajo, donde no tiene claridad ni olorosas maderas,
y desea picotear su silbo.
Su peso es tan pequeño, que conmueve la estrella.
Mira hacia un lado, mira al sur: el cielo está en tu nombre.

El cielo va de estrella.
Ahora puedo decirte que hay casas, que hay pájaros en las estrellas.
También viene un rumor de barcos:
el libro está hablando del océano,
yo creo que del Atlántico.

En tu nombre he instalado mi casa.
Y tu nombre está habitado.
Y lejanas criaturas preparan la mesa
donde un niño con pájaro en el cuerpo
alza las manos, habla de viajes: del universo.

MADRE EN MIS COSAS

Madre, yo aquí con mis cosas:
con este cuerpo usado que deseo cambiarme,
con el polvo pegado en el vestido, en los zapatos;
con esta cal que me mantiene el peso,
con esta ceniza que me hace mover las manos,
mover las sienes, que me alarga hasta un metro con setenta
y que de pronto se amasa con sueños para que me sienta barro.

Madre, tu hijo cuenta
once años más desde el día de tu nunca;
tiene rayado el tacto, ríos tácitos en los ojos
y ha movido los pies por las horas
como buscando ser más hueso.

Te contaré, madre,
me he dejado crecer las barbas
y todavía me llamo Eduardo;
padre sigue sembrando árboles,
Guillermo es arquitecto y se ha casado,
Elena hace lo que tú hacías
y yo, viviendo, consumando el olvido.

Madre, una noche de música
me escribiste el cuerpo con toda tu ternura
y alimentaste mi tristeza con una mirada que yo no entendía,
pero que fué tan clara, que sabía tanto...

He cruzado estos años lleno de savia y agua
y he consumido los ojos esperándote;
porque yo recuerdo que por el sol de los venados
enhebrabas tus manos con un hilo muy fino
y cosías mi primer traje apoyada en tu vientre,
tu vientre, que Gemela y yo habitábamos.

Te contaré algo terrible: soy poeta.
y padezco la ternura de las cosas.
Es muy duro ser poeta, madre,
y, sin embargo, entre ricas palabras
se descubren las cosas al nombrarlas.

También recuerdo
el viaje que contabas cuando me tenías dentro,
el dedal que comprendía los colores y el remiendo
y que de pronto cantaba en tu dedo
toda la ropa blanca que después planchabas.

Madre, ¿te acuerdas de mis enfermedades?
Pues todavía sigo enfermo.
Hoy es primero de septiembre y son las doce del día,
estoy en un café de Madrid y acabo de llegar de un viaje.
Madre, no estoy en la patria;
estoy en un país lejano que tú no conociste,
pero del que siempre hablabas y decías: España,
como quien le da nombre a la luz,
como quien parte de una hermosa ausencia.

Como te puedes dar cuenta,
todavía sigo enfermo.

Madre, te contaré que tengo amigos;
son buenos y me los hubieras aconsejado si vivieras.
Hernando es pequeño y mi mejor amigo,
porque todas las mañanas entreabre sueños
con su rostro puro como las estaciones;
Alberto se parece a la yerba,
y porque ama su infancia estudia medicina;
Rafael es humilde como para llevarlo por un cuento;
Mario y Pepe son poetas: el uno nació en Nicaragua
y el otro en Jerez de la Frontera,
y ambos están llenos de universo,
como si estuvieran secos por construir tantos ríos;
Gutiérrez recorta huellas para tener pasos de futuro;
Pérez Chanis es arquitecto
y por todas partes va cantando, como si quisiera edificar el aire;
Toral tiene mil vidas para repartir a sus amigos;
Diego es profundo y camina con la cabeza levantada
buscando un mar en cada estrella;
Pedro Antonio va por el mundo sin saber la dirección de sus pies
y su andar está lleno de auroras;

Agulla usa gafas y se alarga en el tiempo,
como buscando un sitio para su gran cuerpo;
Paco Urioste es un boliviano sencillo, buen médico,
y abarca con sus manos de ascendencia inca
las primeras muertes de los hombres;
a Geirr Tveitt se le acaba de morir el padre
entre un gran silencio nórdico;
Soler es Curro y andaluz, pero muy triste,
triste como si viera claridad en las cosas;
Enrique está de nuevo en Cúcuta
y quiere ser político y más hombre;
Labordeta es poeta, redondo y baturro,
y una noche decidió cambiar su Zaragoza por el mundo;
y también Colmeiro, quien vive apresuradamente su estatura,
y Darío, que es pintor, y Guillermo, que también pinta,
y Antonio, que es sordo, pero que oye
la música que sale del trigo de Castilla
y que de tarde vende vino en la taberna.

Madre, éstos son mis amigos,
pero no están todos;
faltan los demás y sus muertes.

Madre, se me olvidaba Juanita,
la chica vasca que me arregla el piso.
Juanita, que se despierta en la voz
para contarle a los ojos que ha soñado
que dentro de poco se va a casar.
Es como una oveja con flores en la lana.

Madre, todavía no me despido.
Me hace falta contarte algo a ti, que me quieres tanto:
resulta que mis labios se ataron a un nombre
y que todos mis abuelos apresuraron el paso por mi sangre
para que yo amara, resumiéndolos,
en un total de corazón y sueños.
Sí, madre; ahora no soy más que ternura.

Y como no la conoces, voy a decirte cómo es:
tiene un corazón tan grande,
que a veces no le cabe en el pecho y lo reparte por las flores,

y a mí me toca recoger pájaros claros que han picoteado su corazón.
En sus ojos caben todas las distancias
y van pintando de celeste al tiempo.
Madre, ella alcanza casi tu estatura
y tiene un nombre donde el mar se desborda
y una cabellera rubia que no hace mucho dividía en trenzas.
Es blanda cuando yo la acerco a mis brazos
para que sienta el amor bajo su pecho.
Yo me ilumino con su voz
y mi sombra está pegada a sus dedos.

Como ves, madre, sigo todavía enfermo.

Poemas del libro inédito
«Salvación del recuerdo»

Eduardo Cote Lamus.
Calle 4.ª, n.º 6-35.
NUEVA PAMPLONA (Colombia).

LA NADA Y LA ANGUSTIA

POR

PEDRO CABA

LA RACIONALIDAD EUROPEA Y LA NUEVA METAFISICA EXISTENCIALISTA. — Desciende la racionalidad europea; el hombre europeo razona mal, comprende mal, decide escasamente y algo ratea dentro de su pensamiento. En cambio, es patente el alza de la racionalidad en América: la investigación, la técnica, el negocio, el tono vital, el sentido imperial y guerrero, ahora naciente, indican la adolescencia de los Renacimientos de la Historia. Sí; baja la potencia lógica en Europa. Pero he aquí este hecho: dos libros espesos, escabrosos, no siempre extricables, como *Ser y tiempo,* de Heidegger, y *El ser y la nada,* de Sartre, son quizá los libros más leídos en Europa en los últimos años. Todo el mundo habla de ellos como antes se hablaba de la Relatividad y de la Física cuántica o del Psicoanálisis. ¿Será que es puro mimetismo de la moda y la gente habla de todo esto sin haberse molestado en leerlo y convertirlo en pensar propio? Nadie puede negar que hay modas de pensamiento. Pero lo más expresivo del fenómeno de hoy es que son los propios teóricos los que afirman que sus saberes son inseguros. Eddington ha dicho que la Física actual no sabe adónde va ni de dónde parte. Russell afirma que en la Matemática contemporánea nunca se sabe de qué se está hablando. Einstein, que lo que la Física explica no es verdad y lo que es verdad no lo explica. Sartre y Camus—y antes Jaspers—han elevado el absurdo a filosofía. Y si esto lo dicen los propios investigadores, no extrañemos que los intérpretes y comentaristas entiendan mal la «ecuación de ondas», de Schrödinger; el «principio de indeterminación», de Heisenberg; la relatividad restringida o las formas apofánticas de la Lógica pura. Pues bien: aquí salta viva la paradoja: las gentes científicamente incalificadas, ni teorizantes ni escoliastas autorizados, los hombres que ruedan rumorosos y minerales por las avenidas, buscando espectáculos casi infantiles, oyen todo eso que se dice de la ciencia y la filosofía nuevas y se engolfan en ellas precisamente porque no las entienden. Y van a esos libros, no para intentar entenderlos, sino para recrearse

en el tabuísmo de esos libros, en su presencia terrible y numinosa, y aspirar y vivir su misterio. Y así caemos en la cuenta de que la tal paradoja quiere decir que se leen ciertos libros precisamente porque no se entienden. Hemos llegado a la caída del pensamiento y de los libros claros y metódicos. El europeo cansado de pensar quiere no entender.

EL SER, EL NO SER Y LA POETICA DEL ESPIRITU.— Pero pensar ¿es ya conocer? ¿Conocemos ya cosas por el hecho de ponernos a pensar, o es, al revés, que porque conocemos algo nos ponemos a pensar? Ambas cosas se dan simultáneas y unificadas. La cosa es cosa, tiene ser en cuanto es conocida por el pensamiento, pero el pensamiento siempre es pensar algo, y este algo es lo que hace a la cosa. No es que el encontronazo con ella produzca el conocer y el pensar, como dice Scheler, sino que ese encontronazo es ya pensar y conocer. Sin pensamiento que las piense no habría cosas, seres en el mundo; y sin cosas que pensar, el pensamiento no podría ejercitarse. Pero el pensamiento lo que hace es sobrepasar esa realidad de las cosas y crear otra: la de los *entes de la razón*, que son abstracciones puras, y los *entes de imaginación*, que son edificados con materiales de derribo sacados de la realidad. Unos y otros, con los objetos abstractos, forman los objetos ideales.

El pensamiento es afán de pensar y conocer, pero siente también una última nostalgia de lo que no hay, como una sutilísima reminiscencia de haber sido antes de su origen divino creador de la nada, y, al par que busca cosas para pensarlas, añora *no-seres* para sacar de ellos seres de nueva planta. No es sólo afán de conocer, sino de *poner* cosas, de *fundarlas*. Por eso el pensamiento racional tiene estilo analítico destructivo: primero niega y luego funda; por eso, para conocer, *abs-trae* de lo que hay. Y su acercarse a conocer las cosas no es amor, sino erotismo, un impulso destructor que engendra. Halla entes desnudos, los viste de seres y les inventa nombres, relaciones, los *com-prende* o enlaza y luego prescinde de las cosas mismas para quedarse con la relación, con la abstracción, con la comprensión vacía. Y a eso le llama «Ser».

Pero todas estas imágenes verbales que yo mismo uso no deben servir para creer que ese acto de conocer es sencillo y racional o inteligible. Es más bien un hecho inaccesible al pensamiento lógico. Este piensa las cosas, pero no comprende cómo las piensa y conoce, según ya señaló Nicolás de Hartmann. Quizá, como él de-

cía, lo único real sea la multiformidad de los seres, y no hay un ser, ni real ni ideal, que abarque a todos. Por de pronto, estamos viendo que el ser no está en las cosas ni en el pensamiento, sino en la relación fecundante de ambos. Pero ¿cómo se efectúa esa relación o conjunción? ¿Emigra mi pensamiento desde mí hasta las cosas dejando la mente como un nido abandonado hasta que vuelve el pensamiento a mí? ¿O no emigra, sino que emite ondas de sí mismo, que van y vuelven con el mensaje capturado a las cosas? ¿O es que éstas vienen hasta mi pensamiento, instalándose en mi mente? No sabemos anda. Podremos dar una imagen, pero no una razón. No sabemos qué son las cosas. Y no sabemos tampoco qué es el pensamiento, porque no sabemos qué es el espíritu, el tremendo misterio de ese espíritu que ha venido a hacer nido en el hombre. Sólo podemos decir que el espíritu es astilla desgajada de lo Divino y de lo Divino trae costumbres, nostalgias creadoras. Quiere crear y no puede; sólo corrige, suplanta y funda. No es sólo la poesía la que funda el ser de las cosas, como ha señalado Heidegger, refiriéndose a Hölderlin, sino que el hombre, todo hombre, en la medida que está ganado por el espíritu, funda cosas; es que siempre hay una tentativa del espíritu para fundar sustancias, para crear de la nada, como Dios. Pero es tentativa nada más, esfuerzo insatisfecho. El espíritu pone espíritu en las cosas, en el mundo natural, pero no pone cosas reales nuevas y de nueva planta. El espíritu del hombre siempre se encuentra a sí mismo en las cosas, en las cosas ya vestidas de él.

LA NADA, EL SER Y EL ESPIRITU.—Los animales *perciben* (pero no *conocen)* la cosa que está ahí concreta y material, lo que les influye sobre los sentidos. Por el olfato, un perro rastrea a su amor que está lejos, y por un misterioso instinto de orientación la paloma, en las alturas, se para en una estrella de caminos y halla el rumbo aéreo de su palomar. El hombre, como ser físico, también percibe y no conoce por los sentidos. Por sí solo, sin la asistencia de *alguien*, de un copo de espíritu que esté detrás del sentido y coordine las sensaciones en impresiones, y estas nociones en recuerdos, propósitos, etc., etc., el sentido no conoce. Sólo conoce el espíritu atisbando por las aspilleras de los sentidos, dentro de un cuerpo donde está encarnado. Ningún animal conoce; lo que hace es sentirse atraído según el hábito engendrado por unos reflejos, condicionados o sin condicionar, y cuando el sentido es excitado suficientemente. También se viene diciendo que por

el conocimiento sensible se conoce lo particular concreto y que por el conocimiento espiritual se conocen las esencias, las especies inteligibles y abstractas. No; el espíritu conoce lo sensible a través de los sentidos y conoce lo inteligible por pura acción de *reconocimiento* espiritual, pues allí donde encuentra la especie inteligible nota el paso del espíritu que allí se posó, y la reconoce como fundación de espíritu.

Pero hay algo en que el espíritu da a conocer su estilo creador y poético y la genuina esencia de su acción frente al mundo. El espíritu no solamente ve lo que hay, sino también lo que falta, lo que no hay ni está, el *no-ser*. En esa misteriosa virtud de ver y notar la falta, la ausencia, el hueco que las cosas dejan, la presencia, en suma, de lo que no es ni está. Al llegar al desierto, lo primero que el hombre ve es el vacío, lo que no hay, como en los abismos. Ningún animal percibe la ausencia, la falta de algo entre varios. Lo busca, sin duda, cuando se le queda atrás o se lo quitan, siendo un hijo solo. Y es el instinto de maternidad que grita el ansia de la búsqueda, pero el animal no *conoce la ausencia o falta del hijo*, como no conoce la comida ausente, aunque se agita cuando tiene hambre, pues el hambre es un estado orgánico y no la ausencia de algo. Es más: el hambre puede ser suscitada por un fenómeno real que avise o simbolice el momento de comer, como en las bombillas y los timbres de los perros de Pawlow. Si al animal se le suplanta su hijo real por otro ejemplar de la misma especie, con idénticos atributos a los del suplantado, la hembra madre lo acepta y no nota la suplantación ni la falta del hijo. La gallina admite polluelos extraños y la gata madre se siente tan madre, con su gatito único, después de habérsele sustraído cuatro más. Tampoco el sexo bruto percibe la ausencia ni distingue el *no ser*.

El espíritu se alimenta de negaciones y afirmaciones. Cuenta con la entidad de las cosas, pero les niega esa entidad vistiéndola de ser, dándoles una esencia. Pero una esencia que ha extraído de las cosas por *abs-tracción*. El ser, la cosa concreta que halla, la aísla primero, y la ausenta, la distancia y la niega como tal singularidad, por fin. El pensamiento lógico cuenta con lo que hay, va hacia lo que está ahí; pero para analizarlo, destruirlo, en lo que era y pre-*scindir* de ello quedándose con la abstracción, pues abstraer es un modo de *pre-scindir* de lo dado, tal como es dado. Tanto Heidegger como Sartre han especulado baldíamente (y mucho más el francés que el alemán) sobre la nada y el no ser... Y lo primero

que han hecho es confundir ambas cosas, como si el no ser fuera la nada y la nada fuera cualquier *no-ser* o no estar. Por eso, un poco tontamente, a la ausencia o falta de algo le llaman *nada*. Conocido es el pasaje de Sartre en que habla de la ausencia de su amigo Pedro en el café a donde va a buscarle (1), y de los 1.300 francos que halla en un billetero cuando creía encontrar 1.500. No es cierto que el no ser sea la negación total del ser en el sentido de que sea la nada. La mesa es *no abanico, pero no es la nada*. No se diga, como Sartre, que es la nada respecto al ser del abanico, porque es limitar arbitrariamente la cuestión, y la nada limitada no es nada, es algo. El abanico y la mesa tienen de común ser cosas, ser útiles, y, por tanto, cuando digo que la mesa no es abanico, aludo al no ser, pero no a la nada. Y hay otros casos en que el no ser está más próximo al ser que a la nada según sea el grado o la posibilidad. No es igual la posibilidad de ser vivo en un embrión de siete meses que de tres. Y así la bellota no es no encina en el mismo grado que la mesa no es abanico... La bellota está más próxima a la encina, al ser de la encina, que a la nada. La negación sólo existe para el pensamiento, para el espíritu; la negación no está ahí, como ser de la negación. En cambio, sí hay, al menos, para el espíritu, el no ser. Si debiendo haber 100 ovejas en el rebaño, resulta que sólo hay 80, diremos que *hay* 80 y *no hay* 20. Un animal percibiría sólo las 80, o, mejor dicho, la masa indeferenciada, el rebaño; pero el pastor percibe no sólo las 80 ovejas que hay, sino también las 20 que no hay.

El hombre, como espíritu, conoce, aprehende, el no ser; pero no la nada como algo real, pues *la nada todo lo excluye, incluso el ser de sí misma*. Existe el no ser, la falta, la ausencia, pero no la nada. La nada no es una ausencia que el espíritu lleva o funda; pero la ausencia puedo anularla y transformarla en ser. Así, me es ausente mi hijo; pero yo, por el recuerdo y la evocación, lo saco de su ausencia y lo traigo a presencia realísima; tanto, que me hace llorar o reír de gozo. El espíritu percibe el no ser; pero por una operación de resta, por una actividad nada más que judicativa. El que siente el escalofrío metafísico del desierto no resta nada a un algo, por una operación de juicio. El abismo para Jacobo Böhme era algo más que raciocinio. Cierto que el pensamiento lógico obtiene negaciones lógicas por sustracción, como contiene esencias por abstracción; pero ni las esencias ni las nega-

---

(1) Sartre: *L'être et le néant*. Vingt-deuxième édition. N. R. F., 1948, páginas 44-47.

ciones lógicas son seres. El futuro es vivido como lo que *aun no es*, el pasado, como lo que *ya no es*; éste puede ser imaginado como un resultado de restar; pero ¿y el futuro?, ¿de qué se resta el futuro? Pasado y futuro son *no-seres*, son impresente.

El no ser es «nada-de eso», pero no *es nada* absoluta. El no ser es un «ser-todavía», pero no el absoluto y definitivo no-ser. Además hay formas parciales o regionales del no ser. Hay cosas que *no son* en el espacio, pero son en el tiempo, como el pensamiento, el verbo «andar», la Historia como saber. Las hay que *son* en el espacio, pero *no son* en el tiempo, como las piedras. Y las hay que no son tiempo ni espacio, y, sin embargo, son, como los entes de razón y los objetos ideales. El pensamiento ve el ser y pone el no ser, unas veces; otras, al revés, porque de ambos, del ser y del no ser, necesita para entenderse y jugar dialécticamente. Lo que el espíritu no halla lo funda... Sartre, confundiendo el no ser con la nada, dice que la nada no es anterior al ser, como afirma Heidegger, sino que «el ser es anterior a la nada y la fundamenta: «il faut entendre non seulement que l'être a sur le néant une préséance logique, mais encore que c'est de l'être que le néant tiré concrétement son efficace. C'est ce que nous exprimons en disant que le néant hante l'être»... Y luego confirma la confusión de la nada con el ser diciendo: «... le néant qui *n'est pas*, ne saurait avoir qu'une existence empruntée», etc., etc. Pero el ser no es la nada ni es anterior a la nada, ni es «de donde saca la nada su eficacia», porque no sé qué será eso de la eficacia de la nada. *Del no ser no sale la nada, porque después de ser queda el haber sido, que es algo y no nada.* La nada es purísima, y la madre que tuvo un hijo quedó siendo madre para siempre, aunque se le haya muerto el hijo. No se puede volver a la nada después de haber sido; se puede volver al no ser, porque el ser y el no ser pueden ser contemporáneos y alternativos. Cuando Juan ha muerto ya no *es* en este mundo; pero, por eso, ¿es nada? No, pues ahí quedan los afectos y los recuerdos entre sus amigos; y aunque nadie lo recordara, el hecho de haber sido, de haber pasado por el ser, ya no lo dejaría regresar a la nada... En cambio, si Juan tiene treinta años, hace cuarenta era exactamente nada, porque aun no había venido al ser. La bellota *es* bellota, y además *no es* encina; pero antes nació como bellota de una encina; entonces, *era* encina y *no era* bellota... Así se van trenzando alternativas encinas y bellotas, con el *ser* y el *no ser*, respectivamente.

La ausencia de lo que no está ahí no es *no-ser*, sino simplemen-

te una ausencia o falta, pues lo que no está aquí es que está en otra parte, de modo que sigue siendo aunque no está aquí. Lo que no está aquí ni en ninguna parte puede, sin embargo, seguir siendo ser, y así ocurre con los entes de razón y de imaginación. Y todavía hay lo que no está ahí ni en ninguna parte, *ni es*, y, sin embargo, no es nada; simplemente *no es* porque está siendo, deviniendo, llegando a ser, como la potencia, como el mismo pensar, como el querer o el existir. Pues bien: eso último no es ausencia ni ente de razón, ni menos es *nada;* es algo, pero es no-ser. Ese *no-ser* no puede confundirse con la nada.

Y la negación judicativa no es ni *no-ser* ni nada; es algo, es una negación lógica. Otra cosa sería discutir si a la negación lógica o juridicativa corresponde una realidad ontológica, y, como tal, tiene la ontologicidad de lo lógico... Sartre pretende haber refutado a Heidegger en sus ideas sobre la nada, y lo que demuestra Sartre es no haber entendido la cuestión tal y como la plantea Heidegger, de modo mucho más hondo y riguroso. Lo que ocurre es que para Heidegger la nada no es mero no-ser, como en Sartre, pues Sartre, porque el queso de bola *no-es* un violín, cree haber llegado a la nada metafísica, haberla encontrado en ese *no-ser* de los quesos de bola.

Heidegger se pregunta con valentía: «¿Qué es la nada?» Y se contesta: «Ya la primera acometida nos muestra algo insólito. De antemano suponemos en este interrogante a la *nada* como algo que *es*, de este o de otro modo, es decir, como un *ente*. Pero precisamente si de algo se distingue es de todo ente. El preguntar por la nada *trueca lo preguntado en su contrario...*» «*Tanto la pregunta como la respuesta* respecto a la nada, son, pues, igualmente, *un contrasentido...*» «El pensamiento, en efecto—que siempre es por esencia pensamiento de algo—, para pensar la nada tendría que actuar contra su propia esencia.» Nada, por tanto, podemos contestar a la pregunta hecha. Porque, «¿no es realmente el entendimiento soberano en esta cuestión acerca de la nada? En efecto, sólo con su ayuda podemos determinar la nada y situarla, aunque no sea más que como un problema que se devora a sí mismo. Porque la nada es la *negación* de la omnitud del ente; es, sencillamente, el *no ente*. Con ello subsumimos la nada bajo la determinación superior del no, y, por tanto, de lo negado». Pero la nada no es una especie de lo negado. No es que haya nada porque hay negación del entendimiento, sino que «la nada es más originaria que el no y que la negación»... Si vamos a interrogar cómo

sea a la nada, es preciso que previamente la nada *se nos dé.* Es menester que podamos encontrarla. Pero hay una dificultad: si la nada es «negación pura y simple de la omnitud del ente», ¿habrá que conocer primero todos los entes, y de un brochazo borrarlos a todos y quedarnos con la nada? (Aquí ya notamos que tampoco Heidegger ha llegado al fondo de la cuestión, como es usual en él.) No podemos captar absolutamente todo el ente, pero estamos situados «en medio del ente en *total*». Y esto a diario. Cuando estamos más aburridos, «el aburrimiento nos revela el ente en total». Pero ¿hay en la existencia del hombre un temple de ánimo tal que le coloque inmediatamente ante la nada misma? Y contesta Heidegger: «Se trata de un acontecimiento posible, y si bien raramente real, por algunos momentos en ese templo de ánimo radical que es la angustia...» «La angustia hace patente la nada.»

Y, sin embargo, «la nada se descubre en la angustia, pero no como ente. Tampoco está dada como objeto. La angustia no es aprehensión de la nada. Sin embargo, la nada se nos hace patente, y a través de ella, aunque, una vez más, no como si estuviese separada y «al lado» del ente en total que se presenta en la desazón de la angustia. Antes bien, decíamos: en la angustia nos sale al paso la nada a una con el ente total». Y añade luego: «En esa clara noche que es la nada de la angustia, es donde surge la originaria potencia del ente como *tal ente*, que es *ente y no nada.* Pero este «y no nada» que añadimos en nuestra elocución, no es, empero, una aclaración *subsiguiente,* sino la que *previamente posibilita* la patencia del ente en general. La esencia de esta nada, originariamente anonadante, es: *que lleva, al existir* por vez primera, ante el ente en cuanto tal.» En fin: «Existir (ex-sistir) significa: estar sosteniéndose dentro de la nada.»

Pero tampoco cree Heidegger que haya que detenerse en superar la «metafísica antigua», que entendía la nada como lo que no es (lo mismo que Sartre), con la «dogmática cristiana», que afirmando la creación «ex nihilo» llegaba a identificar la nada como el contraconcepto de todo ente, como el contraente de Dios, como «contraconcepto del *ente propiamente dicho*», sino que «la nada no es ya este vago e impreciso *enfrente del ente,* sino que se nos descubre como *perteneciendo al ser mismo del ente.* Y añade: «El ser puro y la pura nada son lo mismo.» Esta frase de Hegel es justa ya. El ser y la nada van juntos, pero no porque ambos coincidan en su inmediatez e indeterminación—como sucede cuando se los considera desde el concepto hegeliano del pensar—, sino que

el *ser* es por esencia *finito*, y solamente se patentiza en la trascendencia de la existencia que sobrenada la *nada*.» De modo que la vieja frase «ex nihilo nihil fit», «de la nada, nada se hace», hay que sustituirla por esta otra: «ex nihilo omne ens quaens fit». «todo ente sale de la nada». Pero, además, la nada, «¿en qué medida envuelve a nuestra conciencia interrogante?» Y se contesta el propio Heidegger: «Sólo porque la nada es patente en el fondo de la existencia, puede sobrecogernos la completa *extrañeza* del ente. Sólo cuando nos desazona la extrañeza del ente, puede provocarnos *admiración*. De la admiración, esto es, de la patencia de la nada, surge el *¿por qué?* Sólo porque es posible el ¿por qué? en cuanto tal, podemos *preguntarnos por los fundamentos, y fundamentar algo de una determinada manera*. Sólo porque podemos preguntar y fundamentar, se nos viene a la mano en nuestro existir el destino de investigadores.» «La pregunta de la nada nos envuelve a nosotros mismos, a los interrogadores. Es una cuestión metafísica.» «La existencia humana no puede habérselas con el ente si no es sosteniéndose dentro de la nada. El ir más allá del ente es algo que *acaece en la esencia misma de la existencia*. El trascender es precisamente la metafísica.» Pero siempre queda una pregunta en pie: «¿Por qué hay ente y no más bien nada?» (1).

En *Ser y Tiempo*, dice Heidegger que, como el ohmbre, es «ser-para-la-muerte», es «fuente y fundamento de la nada»; y también ha dicho que el *Dasein* fundamenta y funda el ser o el ente (que yo no sé si los distingue). Y cuando el hombre halla que las cosas vuelven a su condición de antes (él dice «ser en bruto», «seiendes»), experimenta el *no-ser* de ellas, su estado de caos, y siente el impulso de fundarlas como seres y no entes, haciendo del caos, cosmos. Es el afán de inteligibilidad que queda en Heidegger como resabio de su racionalismo extremo. Heidegger llama algunas veces «nada» a lo que es nada más que ininteligible, aunque tenga «existencia en bruto». Y esto quiere decir que el ser lo da la inteligibilidad, el pensamiento.

Pedro Caba.
Millán Astray, 16.
BURJASOT (Valencia.-España).



BRUJULA DE ACTUALIDAD

ESTADOS UNIDOS Y ESPAÑA

POR

FRANK ANTHONY LOPEZ

No cabe duda de que en los últimos años España ha dejado de ser un problema mítico para los Estados Unidos. Dos razones pueden achacarse al cambio en la política hacia España que merecen nuestra mención. Primero, la creciente conciencia en Norteamérica de que el comunismo, vestido del poderío marcial de la Unión Soviética, representa un poder agresivo, capacitado para destruir la hegemonía de los Estados Unidos en el mundo. Segundo, y más concretamente, las actividades del embajador de España en Wáshington, don José Félix de Lequerica, que han logrado un brillante éxito en la creación de una fuerza política favorable a España de diversos elementos importantes de la vida norteamericana. El propósito de esta fuerza política ha sido el subrayar la necesidad de una estrecha colaboración entre ambos países en tiempo de paz y guerra. No se puede negar que todavía persisten los mismos clichés y prejuicios en contra de una inteligencia hispanonorteamericana, pero éstos han pasado a un segundo término, y los argumentos de necesidad militar prevalecen y se sostienen en un plano de primera importancia. Desde los días de 1946 al presente, se ha ido aumentando el gran número de voces que demandan relaciones más cordiales entre España y Estados Unidos. Cada día aquellos que favorecían una auténtica amistad con España se hacían menos defensivos y más arriesgados frente

a la marea de abusos, que en su tiempo de apogeo arrastraban a todo aquel que se atrevía a abogar por relaciones más favorables con España.

Para los españoles ha sido extremadamente difícil comprender cómo ha sido posible que los círculos oficiales de Estados Unidos hayan dado oído a las abiertas tergiversaciones y falsificaciones de la verdad en cuanto se refería a España. Y no les faltaban razones para ello. Como norteamericano, ni deseo defender lo que ciertamente ha sido un error mayor de nuestra política, ni intentaré dar una explicación racional de un hecho nacido de condescendiente estupidez. Basta sólo señalar que la nación había derrotado al Japón y Alemania en guerra costosa y deseaba volver a su antigua vida cómoda, en la creencia de que realmente nos acercábamos a un «siglo de oro» con la Unión Soviética. Era el momento de nuestra «luna de miel» con el comunismo, y, para comprar la paz y nuestra exquisita comodidad, renunciamos a la victoria obtenida por nuestras armas y apaciguamos sin caridad cristiana. España—afortunadamente—se nos hizo problema cuando esos tercos de españoles no quisieron participar en nuestro juego.

Ahora que los Estados Unidos están casi en pie, vemos con alarma el horizonte yermo y amenazador que nos rodea. La situación, por tanto, es oportuna para una inteligencia con España, pero es sumamente esencial hacer constar que la necesidad no ha nacido de un espíritu de sincera amistad por España, sino de miedo de ser aplastados bajo la suela comunista. Aunque desgraciadamente esto es la verdad, es igualmente cierto que la necesidad para este entendimiento existe.

Muy recientemente, en mi país, Carlton J. H. Hayes, nuestro antiguo embajador en España y profesor de gran renombre, nos ha presentado sus opiniones valiosas acerca de Estados Unidos y España en un nuevo libro que lleva este nombre: *The United States and Spain*, Sheed and Ward, Inc., New York, 1951. Esta es la segunda obra que nos ofrece el embajador Hayes con referencia a España. La anterior, *Misión de guerra en España*, nos dió un resumen de sus esfuerzos diplomáticos durante su embajada en la capital española.

Es una verdadera pena que este libro, *Estados Unidos y España*, no llegase a la escena política norteamericana hace unos años, pues hubiera provocado una explosión. En el momento actual, el ambiente oficial en los Estados Unidos ha cambiado radicalmente, aunque todavía deja mucho que desear, y esto es, sin

duda, lo principal, puesto que, como ya ha dicho el embajador Lequerica en un discurso público hace muy poco en Raleigh (Carolina del Norte), el caso español tiene al público norteamericano sin cuidado. Más aún: el embajador Hayes es un católico y, por tanto, se le considera un sectario influído por sus tendencias religiosas. Su reciente libro ha sido juzgado en Estados Unidos desde este punto de vista, y existe el peligro de que, al publicarse la edición castellana de esta obra en España, se le dé una importancia que realmente no merece. No obstante, el antiguo *status* diplomático del profesor Hayes, su reconocida autoridad para tratar el tema que abarca el libro y su gran renombre como investigador histórico de una de las más importantes Universidades del país, asegura que sus opiniones no serán ligeramente consideradas.

El libro es muy favorable hacia España y desmiente de manera rotunda las muchas inepcias que han oscurecido el llamado caso español. Hay pasajes en el libro que serán vistos por españoles con cierto desagrado y que algunos norteamericanos han considerado como imprudentes. No obstante, la obra del embajador Hayes es un esfuerzo noble para avanzar la causa de las buenas relaciones entre los dos países. Hace resaltar el libro que existe una base sólida común histórica entre España y Estados Unidos para un entendimiento cordial. Después de todo, el embajador Hayes señala que los lazos históricos entre los dos pueblos son de cierto modo grandes y que hoy en día los intereses de ambos países son comunes frente al peligro comunista, y que esto hace ver a primera vista la necesidad de una completa colaboración. *Estados Unidos y España* señala la necesidad de enseñar a cada uno de los dos pueblos el modo de ser y pensar del otro para poder abrir un camino más amplio hacia esta colaboración. Para eliminar lo que el antiguo embajador llama «ignorancia y prejuicio popular» en ambos lados del Atlántico, se requiere un empeño gigantesco, porque hay que recordar que, aunque fué primero el esfuerzo del adelantado español quien exploró lo que es hoy la nación norteamericana, era el elemento anglosajón quien impuso su manera de pensar y ser en el molde del carácter norteamericano. Para vencer estos prejuicios se necesitarían todas nuestras pacientes energías.

El embajador norteamericano ataca con valor las políticas especiosas seguidas por Estados Unidos, Inglaterra y Francia con referencia a España. Aunque no es el tema directo de sus ataques, censura al secretario de Estado, Dean Acheson, por no haber te-

nido la sagacidad de reconocer las realidades y las exigencias de nuestro trato con España. Hace ver que hoy en día es la comunidad atlántica la que está amenazada por la ola comunista y que España forma parte integrante de esta comunidad y, por tanto, no se la puede ignorar ni desterrar. Fué exactamente esta política terca e inexplicable del Departamento de Estado la que obligó al embajador Lequerica a llevar su batalla a las sesiones del Congreso norteamericano. Allí la influencia del embajador español se ha visto en su pleno vigor, y, unido a los cambios de las circunstancias mundiales, la política ha cambiado en gran parte. Pero, para los españoles y para algunos norteamericanos sensatos, los comentarios del embajador Hayes son verdades tan obvias, que no vamos a hacerlas objeto de discusión en nuestra crítica de *Estados Unidos y España.*

Detrás de las intenciones sinceras y nobles del antiguo embajador Hayes para mejorar las relaciones entre los dos países, hay pasajes en su libro que tal vez serán ofensivos para los españoles, como han sido mal vistos por algunos norteamericanos. Dice el autor que «no estaría mal, desde nuestro punto de vista, que el general Franco se retirase y fuera sucedido pacíficamente por un ordenado régimen democrático semejante al nuestro o al de Inglaterra». Realmente es desafortunado que un reconocido historiador de la talla del profesor Hayes caiga víctima de ese tipo de argumentos. El carácter de un pueblo se determina por sus creencias y circunstancias históricas, y resulta verdaderamente extraño, si no asombroso, el que un país como el nuestro, que mantiene en sus ciudadanos una actitud indiferente hacia Dios, quiera imponer a los demás el dogma de la democracia como estrella polar del firmamento político. Basta observar el resultado de nuestra política con los países hispanoamericanos cuando nuestras teorías democráticas se convirtieron en intromisiones prácticas en los asuntos de esas naciones. El embajador Hayes declara aún: «Colaboración con España requiere, naturalmente, un vencimiento de nuestros escrúpulos democráticos hacia el Gobierno del general Franco, que es indudablemente cierto un tipo de dictadura militar y anticomunista.» Conviene advertir que el embajador Hayes también hace resaltar que tratamos con países comunistas y con otras naciones que son gobernadas por sistemas dictatoriales, sin desagradar por ello a nuestras sensibilidades morales. La comparación de España con sistemas comunistas es particularmente odiosa y, aunque no deja por eso de ser un argumento, me parece poco

oportuno que lo utilicen los que desean relaciones amistosas con España.

Por lo demás, éstos son tan sólo reparos ocasionales, y la obra del embajador Hayes constituye un noble esfuerzo por la causa de la mejor inteligencia y colaboración de Estados Unidos y España.

Noviembre, 1951.

Frank Anthony López.
Wáshington, D. C.

UN TESTIMONIO DECISIVO SOBRE LA CONVERSION DE GARCIA MORENTE, por *José Miguel de Azaola.*

Nueve años hace que entregó su alma al Señor—fué, como se recordará, un caso de muerte repentina—el profesor García Morente. España sufría aún ferozmente, en su cuerpo y en su alma, con las heridas de la guerra civil, demasiado recientes todavía; y quizá por eso el hecho no tuvo en el gran público la merecida resonancia. Pero en los círculos intelectuales y universitarios de la Península, la muerte de García Morente vino a imponer un piadoso silencio al revuelo suscitado por un acontecimiento todavía muy próximo—rigurosamente contemporáneo de la guerra civil— : la vuelta de Morente al seno de la Iglesia católica y su ordenación sacerdotal.

Sólo hablé una vez con Morente. Fué en Algorta, uno de los suburbios veraniegos de Bilbao, en el saloncillo de un pequeño hotel donde don Manuel se encontraba pasando parte de sus vacaciones. Era el año 1942, pocas semanas antes de su muerte. Charlamos durante toda una tarde. Su simpatía, su desenvoltura, su gracejo, su enorme erudición y su honda religiosidad, me impresionaron. Dimos, sobre todo, vueltas en torno a la gran cuestión del apostolado entre los intelectuales. Don Manuel me recomendó un libro, un gran libro: «Cristo, nuestro hermano», del alemán Karl Adam: el libro que—según me dijo—tenía abrazado don Julián Besteiro en el momento de su muerte, acaecida meses antes en la prisión de Carmona, aun cuando se negó a recibir los sacramentos de la Iglesia. Hablamos de Ortega, de quien Morente no había vuelto a tener noticias desde hacía algunos años. Me dijo que le había escrito por última vez, comunicándole la noticia de su conversión al catolicismo y su intención de ordenarse de sacerdote. Quizá Ortega—muy lejos entonces, y en trance de cambiar frecuentemente de residencia—no hubiese recibido la misiva; quizá fuera su respuesta la que se hubiese extraviado... En todo caso, pude observar que don Manuel aceptaba con resignación e incluso con cierta ironía, aunque no sin amargura, la hipótesis de que su viejo y querido amigo figurase entre los muchos intelectuales españoles que, tanto

en la patria como en la emigración, interpretaban torcidamente o no comprendían los móviles de su conversión.

Han pasado los años. La prematura muerte de Morente ha acallado, como ya he dicho, las disputas, y la polvareda de entonces se ha sedimentado. «Tal vez Dios se lo llevó a tiempo; no acababa de dejar ciertas ideas, y por eso tampoco algunos acababan de fiarse de la conversión», dijo, poco después de su fallecimiento, una persona que le trataba de cerca (vid., pág. 244 del libro del P. Iriarte). El hecho es que, aun cuando las voces ya no se oigan, las opiniones—en lo que el olvido no ha logrado enterrar—subsistían hasta hace muy poco. Y quizá subsistan todavía en parte, pese a la aparición del importante estudio que sirve de pretexto a estas líneas (1).

El libro del padre Mauricio de Iriarte es una pieza de primerísimo orden para destruir cuantas suspicacias, interpretaciones torcidas e incomprensiones haya podido suscitar la conversión de Morente con la secuela de su ingreso en el orden sacerdotal de la religión cristiana.

No se trata de una biografía, aunque al principio de la obra va inserto un resumido relato de lo que fué la vida del catedrático converso—preámbulo indispensable para entrar luego de lleno en el asunto del libro—; se trata de la exposición y el análisis de un proceso—la «conversión franca y generosa» del «ilustre profesor de Filosofía, conocido por su arreligiosidad»—, con el estudio minucioso de sus «causas, circunstancias y efectos». Tales son las palabras de su autor. Tal es el objetivo que se propone.

La personalidad de García Morente es objeto, en este libro, de un estudio concienzudo y penetrante, obra de un psicólogo autorizado. Otro tanto cabe decir del proceso de superación de la fase arreligiosa—fría, aunque siempre respetuosa, indiferencia hacia lo sobrenatural: agnosticismo pertinaz de un devoto de Kant—para entrar en una fase de decidida y ferviente religiosidad y, concretamente, de religiosidad cristiana, católica.

A fin de hacer semejante estudio con todo el rigor debido, era preciso que el padre Iriarte tuviese a su disposición un bien surtido arsenal de documentos. Y los ha tenido. Aparte una abundante biografía impresa (obras de García Morente, principalmente posteriores a su conversión, con copia abundante de datos autobiográficos, y obras acerca de su persona y de su conversión), le ha cabido la fortuna de manejar una documentación inédita notable, más que por su abundancia (a pesar de no ser escasa), por su enorme riqueza de contenido. Se trata de varias cartas y notas de personas que conocieron a Morente, de dos extensas relaciones redactadas por las hijas del propio don Manuel—y ampliadas luego de palabra o por correspondencia—y, sobre todo, de ciertos importantísimos documentos escritos de la propia mano del converso: varias cartas, algunas de ellas muy largas y sustanciosas; el diario de los ejercicios espirituales que, cuando se preparaba para cantar misa, hizo el sabio filósofo y novel seminarista en el otoño de 1940 (ciento veinte cuartillas de apretada escritura), y, finalmente, una comunicación redactada por el propio Morente con destino a su director espiritual, y que lleva un título algo enigmático: «Hecho extraordinario.» Este es, sin duda alguna, el documento capital, el eje del estudio y la máxima revelación que la obra del padre Iriarte nos depara.

¿De qué se trata? Reproduzco las palabras del autor del libro: «Son sesenta cuartillas sin márgenes. Por su encabezamiento y por las frases del texto,

---

(1) Mauricio de Iriarte, S. I.: *El profesor García Morente, sacerdote.* Espasa-Calpe, Madrid, 1951. 328 + VII págs. 60 pesetas.

la intención del autor fué manifestar en cuenta de conciencia una a modo de visión de Jesucristo—sentimiento de presencia—con que fué favorecido en la hora crucial de su vuelta a Dios. Aunque el valor sustancial del relato radica, más que en la noticia de este fenómeno concreto, en la descripción del interno proceso conversional desarrollado antes e independientemente de aquel hecho. Es por lo mismo el documento nuclear sobre su conversión, un verdadero estudio de autopsicología de ella, y su existencia no puede menos de mirarse como providencial.»

García Morente redactó este documento para que lo leyera, como queda dicho, su director espiritual, a quien se lo entregó «sin una palabra de recomendación o comentario», aunque con el deseo evidente de que dictaminase sobre el mismo. Se trataba nada menos que del análisis psicológico de su propia conversión, y de la descripción de un fenómeno de posible—y aun probable—origen sobrenatural, del que nunca hasta entonces había hablado a nadie, ni a nadie hablaría jamás en lo sucesivo. Ni siquiera a su propio director. Ya que éste, tras de guardarse el documento, observó siempre absoluto silencio sobre el mismo; y Morente no quiso romper este silencio: nunca más le preguntó una palabra ni le recordó su interés por conocer su juicio. «Murió—son sus propias palabras, según las reproduce el padre Iriarte—sin saber mi juicio sobre el hecho más grande de su vida.» Ni el juicio de su director, ni el de ninguna otra persona, ya que absolutamente a nadie habló Morente, ni siquiera en confesión, de su extraordinaria experiencia de París.

Porque fué en París donde tuvo lugar la conversión de García Morente, según queda claramente establecido en el libro del padre Iriarte. El que demorase todavía por bastantes meses el comienzo de las prácticas religiosas, es un hecho cuya explicación no acierta a encontrar el autor; en todo caso, forzoso nos es respetar, por ignorarlos en absoluto, los motivos que el converso pudo tener para imponerse esta demora. Lo cierto es que la fe cristiana la recobró el profesor de Madrid cuando, durante los dolorosos meses del comienzo de nuestra guerra civil, aguardaba en París la llegada de sus hijas (una de ellas recientemente viuda, por haber sido su marido asesinado en Toledo), de su hermana y de sus nietecillos. En aquellos momentos de soledad, de angustia y de desconcierto, cuando era el insomnio «el estado casi normal de sus noches tristísimas», el hombre que tenía una de las cabezas más claras de España (conocido es su enorme talento expositor, y célebre la diafanidad con que desarrollaba en sus clases, sin ayudarse de guiones ni de notas, las cuestiones más intrincadas de la filosofía), el que hasta entonces había puesto una confianza ilimitada en la capacidad humana para explicarse el mundo y la vida sin necesidad de recurrir a la Providencia, y suspendido el juicio elegantemente al plantearse la cuestión de la existencia de Dios: este hombre se pone a reflexionar de manera honda y sistemática sobre el sentido de su propia vida, y no solamente rinde su razón al misterio de Dios providente, Señor de nuestros destinos, sino que realiza inexplicablemente una portentosa experiencia; tan portentosa, que aquí es el lector quien ha de suspender el juicio y remitirse con humildad al dictamen de quienes, siendo maestros en lo tocante a las relaciones del alma con Dios, son los llamados a pronunciarse—y eso con las debidas reservas—sobre el «hecho extraordinario». ¡Y no poco extraordinario! Ya que su relación está escrita en tal tono de sinceridad, con tal acopio de detalles, con tal lucidez de exposición y tan grandes visos de autenticidad, que el lector se da cuenta desde el primer momento de que no se halla en presencia de un caso patológico, ni de un

episodio embrollado o confuso, sino de acontecimientos verosímiles, narrados y explicados por una mente de excepcional lucidez. De lo contrario, sólo cabe suponer una simulación tan monstruosa y tan absurda—contradicha, además, por la propia conducta y las palabras del protagonista y por el testimonio de cuantos lo rodearon en aquellos meses y en los inmediatamente posteriores—, que ni siquiera merece ser tenida en cuenta.

En torno a este relato, y estudiando con objetividad, penetración y cariño todos sus detalles, el padre Iriarte ha compuesto un libro de excepcional interés, que describe con minuciosidad y explica satisfactoriamente uno de los acontecimientos principales de la historia espiritual española de estos últimos tiempos: de esa historia que viene a constituir la cara interna—opulenta de contenido y bastante poco explorada hasta la fecha—de la agitada sucesión de acontecimientos, dolorosos y felices, que han conmovido la vida nacional durante los quince últimos años. La interesantísima documentación de primera mano que el autor maneja (cartas, diario de los ejercicios espirituales, exposiciones redactadas por las hijas de Morente, etc.) contribuye, en primer lugar, a la amenidad del volumen, brindándonos un Morente humano, honda y auténticamente humano, con sus virtudes, sus defectos y sus defectillos, sus aficiones y sus repulsas, sus pasiones y sus desvelos: con su mente clara, su temperamento equilibrado, su estetismo, su mentalidad formada en los moldes de la moderna filosofía germánica, y su maestría literaria de gran artífice de la palabra (si no tuvieran grandísimo valor religioso y psicológico, el *Diario de los ejercicios espirituales* y la relación del *Hecho extraordinario* quedarían al menos como inestimables trozos de prosa castellana). Y ¡qué cristiana su comprensión de la tragedia de España! ¡Qué ejemplo de caridad y de elegancia hay en su forma de referirse a sus enemigos y a los daños que ellos le habían causado, así como a los favores recibidos de algunos de sus adversarios! Por otra parte, esta documentación convierte al libro en el más fidedigno y mejor cimentado de cuantos estudios se han publicado hasta el día de hoy sobre la figura del converso profesor de Madrid y en uno de los testimonios que la moderna psicología habrá de tener en cuenta para estudiar con la penetración debida el fenómeno de la conversión religiosa.

Creo, finalmente, ser fiel a la intención del autor al mencionar junto al suyo el nombre de otro jesuíta: el P. Quintín Pérez. No puede deducirse exactamente del texto del libro cuál y cuánta haya sido la participación del padre Pérez en la obra que acabamos de comentar; únicamente puede atribuírsele con certeza el comentario al *Diario de los ejercicios espirituales* de Morente, aparecido con anterioridad en la revista *Razón y Fe* (vol. de 1947, páginas 13-27), así como la iniciativa del libro y el acopio de los principales datos. Después de su muerte, dice el P. Iriarte que aun restaba «no poco que completar, no poco que rehacer, y, sobre todo, el dar forma definitiva al conjunto», de acuerdo con una metodología científica. Quede aquí esta mención suya como tributo de justicia.

LA CRISIS COLOMBIANA

Dentro de un mundo en transición revolucionaria hacia nuevas formas, el caso de Hispanoamérica es particularmente interesante. La crisis colombiana es, a su vez, uno de sus observatorios más instructivos. Los fenómenos políticos, más llamativos, no ocultan la raíz, en una crisis social profunda: gran crecimiento demográfico (11.537.000 habitantes en 1951, es decir, cuatro millones más que en 1938); rápida urbanización (Bogotá pasa en el mismo período de 325.000 a 643.000 habitantes, lo que supone un aumento de casi el ciento por ciento en trece años), con el consiguiente cambio en los contactos sociales, con tendencia a la masificación (en 1938, el 71 por 100 de la población colombiana era rural; hoy sólo lo es el 58 por 100); cambios profundos en la estructura económica, y en la ideología de las minorías dirigentes.

Hace dos generaciones, el país, con su gran extensión, con su violenta orografía, con el predominio de una estructura agraria, era de hecho una confederación de poderes locales, con gran predominio de las estirpes familiares, que daban al cuerpo social la continuidad que el Estado no le suministraba. La Constitución de 1886 se ha dicho que era de «centralismo político y descentralización administrativa». En realidad, como dice Fernández de Soto, «todo inducía a lo regional, a lo local, a lo particular» (1). Cada bloque regional (sin que la diversidad geográfica fuese compensada por otro orden de unidad racial o tradicional), tal como la costa atlántica, la región central, los llanos, la zona oriental, el Occidente (Antioquía), el Sur, con centros urbanos importantes; al frente de cada uno, núcleos mercantiles y políticos rivales (Bogotá, Popayán, Pasto, Cartagena, Tunja, Cali, Cartago, Antioquía, etcétera); su autonomía enlazaba con las respectivas Juntas de Independencia, y éstas con los viejos Cabildos (no olvidemos la breve y azarosa vida del Virreinato de Nueva Granada, y que ya en 1781 tuvo lugar un levantamiento bajo el título significativo de Comuneros).

Esta tendencia, que imposibilitó la obra de Bolívar, que impera en las Constituciones de 1853 y 1858 (2), y que desde 1886 se rectifica progresivamente, dió lugar a una serie de estructuras so-

---

(1) *Una revolución en Colombia*, pág. 36. Madrid, 1951.

(2) Véase Pombo y Guerra: *Constituciones en Colombia*, dos vols., 2.ª edición; Bogotá, 1911. W. M. Gibson: *The Constitutions of Colombia*, Durham (U. C.), 1948.

ciales y políticas, que hoy van siendo progresivamente adaptadas a una nueva realidad: la progresiva integración de la nación colombiana en una sola unidad. Y, del mismo modo en que el proceso descentralizador encajaba mejor en la ideología liberal, la tendencia presente ha tenido en los conservadores más naturales defensores.

El partido conservador fué fundado ideológicamente, en 1849, por Mariano Ospina Rodríguez y por el gran humanista José Eusebio Caro, en un momento de predominio del jacobinismo liberal, a través de las «sociedades democráticas» (los «corifeos de la zambra»), sobre cuya base organizó el partido liberal el general José Hilario López, que con Mosquera y otros líderes ocasionó la Constitución de 1863.

Frente a sus tendencias federalistas, los conservadores inician, desde 1886, la marcha hacia el unitarismo, y con razón se atribuyen, desde 1910, la entrada de Colombia en un nuevo ritmo político. Pero el cambio general del país iba más allá de un problema de descentralización o unificación: nuevas generaciones subdivididas en fracciones ideológicas, que se adjudican recíprocamente las más sonoras divisas (los «nuevos», los «penúltimos», «los de la serpentina», los «glaxos», los «coca-colos»), traducen sobre la escena colombiana la crisis de la conciencia mundial. En el momento de la izquierda: el Presidente López unifica en el Frente Popular todas las fuerzas anticonservadoras; coalición ésta que, como todas las similares, tiene una trayectoria ineluctable: no hay enemigo a la izquierda. Con las reformas avanzadas de 1936 y 1945 aparecen en la escena colombiana los primeros discípulos de Marx: Luis Tejada, Uribe Márquez, «los clientes de la cantina de Stawinsky en la calle 16».

En esta atmósfera a presión surge una figura histórica: Jorge Eliecer Gaitán, discípulo positivista de Enrico Ferri, profeta social, romántico de la oratoria popular; a lo que parece, en sus aciertos o en sus errores, una figura noble y de características excepcionales dentro de la clase dirigente colombiana. Distanciado de los «oligarcas» del viejo partido liberal, acaba por desbordarlos y asumir una jefatura de tipo extraordinario. Los conservadores le acusan de subordinarlo todo a la oposición, con mengua del orden: tal vez el mismo desorden total que acompañó a su muerte se hubiera producido sin ella, algo más tarde. Este líder popular, sin discusión más dueño de las masas que Benjamín Henera, que Alfonso López («la revolución en marcha»), abría, sin que-

rerlo, paso a otra agitación, la marxista, que él, por supuesto, repudiaba.

Así las cosas, acaece el tremendo estallido del 9 de abril de 1948: una tempestad de odio y de sangre, en medio de un auténtico caos social, en el que surgieron las mismas fuerzas demoníacas de todas estas ocasiones, estuvo a punto de anegar al país, después del misterioso asesinato de Gaitán. Sólo la entereza de Ospina, manteniéndose en el Gobierno, y la de un grupo de liberales (acaudillados por Darío Echeandía), que le secundaron, al servicio de la nación, pudo evitar una catástrofe. El Presidente Ospina, excelente administrador, procedente de la ingeniería, político por necesidad, mantuvo la nave del Estado hasta las siguientes elecciones.

Desde España, Laureano Gómez, «el hombre tempestad», ve llegar su hora: la mayoría liberal en el Congreso (3) anticipa los comicios; después, opta por no concurrir a ellos. Gómez, el hombre fuerte del partido conservador, es elegido para el término 1950-1954, en las elecciones celebradas el 26 de noviembre de 1951 (4).

Entre tanto, el país estaba sumido en lo que un jefe liberal ha llamado «la guerra civil no declarada de tipo siglo XX». Se habla de 40 ó 50.000 muertos en dos años (5) de «intolerancia y odio», de predominio del partidismo sobre la idea nacional. A la sombra de esta situación, el bandolerismo se enseñoreó de algunas partes del interior.

En junio de 1951, el Gobierno conservador anunció su intención de abordar el problema de la reforma constitucional. En la declaración oficial se decía que «las profundas transformaciones experimentadas por el mundo entero han repercutido, naturalmente, sobre la vida colombiana, creando la necesidad de acomodar a las nuevas condiciones la estructura jurídica del país»; que era «preciso efectuar cambios, insistentemente solicitados por la opinión pública»; que, por otra parte, la misma venerable antigüedad de la Constitución de 1886 probaba sus ventajas, y que las reformas «pueden ejecutarse dentro del espíritu de la Carta, aunando así el sentido de lo nuevo con un necesario carácter de conti-

---

(3) En las elecciones celebradas en mayo de 1949, los liberales obtuvieron 34 senadores y 69 miembros de la Cámara baja, frente a 29 y 63 los conservadores.

(4) Laureano Gómez obtuvo 1.140.122 votos; la oposición no concurrió. En la elección anterior, que eligió al Presidente Ospina, el 17 de marzo de 1949, los votos para el Congreso se habían repartido de este modo: liberales, 800.000; conservadores, 650.000. Poco antes de las elecciones de 1949, el Presidente Ospina se había visto obligado a declarar el estado de sitio.

(5) Cálculos más prudentes reducen estas cifras a 20.000.

nuidad y permanencia». Anunciábase el plan de someter a las Cámaras (cuya elección, anunciada para junio, no se celebró hasta el pasado 16 de septiembre) un proyecto autorizando la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente, que debería «reunir condiciones especiales»; a saber: número *reducido* e *idoneidad* de sus miembros (6). Como según la Constitución son necesarias dos legislaturas ordinarias previas, esta Convención no podría empezar a funcionar hasta fines de 1952 o principios de 1953. Se anunciaban como objetivos concretos de la reforma la del poder judicial, la del legislativo, reduciendo su personal y mejorando el control de los gastos públicos, y llevando a los ex Presidentes al Senado; reorganización del régimen departamental y local; modernización de los aspectos sociales, familiares, etc.; defensa del catolicismo, medidas eficaces contra el comunismo, etcétera. Se nombraría una Junta previa para perfeccionar el proyecto.

Estas noticias airearon el problema de las relaciones entre los partidos. La Prensa colombiana planteó el tema de la concordia nacional como previa a una reforma de envergadura (7). La Convención del partido liberal, celebrada el 23 de junio de 1951, no ocultó su oposición. Ello acabó por dar lugar, en el pasado mes de septiembre, a conversaciones entre la Directiva Liberal y el Directorio Nacional conservador, según se dijo «tendentes a propiciar la convivencia entre los partidos». El doctor Alfonso López, dos veces Presidente liberal de Colombia, y el ministro conservador Roberto Urdaneta Arbeláez, iniciaron este diálogo, que culminó en la visita de Alfonso López al Presidente Gómez. El problema mayor, por ambas partes, parece haber sido la dificultad de controlar a los grupos locales más distantes de los principios (8) y más dispuestos a recurrir a la violencia para resolver sus conflictos. Ello impidió, por más que son muchos los colombianos que comprenden que, si sigue abriéndose el abismo entre los partidos, será la fuerza bruta quien acabará, como dice Fernández de Soto, por dar «la solución de los problemas que la sociedad colombiana tiene delante», infiriendo aquí la necesidad de crear un

---

(6) Así se decía que, aparte de los partidos políticos, deberían tener representación «las grandes fuerzas vivas del país».

(7) Ver los artículos sobre «Concordia y Construcción» en *El Colombiano*, de 8 de junio, y *El Eco Nacional*, del 9 de junio; «Concordia nacional y constituyente», en *La Nación*, del 9 de junio.

(8) A juicio del ex Presidente López, «el conflicto fundamental de nuestros partidos tradicionales nace de que el liberalismo no ha sabido poner frenos al abuso de las libertares públicas, y el conservatismo deriva fatalmente hacia la dictadura».

Frente Nacional, «la Patria por encima de los partidos» (B. Herrera) (9).

En esta coyuntura, sin embargo, han venido a cruzarse elementos de máxima complicación. La perspectiva de la unión entre los partidos (10) ha venido a desunir la estructura interna de éstos. En la oposición, los liberales presentan hasta cuatro matices, que cubren la distancia del centro a la izquierda. Los dos sectores más fuertes son los dirigidos por Alfonso López y Eduardo Santos. A su vez, los conservadores han segregado de su propio seno una oposición interna.

El pretexto ha sido la enfermedad del Presidente Gómez; su hipertensión se agravó con el exceso de trabajo impuesto por la suprema magistratura en movimientos tan laboriosos. Una reunión extraordinaria de las Cámaras designó vicepresidente al ministro del Gobierno doctor Roberto Urdaneta Arbeláez (a quien no faltó para la unanimidad más que el voto de su propio hijo) (11). Esto llevó al Poder a la extrema derecha del conservatismo, frente a la cual se ha formado la rama más progresista, que hace llamar por algunos a su jefe, el doctor Alzate, «el Gaitán del Conservatismo».

Esta situación abre, naturalmente, un amplio juego a las combinaciones políticas. Tal vez el restablecimiento (que se asegura próximo) del Presidente Gómez abra una solución sencilla. En todo caso, parece que los dos partidos históricos, pieza esencial de la maquinaria política colombiana, están a punto de agotar su realidad histórica. Aun es pronto para saber lo que va a reemplazarlos.

En todo caso, el momento es propicio para una revisión profunda de los problemas del constitucionalismo en Colombia y, a su través, en todo el mundo hispánico. Si, como dice el ex Presidente Alfonso López (nada sospechoso), «del Estatuto de Caro no tuvie-

---

(9) En este sentido, el Senado colombiano, al contestar recientemente al mensaje presidencial, dijo claramente: «Juzgamos que las constituciones de un solo partido resultan efímeras y, en ocasiones, hasta perturbadoras.»

(10) Las negociaciones que, durante más de un mes, llevaron adelante los conservadores Gilberto Alzate, Luis Navarro López Ospina y José María Villarreal, y los liberales Alfonso López y Yeras Restrepo, culminaron en un documento que expresaba las siguientes bases: normalidad política, el Gobierno resuelve los problemas nacionales, la violencia se excluye por unos y otros, estudio especial sobre el terreno de los desórdenes en los llanos orientales, Antioquía, Tolina y el Occidente de Cundinamarca; regreso de los exilados políticos y devolución de sus bienes, levantamiento, lo más rápido posible, de la censura de Prensa; perfeccionamiento de los sistemas electorales, etc.

(11) El Presidente del Directorio Nacional Conservador, Alzate Avendaño, había retirado expresamente su candidatura. El nuevo Presidente designó un nuevo Directorio Nacional, a cuyo frente está el doctor Montalvo.

ron plena vigencia durante la regeneración sino los artículos transitorios, es decir, la famosa Ley de los Caballos..., la Ley del Jinete y el Caballo, elevada a la categoría de norma constitucional por excelencia»; o dicho de otro, si los mecanismos constitucionales hechos para otras tierras y otras culturas no han acabado de arraigar en nuestros países, ¿por qué seguir considerando sus principios como más perfectos o como patrones indeclinables? Entre tanto, grandes empresas (como la brillantemente iniciada por la Carta de Quito) siguen sin cumplirse. Posiblemente crisis como la presente serán el clarinazo que país tras país acabe por levantar hacia nuevas metas a las juventudes de la América hispana (12).

---

(12) Una cosa parece ya cierta: el régimen de partidos presupone, o una total unidad social y espiritual del grupo (y entonces no importan las divisiones en lo político y administrativo), o que ya no le importa a nadie la unidad religiosa y cultural (y entonces los partidos pueden también debatir sobre todo, pero sin violencia). En ninguno de nuestros pueblos (por suerte o por desgracia) se dan tales características...

M. F. I.

EL TALLER DE SAN LUCAS, OTRA VEZ CON SUS «CUADERNOS», por *Carlos Robles Piquer*.

«San Lucas era físico, pintor y escritor. Su nombre convoca a la Cultura. Por eso nos reunimos a su sombra, en hermandad y cofradía, para trabajar por el Bien, la Belleza y la Verdad desde estas pobres páginas, paredes blancas del humilde Taller de las letras cristianas nicaragüenses.» Con estas palabras precisas y hermosas se abrió el núm. 1 de los «Cuadernos del Taller San Lucas», la revista que en los años 1942 y 1943 sacó a luz desde la villa de Granada, «la más antigua ciudad de Tierra Firme», el trabajo intelectual de una Cofradía de Escritores y Artistas Católicos nicaragüenses, cuya sola existencia ha de estimarse decisiva prueba de la vitalidad eidética y credencial de su Patria. Después de aquellos primeros números, la revista se interrumpió, y una diáspora provisional repartió a los Cofrades por el ancho mundo. Muchos vinieron a España, y aquí compartieron tantas esperanzas, poco a poco cuajadas en realidades, nacidas para servir al mismo espíritu que inspiró aquellas primeras reuniones de los Cofrades. Para enlazar y corresponder con aquellos «Cuadernos» de Nicaragua nacieron, y aquí están, erre que erre, estos nuestros CUADERNOS. Y poco a poco el solitario monólogo de hace diez años ha dado paso a una múltiple conversación que abarca los varios vientos de aquella hispánica Rosa de los Vientos, que ya aparece—la Virgen en su centro—en el Mapa de Juan de la Cosa. A fin de cuentas, lo único importante

es entendernos, pues el recíproco entendimiento lleva aparejada la acción si la oportunidad se presenta. Que, sin duda, se presentará.

Cúpome la honra de dar a conocer en España aquellos primeros números de los «Cuadernos del Taller San Lucas» a través de un artículo que publicó, hace más de seis años, la revista «HAZ». Séame permitido reanudar la interrumpida recensión a propósito de este número cinco que ahora llega a nuestras manos, después de haber por cierto conquistado la capital como uno de esos mozos de provincia, deseosos de amplio escenario para sus hazañas. Impreso en Managua; dirigido por el gran Pablo Antonio Cuadra, al que ayudan Coronel Urtecho, Cardenal Argüello, Mejía Sánchez, Pérez Estrada y Ernesto Cardenal, entre otros valiosos colaboradores, este número se hace ante todo eco, en su Sección «El Cristianismo y nuestro tiempo», de la ya célebre encuesta del neoyorquino «Partisan Review» sobre el auge evidente de la Religión entre los intelectuales. Con acierto, por su autoridad, recoge el Taller las opiniones de W. H. Auden y de Jacques Maritain. Tan sólo expresaríamos nuestro deseo de que se diese en los próximos números entrada a opiniones nuevas y más cercanas a Iberoamérica, sugerencia ésta que ofrecemos también al director de estos mismos CUADERNOS HISPANOAMERICANOS para que sea cierto lo del espíritu conversacional antes aludido. Es probable que lo más hondo de esta entrega, primera de una serie nueva que esperamos no se interrumpa, sea el ensayo «El indio al pie de la letra», de Pablo Antonio. Sobre un tema ya tocado por él anteriormente desde el mismo ángulo, esto es, la necesaria armonización entre lo hispano y lo indio, sin mengua mutua, para lograr la autenticidad de Hispanoamérica, ilumina aquí puntos nuevos muy agudamente. Al comentar en número anterior la excelente «Galería de Pájaros del Huacal», nos decía: «Hay que rehacer la obra hispana interrumpida. Volver al indio. A lo indígena, que es cosa viva y no arqueológica... ¡Hay que ser otra vez hispanos para poder ser otra vez indios!» La novedad que este trabajo añade a la más antigua tesis está en la visión de la literatura hispanoamericana como un hecho *terminal*, no original; como algo que será distinto de lo español no en el origen, sino «en su término, en su finalidad o, mejor dicho, en sus objetivos o metas de expresividad.» Es Rubén quien da entrada a ese nuevo elemento americano al lograr incluso «que España, por primera vez, sienta esa fuerza propia y motora que estrena América y que, invirtiendo los tradicionales términos, la obliga amorosamente a recibir en vez de dar». Por ello, cuando ahora el efecto de este cambio madura, «estamos comenzando con preclasicismo americano. Estamos en el momento románico de nuestra futura síntesis creadora». Importa subrayar que para el autor esto no significa desgajamiento del tronco cultural ni idiomático hispánico, pues la presencia creciente de lo indio se muestra, primero, en esos veinte mil americanismos del castellano y después—y sobre todo—en que «esas lenguas indias... humedecen la expresión culta de nuestra literatura hispanoamericana..., diferenciando y al mismo tiempo autenticando su mensaje». Una sensible caracteriología del indio y de lo que en él parece haber de abúlico, que no es tal, sino la posesión de «un ritmo de voluntad diferente del occidental»; un estudio del aislamiento de América entre los que llama mares verticales frente a los horizontales, que bañan y civilizan Eurasia; una defensa de la belleza natural de las formas cerámicas indias frente al canon artificial griego, que nos impide ver objetivamente; un examen del

manantial renovador, que significa para una civilización gastada la frescura del indio en contacto con la Naturaleza; esto y mucho más cabe en las jugosas páginas del ensayo de Cuadra.

La revista ofrece luego una selección de poesía indígena americana, unas reproducciones de vasos indios junto a otras de Picasso y de Lloréns Artigas, unos poemas de Fernando Silva, cuya inspiración está tan próxima a la fuente maternal de su tierra y, al mismo tiempo, tan en la línea de una espiritual sublimación de los elementos materiales. Como San Lucas, Fernando Silva es médico, pintor y escritor. La Sección «La raíz en la tierra» reaparece con un estudio histórico de «Nandaime, nido de hidalgos», del doctor Cuadra Pasos, que traza con elegante pluma un cuadro vivo de cómo nació y creció bajo el Virreinato la nación nicaragüense, y unos estudios folklóricos del padre Secundino García, que recogió los cantos populares de los «parabienes» de boda y del Velorio del Angelito, de inspiración directa en pueblos españoles, como en nota final subraya Pablo Antonio. En las últimas páginas encontramos Crítica de libros y una interesante noticia de las actividades del Taller, cofundador últimamente de la Casa de la Cultura.

Quede constancia de nuestro júbilo ante esta nueva vida de los «Cuadernos del Taller San Lucas», la revista hermana de Nicaragua.

UNA GESTA OLVIDADA. SOBRE UN LIBRO DE GAMBRA, por *José Artigas*.

Para la mente nunca cansada de abstracciones constituye gratísimo divertimiento anclar en un libro como éste, que, a la vez que cautiva el pensamiento, ofrece delicado pasto a los apetitos de la imaginación. Sin duda, Rafael Gambra, el autor, ha recalado en esta historia y meditación de algunas horas de regreso de muchas otras de meditación sin historia subyacente, sin imágenes ni colores, de discurso lógico y transparente, como la mirada se cuelga gozosa de un mínimo detalle coloreado al descender de un monótono viaje aéreo entre rebaños y rebaños indiferenciados de nubes blancas amorfas.

Gambra ha descendido de sus habituales lucubraciones sociológicas, y, al pie mismo, se ha encontrado con esta estampa, daguerrotipo admirable para cualquiera que sepa mirar e ilustración cargada de luz y sentido cuando, cálidamente, un fino pensador, no exento de vocación política, ordena su prosa en torno a sus incidencias.

El fondo general del cuadro es del siglo XIX español, hasta don-

de sea dable llamar español al siglo XIX español; esto es, una estampa en que se ha hecho intocable el bigote generoso y recortado, el gesto solemne, la mirada feroz, en que el aspaviento, en una palabra, parece haber pasado de anécdota a categoría. Ese clima que la literatura nos trae graciosamente ordenado en tiempo de humor y vals, trascendiendo un aroma de suavidad que la Historia, desacompasadamente, se encarga de aventar, en cambio.

Sobre ese campo, Gambra ha entrado con cartabón y compás; ha tenido el valor de la indiferencia y se ha metido a poner orden, rigor político y apasionamiento, donde, desde luego, tiene cien años de perdón, quien se pare en contemplación admirada de un orden estético que sintetiza dibujo, color y música, añadiendo de paso, por razón de la distancia, una capa excepcional y tenuísima de ternura, que se quiebra en un gesto amable de comprensión y condescendencia. Gambra, en presencia de esos bigotes y esas cabalgadas, ha reprimido por igual la sonrisa y el aplauso y se ha calado las gafas con que, fríamente, examinan los historiadores. Y he aquí el libro que nos brinda: *La primera guerra civil de España (1821-23)*, sobre un par de líneas subtitulares que aclaran: *Historia y meditación de una lucha olvidada.*

* * *

El volumen, que se abre con unas páginas preliminares de José María Pemán, consta de cuatro partes y su propósito es triangular. «He aquí un libro que concede más de lo que ofrece», dice el prologuista, y, en efecto, porque en primer lugar expone su gran capítulo histórico, pluralizando como los otros tres en otros menores, el que escribe la *División Real de Navarra en su guerra contra el intruso sistema llamado constitucional y su Gobierno revolucionario,* para no salir de los términos con que don Andrés Martín, cura párroco de Uztárroz, del valle pirenaico del Roncal, titula su crónica, impresa en Pamplona, fuente principal destacada por Gambra entre infinidad de notas y papeles de Archivo —principalmente el General de Navarra y el Histórico Nacional—, con otras dos, anónima una de ellas e impresa en San Sebastián, también presidida por sabrosísimo título: *Relación histórica de las operaciones militares de los realistas guipuzcoanos acaudillados por el presbítero Gorostidi, desde su formación, en defensa de la Religión y el Rey, hasta la suspirada libertad de S. M.*

A este fin concurren seis capítulos, que integran la segunda parte, pues que la primera, brevísima, se va en la tarea prologal de

centrar la cuestión y dar noticia de sus orígenes. A favor de las viñetas y láminas, en que el libro abunda, pasan ante el lector las hazañas de aquellos voluntarios conducidos por jefes con nombres de gesta, entre los que salta a primer plano el del militar don Santos Ladrón de Cegama, incluso sobre el del cura Gorostidi.

En rigor, he aquí la historia, y si, como no se puede menos, el alma se demora dilatándose en los bellos altos ejemplos, también la meditación prometida. Pero Rafael Gambra da aquí más de lo que en principio anuncia. No sólo por la abundante documentación, sorprendente en un hombre de pensamiento—que enseña Filosofía—, lo cual sería dar mejor, sino porque sobre todo ello monta unas consideraciones espléndidamente rigurosas, que desde ese mínimo punto de afincamiento que es la gesta de la división realista vierten luz definitiva sobre toda la serie de luchas civiles que van paralelamente a entorpecer el desarrollo de España y alentar su supervivencia esencial hasta nuestras mismas horas.

Se dibuja así con acabada nitidez el valor religioso, ya anotado por Melchor Fernández Almagro, que tuvo la guerra de la Independencia con más intimidad que el de defensa del propio suelo y oposición al invasor; subrayado esto, se difumina a la vez, muy justamente, la cuestión dinástica en la carlistada, para acentuar, en cambio, la razón doctrinal que movía a los motores del cruel pleito; todo gracias a la exacta y rigurosa intelección de la actitud de estos guerrilleros, de tan evidente parentesco en su perfil con el que tuvieron los del 93 o el año 8 y van a tener los sucesivos voluntarios del *Ejército de la Fe* en las guerras carlistas y hasta rematar la victoria en el año 1939, en cuya gesta se halla ausente todo problema de legitimidad y cualquier tipo de polémica frente a extraños. Ello prueba una vez más—se lee textualmente— el radical error interpretativo en que se ha apoyado el general conocimiento del ciclo de luchas que se extiende desde la del 93 contra la Revolución Francesa hasta nuestras guerras civiles, ciclo en que está envuelta nuestra misma historia contemporánea. España —y tomamos ahora líneas prestadas de la limpia prosa prologal de Pemán—rechaza el nuevo esquema constitucional, derivado de principios naturalistas, en la guerra del Rosellón, primero en 1793; luego, en la guerra de la Independencia, estremecida de inspiraciones teológicopolíticas; luego, en la guerra realista o de la Constitución, que se historia en este libro, y finalmente, en las guerras carlistas. De estas guerras acaso ninguna tan expresivamente ideológica como esta que se aclara en estas páginas, y que seguramente

por eso ha querido ser esquivada como ninguna otra por la interpretación liberal de la Historia. En el período entre Riego y Angulema no hay un motivo bélico de invasión extranjera, como antes en la Independencia; ni de pleito dinástico, como después en el carlismo. Y, sin embargo, la guerra existe, no cesa un solo día...

Hasta que el 7 de abril de 1823, quince días después de la jornada de Urdániz, detrás de un par de manifiestos y delante de los Cien Mil Hijos de San Luis, sin poner mano en las armas, el duque de Angulema salta limpiamente la línea de la frontera.

* * *

Tras este centenar bien cumplido de páginas atareadas en historiar—más que colgar unos hechos de unas fechas—, la tristemente bella etapa de nuestras guerras civiles, sigue otro, ahora escaso, que se levanta hacia más abstrusas empresas, según podrá colegirse por los rótulos que presiden cada una de sus dos partes: «Ser e Historia» y «La unidad de nuestra historia».

En la primera de estas dos, tercera de la obra, se hace una crítica dura del espíritu de la Ilustración al filo de una sumaria noticia divulgadora de los intentos más salientes de reducir el ritmo vital e histórico al mucho más rígido y precario compás del pensamiento.

Finalmente, la pluma, sometida en estadios anteriores al imperativo del dato erudito o la doctrina ajena, aunque sea tan próxima y cordial como la que se escuchaba al profesor García Morente, frenada constantemente en sus desbordamientos, deja desbocarse a la personalidad del autor, que hace una apasionada exposición de la unidad de la historia de España: *...se repite el mismo tema: la Patria, identificada con el espíritu católico, lucha contra los hombres y la obra de la Revolución, no como una ciega supervivencia del pasado, sino en defensa explícita de un orden y un ideal universales—que habían sido la bandera de su anterior historia—y de un sistema político que probó su eficacia entre nosotros desde la antigüedad más remota.*

Aquí, no exactamente en este párrafo reproducido, termina el libro, de fácil lectura por la variedad de meridianos en que se tiende su paisaje: historia, ensayo, divulgación filosófica, alguna que otra vez incluso con coloridos y pasión de polemista. La mirada pasea gozosa por estas páginas, que, con todas las quebraduras anotadas, sin omitir el partidismo, que no se recata, dejan

como último gracioso regalo una viva y calidísima perspectiva de lo que fué nuestro bullicioso siglo pasado, que, a través de Gambra, creeríase tan actual como pueda serlo el presente.

Agradezcamos el obsequio de este bello relato y las consideraciones en que, de añadidura, nos comunica un aletazo de su emocionada visión.

UNA GRAMATICA EN LA REVISTA DE OCCIDENTE, por *Carlos Clavería.*

La *Gramática Española,* de Salvador Fernández Ramírez, publicada por la «Revista de Occidente», de Madrid, es uno de los grandes acontecimientos editoriales del año 1951. Y no sólo porque ponga en manos de unos lectores interesados, o de unos especialistas, un libro que no tiene igual en nuestra bibliografía, sino por la trascendencia revolucionaria que ha de tener en los estudios del español tanto en los países hispanos como entre aquellos que se aplican al aprendizaje del español, o a estudiarlo científicamente, en el extranjero.

Desde la publicación de la *Gramática,* de Andrés Bello, ya centenaria, nada se ha hecho en el campo de los estudios gramaticales de nuestra lengua que suponga un esfuerzo paralelo al de esta *Gramática,* de Salvador Fernández. Las notas de Cuervo al manual de Bello, *La oración y sus partes,* de Rodolfo Lenz; el remozo de la *Gramática* académica, el librito de Rafael Seco, la breve y admirable *Gramática Castellana,* de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña; el excelente *Curso de Sintaxis,* de Gili Gaya, han sido, a lo largo de los años, meritorios pero parciales intentos de abordar de manera científica y rigurosa los fenómenos lingüísticos del español. La necesidad de no olvidar lo preceptivo y normativo casi siempre; la limitación impuesta por propósitos pedagógicos en algunos de esos libros, o prejuicios teóricos en otros casos, impedían un estudio comprensivo y estrictamente lingüístico de la Gramática española. Porque «gramática» es este libro y no «filología». Y no es que únicamente se quiera salvar así un nombre tradicional, sino que el propósito del autor es el organizar, jerarquizándolos, una serie de hechos lingüísticos: el de llevar a cabo un total estudio formal y descriptivo del español de nuestros días. El método inductivo ha sido su método, y, a este propósito, invoca Fernández Ramírez unas palabras del «estructuralista» danés Louis Hjelmslev con que justifica su empirismo: «Si existe en realidad una ciencia independiente que se ocupa de los hechos del lenguaje, el único método admisible es el método empírico. Las categorías que constituyen el sistema de esta ciencia deben establecerse según un método inductivo.» Para acabar de comprender lo que Salvador Fernández hace y construye sobre un gran acopio de casos y de ejemplos habrá que tener presente la definición de «Gramática» de otro filólogo contemporáneo, Viggo Bröndal, colega y compatriota

de Hjelmslev: «Por *Gramática* debe entenderse la descripción y explicación de un solo estado de lengua.»

Estamos, pues, ante una descripción e interpretación de los usos y hábitos lingüísticos actuales de los hispanoparlantes. El «español común», el «Standard Spanish», no es una ficción en este caso, sino la realidad de lo que hablan y escriben las gentes cultas y universitarias de Madrid. El uso—cuya importancia en los estudios gramaticales del español moderno arranca de la *Gramática*, de Vicente Salvá—, y no la norma, constituye el objeto del libro de Salvador Fernández. Es en el uso donde se persigue lo que los «analíticos» norteamericanos han llamado «procesos gramaticales», los métodos formales de un lenguaje y sus relaciones. Pero el estudio de estos «procesos gramatiticales» se ordena en un cuadro de «conceptos», que es el cuadro de la gramática tradicional. Pese a la familiaridad del autor con la teoría lingüística última y con los estudios filológicos sobre lenguas clásicas y modernas, el libro de Salvador Fernández es un libro conservador, conservador hasta en su terminología, sin que eso excluya el empleo de un lenguaje técnico original y preciso, no siempre del todo asequible a un lector lego.

En el índice de este primer volumen no se encontrará, sin embargo, nada que choque por su rareza, nada que parezca extraño a lo que cualquiera sabe y puede comprender que es propio de la descripción de la naturaleza y función de los sonidos, o de la naturaleza y función de las palabras, más concretamente del nombre y del pronombre, únicos temas estudiados en él. En muchos casos ha sacrificado Fernández Ramírez monografías de indudable novedad y valor científico, que hubiera podido desarrollar sobre algunos de sus capítulos, por mor de dar a su libro una mayor divulgación y de no enajenarse círculos más amplios de lectores, y ha moderado constantemente los neologismos en su nomenclatura gramatical. La *Gramática Española*, de Salvador Fernández, está lejos de todos los defectos, aunque suponga el mismo meritorio y tremendo esfuerzo constructivo que puede tener, por ejemplo, en el campo de los estudios gramaticales franceses una obra como la de Damourette y Pichon.

El mismo autor, en el prefacio, sale al paso de algunos reproches que pudieran hacérsele. La gran cantidad de materiales que Salvador Fernández ha recogido y sintetizado, con increíbles laboriosidad y tesón, está casi exclusivamente constituída por textos literarios, y sóla en muy rara ocasión se ha recurrido a testimonios orales. Tiene razón Salvador Fernández cuando dice, anticipándose a toda crítica, que no hay gran distancia, en nuestros días, entre el español hablado y el español escrito, especialmente en lo que se refiere no al léxico, sino a los procesos gramaticales y a la estructuración de la expresión lingüística. El tino, el «Sprachgefühl», del autor le permite fácilmente discernir y discriminar lo que es amaneramiento literario, coloquialismo o modalidad populachera. Podría objetársele también que un gramático como él, atento siempre a describir un estado solo de lengua, recurra con frecuencia a referencias históricas y hasta al planteamiento del problema en el latín. Pero también el autor sabe explicar su punto de vista y defenderlo pertinentemente: No se ha desentendido por completo de la visión diacrónica, porque cree con razón que «un determinado sistema reproduce, o más bien incluye en sí mismo, otros sistemas anteriores». Las conexiones históricas a que se apela en esta *Gramática Española*, por su sobriedad y su justeza, no

hacen más que ayudar a comprender el sistema de nuestra lengua. Lo diacrónico complementa y ayuda en muchos casos (pese a los escrúpulos de tantos lingüistas contemporáneos, más saussureanos que el propio Saussure) a comprender los hechos lingüísticos de un estado actual. Hace unos años pudo Walter von Wartburg hablar de las interferencias e íntima relación—«das Ineinandergreifen»—de lo diacrónico y de lo sincrónico en los estudios científicos del lenguaje. Salvador Fernández Ramírez recurre a la aproximación de un hecho a un sistema pretérito casi siempre a título comparativo, lo mismo que, en otros casos, compara el sistema del español con otros sistemas lingüísticos modernos siguiendo la fecunda orientación de Otto Jespersen, el que fué conocido anglista de la Universidad de Copenhague, autor de libros como *Language* y *Philosophy of Grammar*, de amplia base comparativa.

Tal vez pudiera achacársele igualmente a Salvador Fernández una cierta despreocupación por muchos de los libros y ensayos del siglo XIX y del nuestro, que constituyen una enmarañada bibliografía gramatical, de muy desiguales méritos, en España y especialmente en la América española. Quizá en alguna instancia hubiera encontrado ilustración a su casuísmo en alguno de ellos, o en los manuales más prestigiosos usados en el extranjero para la enseñanza del español (el inglés de Harmer y Norton; los alemanes de Gräfenberg, Krüger y Lloréns; los norteamericanos de Ramsey, Tarr y Centeno, Boilinger, etc.); pero los que ese reproche hagan deberán ponderar discretamente, antes de comparar, el escaso mérito científico de la mayor parte de esos libros que puedan considerarse ignorados o voluntariamente omitidos y los resultados a que dichas obras llegan, poniéndolos al lado de la ingente construcción original y rigurosa de esta *Gramática Española*, llevada a cabo por un lingüista de excepcional preparación filológica, que ha tenido que empezar su trabajo sin monografías detalladas en que cimentar sus esquemas y que, sobre todo, ha tenido que proporcionarse por sí mismo los materiales a fuerza de extensísimas lecturas. Y, además, no podrá tampoco decirse que se trata de ignorancia sistemática de toda esa producción gramatical, ya que en el curso del libro puede fácilmente comprobarse que, en muchos casos, el autor ha tenido en cuenta observaciones y estudios de los abundantes guerrilleros aficionados a la gramática que siempre han pululado en los países de habla española. Por otra parte, si alguna frialdad puede encontrar esta obra al otro lado del Atlántico, por querer ser esta *Gramática Española* una ordenación de los hechos lingüísticos del español común tomando como base textos de autores peninsulares, no debe asimismo olvidarse que Salvador Fernández ha estudiado procesos gramaticales generales de la lengua de todos, estructuras seriadas y no variedades fonéticas, morfológicas y léxicas locales, y que constantemente ha tenido en cuenta los repertorios más importantes en que la lengua de la América española se estudia científicamente, con referencias constantes a la *Biblioteca de Dialectología Hispánica*, que publicaba Amado Alonso en su Instituto de Filología de Buenos Aires; las completísimas notas de morfología de Angel Rosenblant; apéndice a la traducción del estudio de Espinosa sobre el español de Nuevo Méjico, y la *America Spanish Syntax*, del profesor de California Charles E. Kany.

Esta *Gramática Española*, de Salvador Fernández, pone en manos de profesores y estudiantes de español una guía firme y segura para conocer los elementos básicos de nuestra lengua, y un resumen de lo que hasta el presente

hay de aprovechable en filología románica y española para la ilustración de las distintas cuestiones tratadas en este primer volumen. El libro es una exposición clara y densa de los problemas, aun sin dejar en muchos casos solucionada la problematicidad de los hechos, sin cerrar dogmáticamente nada y clareando frecuentemente toda la serena pasión que el autor pone en la búsqueda de las tendencias del lenguaje y en la elaboración de su sistema. Salvador Fernández ha creído indispensable proporcionar en su libro una fundamentación científica de los sonidos del español. Hasta ahora, los trabajos de Tomás Navarro Tomás, su excelente *Fonética*, su menos conocida *Entonación*, habían quedado un poco al margen del estudio general y de la misma enseñanza de la lengua española. Salvador Fernández Ramírez los introduce de rondón y definitivamente, condensando con talento su doctrina y añadiendo no pocos puntos de vista y observaciones personales. La importancia y la originalidad del capítulo dedicado a «los sonidos en la cadena sonora de la oración» y a «la subordinación acentual y melódica», nos promete grandes e importantes novedades para cuando trate de los grupos de palabras y de las clases de oraciones que han de constituir el asunto del tercer tomo de la *Gramática*. Asimismo constituye novedad el capítulo sobre «la función diacrítica y simbólica de los sonidos», en el que se incorpora por primera vez al estudio de la Gramática española las adquisiciones de la Fonología de los lingüistas del Círculo de Praga. La *Fonología Española*, de Alarcos Llorach, aparecida después del libro de Salvador Fernández, ha sido aprovechada; pero la sistematización de los fonemas que se hace en la *Gramática* no deja de tener originalidad en su concisión, y resulta más que suficiente para los que se inician en ese campo. Este capítulo está enriquecido además por valiosas observaciones de primera mano sobre el lenguaje imitativo, la onomatopeya, las grafías convencionales para expresar ciertos sonidos interjectivos y la rima. En los capítulos dedicados al estudio de la naturaleza y función de las palabras hay infinidad de puntos tratados por vez primera en la Gramática castellana con exactitud y originalidad. A las revistas profesionales y a la erudición filológica corresponde valorar—y rectificar o completar en alguna ocasión—lo original y novedoso de los resultados a que llegan las investigaciones de Fernández Ramírez y lo meditado de su sistematización de los hechos lingüísticos. Baste apuntar entre otras muchas cosas la importancia de tratar conjuntamente en el capítulo del nombre el sustantivo y adjetivo, apoyándose en la distinción de Jespersen entre términos primario y secundario; el interés de las fórmulas concurrentes, que aduce y estudia para aclarar el difícil problema de la posición del adjetivo; el interés de sistematizar casos complejos de variaciones genéricas y de estudiar el número desde el punto de vista de la lexicografía; la manera de resumir, con claridad y conocimiento de causa, la sintaxis de los casos del pronombre personal de tercera persona; la aplicación a los pronombres demostrativos españoles de todos los valores de uso y significación, que indogermanistas y teóricos del lenguaje (Brugmann, Windisch, Bühler) han comprobado en sus estudios; lo extenso y amplio de sus observaciones sobre el artículo, aunque no se le considere como categoría gramatical independiente; la clarificación del complejo problema del uso y concurrencia de los distintos relativos: el cuadro completísimo, organizado ahora por vez primera, de indefinidos, cuantitativos y numerales, etc., etc.

La *Gramática Española* es, en resumen, una obra cumbre, que acredita a su autor como uno de los primeros filólogos españoles modernos, y que hace honor a la escuela del maestro de todos, don Ramón Menéndez Pidal, cuya labor y cuyo ejemplo son señero guión de los estudios sobre la lengua española a uno y otro lado del Atlántico.

PRESENTE Y FUTURO DE LA COMUNIDAD HISPANICA

Ediciones Cultura Hispánica, en la colección «Santo y Seña», en que se han publicado libros tan importantes como *Viaje a Suramérica* y *La Universidad, el intelectual y Europa*, de Pedro Laín Entralgo, y *Comunidad de los pueblos hispánicos*, del chileno Carlos Hamilton, ha publicado en su número 12 un sugestivo volumen, en que se recogen los principales textos de los discursos pronunciados el 12 de octubre de 1951 en Madrid, con ocasión de acontecimientos tan significativos como fueron la inauguración de la I Bienal Hispanoamericana de Arte y la del nuevo edificio de Cultura Hispánica en la Ciudad Universitaria. El volumen lleva por título *Presente y futuro de la comunidad hispánica* (1), que le viene del título del discurso del ministro de Asuntos Exteriores pronunciado en la citada fecha.

El Día de la Hispanidad de este año de 1951, en el que se cumplen cinco siglos del nacimiento de aquella mujer extraordinaria, que se llamó Isabel I de Castilla, ha recogido, en su apretado programa, dos singulares acontecimientos: la inauguración de la I Bienal de Arte Hispanoamericano y la apertura del nuevo edificio destinado a Instituto de Cultura Hispánica y que se levanta en los terrenos de la Ciudad Universitaria.

Ambos actos fueron presididos por el Jefe del Estado español, el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, doctor Gallagher; el embajador y ministros de los países americanos en España y el Gobierno en pleno.

La mañana del Día de la Hispanidad se abrió con un tedéum en la iglesia del Espíritu Santo, enclavada en esa otra ciudad de la cultura madrileña que es el núcleo de edificaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Después, en el paseo de la Castellana y junto a los palacios que muy pronto serán los Nuevos Ministerios, tuvo lugar una gentil ofrenda floral ante el mo-

---

(1) *Presente y futuro de la comunidad hispánica*. Ediciones Cultura Hispánica. Colección «Santo y Seña», núm. 12. Madrid, 1951. 176 págs.

numento que representa a la Reina Católica a caballo, con aire serenamente majestuoso.

Alrededor del monumento se habían levantado veinticinco mástiles con las banderas de las naciones hispanoamericanas y las de Brasil, Portugal, Filipinas y los Estados Unidos de Norteamérica. Este maravilloso conjunto policromo, que encerraba la esencia de toda una comunidad de naciones, ha flotado en Madrid, mecido por su viento guadarrameño, de uno a otro extremo de la ciudad, dando guardia al monumento a Isabel de Castilla, exornando los edificios en que se contienen las obras de arte de la Bienal, coronando la fachada recientemente estrenada del Instituto de Cultura Hispánica, cara al paisaje que retrató Velázquez.

Fué el Brasil, por boca de su embajador en Madrid, doctor Ferreira de Mello, quien pronunció las primeras palabras de homenaje a la Reina Isabel, «orgulloso de su ascendencia ibérica». Después fué el señor Stanton Griffis, quien habló en inglés, destacando los lazos que unen a Estados Unidos y a España. Fué después el señor Subercaseaus, embajador de Chile, quien cerró este capítulo de emocionadas palabras que las naciones americanas dedicaban a la Reina. Y que tuvo como colofón el encendido discurso del ministro español señor Fernández Cuesta.

LA PRIMERA BIENAL HISPANOAMERICANA DE ARTE

Una segunda ofrenda se realizó ante el monumento levantado en memoria del almirante, que se halla emplazado en la misma avenida que el de la reina católica. Después, y a las doce y media de la mañana, tuvo lugar la inauguración de la I Bienal Hispanoamericana de Arte.

Este grandioso certamen, que agrupa a artistas de toda América, Filipinas y España, se aloja principalmente en el Museo de Arte Moderno, que ha tenido desmontadas—caso único en su historia—las obras que contenía para dar paso a la aportación americana a la Bienal. Con todo, ha sido un número considerable de obras las que han tenido que exhibirse en los Palacios de Exposiciones del Retiro.

Para inaugurar la Exposición llegó, a la hora que hemos señalado, el Caudillo de España al Museo de Arte Moderno. A la puerta le esperaban el cuerpo diplomático, los ministros y el director y Junta de gobierno del Instituto de Cultura Hispánica, que organizó la Exposición. Después, y ante la estatua al polígrafo español Menéndez Pelayo, el ministro de Educación Nacional, señor Ruiz-

Giménez, pronunció un discurso, en el que puso de relieve que el Estado debe respetar y tutelar la personalidad creadora del artista, en una actitud que «estando alejada del agnosticismo estético, por una parte, y de la consideración del arte como instrumento de una política concreta, por otra, le exija, sin embargo, autenticidad». Y acabó su discurso dirigiéndose al Jefe del Estado español con estas palabras: «Excelencia: Los jóvenes artistas que os contemplan esperan de vos el impulso y la fe para ganar la batalla de lo bello.»

Después de este discurso, el Jefe del Estado y las personalidades que le acompañaban recorrieron los palacios de las Exposiciones en una visita que duró cerca de dos horas.

EL INSTITUTO DE CULTURA HISPÁNICA

A las seis y media de la tarde comenzó la ceremonia inaugural del nuevo edificio destinado al Instituto de Cultura Hispánica.

A esta hora llegó a él el Jefe del Estado español, al que también ahora aguardaban el cuerpo diplomático, los ministros y la Junta de gobierno del Instituto. Frente al nuevo edificio se levanta un monolito coronado por una carabela en bronce, y que es el monumento que los países hispánicos ofrecen a la memoria de la reina Isabel en el V Centenario de su nacimiento. Hizo la ofrenda, con palabras llenas de emoción e impregnadas de historia, el embajador de Colombia, doctor Guillermo León Valencia, quien destacó que «la fusión de la sangre y la imposición de las calidades intrínsecas a los pueblos que fundó constituyen la clave del éxito de España como patria de patrias». A continuación se procedió a la bendición del edificio, que fué realizada por el nuncio de Su Santidad en España, monseñor Cicognani, y seguidamente, en el paraninfo del nuevo Instituto, se desarrolló la solemne sesión académica, presidida por S. E. el Jefe del Estado, don Francisco Franco Bahamonde; el canciller del Perú, doctor Gallagher, y el ministro de Asuntos Exteriores de España, señor Martín Artajo, terminando el acto con la imposición al Generalísimo Franco, de manos del canciller peruano, del Gran Collar de la Hispanidad.

Pronunció un discurso el señor Sánchez Bella, quien, aparte de hacer un resumen de la labor hispánica desarrollada en España en los últimos tiempos, puso de relieve la cariñosa acogida que se le había tributado en su reciente visita a las naciones hermanas de América.

El canciller Gallagher hizo una bellísima disertación, poniendo

de relieve la maravillosa labor evangelizadora de España en América, en la que se perpetúa el propósito de la reina Isabel, manifestado con tanta reiteración incluso al borde mismo de la muerte.

Por último, el señor Martín Artajo, ministro de Asuntos Exteriores de España, pronunció un magnífico discurso, en el que fué clavando jalones afirmativos que pusieron de relieve el sentido progresivo y abierto, ascendente, de la política realizada por el Gobierno español.

Los actos concluyeron con la visita detenida a las dependencias del nuevo edificio.

CÓMO ES EL PALACIO DEL INSTITUTO

El palacio que alberga el Instituto de Cultura Hispánica se levanta frontero al Museo de América, que muy en breve estará también terminado. Consta de cinco plantas, rematadas en su parte posterior por una torre de siete pisos, en la que se alberga la Biblioteca de los Pueblos Hispánicos, que recogerá la producción literaria de los países hispanoamericanos y de España.

En la primera planta del edificio están la capilla, el salón de exposiciones y el salón de actos, como dependencias principales. En el piso siguiente, la planta noble del edificio se abre, ocupando la parte más importante de la fachada principal, el salón de embajadores, construído en regio y suntuoso estilo español y que constituye una verdadera obra maestra en punto a reconstituciones. A uno y otro lado de este salón se abren los despachos del director y secretario y los de los jefes de los departamentos de información y publicaciones; disposición semejante y dependencias para distintos departamentos y oficinas, secretarías y para las redacciones de las revistas *Mundo Hispánico*, *Correo Literario* y *Cuadernos Hispanoamericanos* en el resto del palacio.

El edificio está rematado por una terraza, desde la que se domina un paisaje abierto a la Ciudad Universitaria, la Casa de Campo y, a lo lejos, la sierra de Guadarrama.

Ha sido autor del proyecto el arquitecto Luis M. Feduchi.

Se cierra el volumen con una relación nominal y de cargos de los miembros de honor y miembros titulares del Instituto de Cultura Hispánica, y con un artículo de Alfredo Sánchez Bella, publicado en el diario madrileño *Arriba*, donde, bajo el título de «Cinco años al servicio de la comunidad de los pueblos hispánicos», se hace un balance de la obra ideológica y material realizada por el Instituto desde su fundación hasta la fecha.

PREMIO INTERNACIONAL PRIMERA NOVELA, por *Ricardo Gullón.*

La moneda en el suelo, de Ildefonso-Manuel Gil, obtuvo el Premio Internacional de Primera Novela, correspondiente al año 1950. Galardón merecido que ha revelado al público uno de los más honestos escritores actuales. Este libro, como todos los de su autor, vale, en primer término, por el acento de sinceridad apasionada con que fué escrito; por ser un libro vivido, compuesto con jirones de experiencias, y no una construcción literaria. Hubo unos años en que los novelistas españoles no lograban hallar el tono, oscilando entre el Escila de la literatura desvitalizada y el Caribdis del arrogante analfabetismo. Ahora existen pequeños grupos de escritores para quienes la tarea de novelar supone un punto de partida en el que se dan por supuestas tanto las experiencias vitales como la técnica necesaria para expresarlas de modo adecuado.

En su reciente libro cuenta Gil la historia de un fracaso; fracaso amoroso, que imprime a la vida del protagonista un sesgo catastrófico. La anécdota está bien trazada y constituye excelente soporte de la novela, que en ningún momento produce la impresión de ser una elaboración gratuita, pacientemente levantada con materiales recogidos en los derribos de la novelística a la moda. El carácter de Carlos Serón, el violinista a quien un accidente incapacita para continuar su carrera artística, se desarrolla de un modo lógico—en su principio está su fin, diríamos con el verso de Eliot—, y los distintos momentos del relato vienen seleccionados con propósito de mostrar esa evolución, justificada, menos por los acontecimientos de que el personaje resulta partícipe o víctima, como por algo más profundo: por la connatural tendencia a la frustración, por la voluntad de considerarse vencido, que, latente en su ser, sólo espera coyuntura o pretexto para manifestarse.

La novela comienza fundiendo presente y pretérito; el narrador—pues el libro está escrito en primera persona—, desde un hoy miserable y triste, desde una mediocridad lindante con la abyección, recuerda lo pasado. Los planos se suceden alternando la evocación de un ayer feliz o dramático, pero no cerrado a la esperanza, con la presentación, áspera y deliberadamente descarnada, de lo presente; el método es eficaz para subrayar contrastes. Estos primeros capítulos, y el último, me parecen los más perfectos de la obra, y suficientes para acreditar la pericia del novelista.

Otro acierto, muestra de técnica segura y eficiente, lo encuentro en la diferencia de ritmos: preparaciones minuciosas seguidas de rápidos desenlaces. En este sentido, el capítulo final es el mejor; pero ya en otros fragmentos anteriores el mismo procedimiento se usa con éxito dos o tres veces. Si en las últimas líneas de la primera parte puede parecer arbitrario, es porque únicamente las páginas sucesivas, al poner en claro las verdaderas causas de la conducta de Carlos, justifican al abrupto viraje de la novela.

Gil reinventa sin complacencias una realidad desagradable y hosca, ambientes en donde se dan cita pasiones turbias y sentimientos enconados. Un mundo donde las almas no pueden encontrar reposo, porque llegan a él con la esperanza amputada. Por un momento, Carlos parece dispuesto a escapar

de la trampa, a vivir de nuevo en orbes con cielo; pero es una ilusión, una ilusión para el lector, pues el personaje sabe—siquiera no con saber consciente—, muy en el fondo, que no renunciará a una existencia que la configura según es y se desea.

La angustia existencial está plasmada con colorido agrio, destemplado, a lo Solana; no puntillismo, sino pincelada larga, prolongada; se quiere descifrar el secreto de un hombre siguiéndole en sus avatares a lo largo de la vida y no cabe detenerse en la descripción minuciosa de cada uno de ellos.

Las figuras femeninas que dan réplica al protagonista comparecen en la narración como elementos cooperadores más bien que como seres dotados de voluntad autónoma y existencia propia. En dos de ellas, Magdalena y Marta, hay una cierta insuficiencia vital. Están en la novela con una presencia distinta, no diré borrosa, pero sustituíble por otras semejantes. Julia fué conseguida con más brío, con una suerte de amoroso rencor que descubre la raíz del ambiguo sentimiento que hacia ella experimenta el protagonista.

La novela plantea una serie de situaciones encadenadas que hasta el fin no provocan un verdadero conflicto; los debates son primero diálogos: Carlos afronta problemas graves—lesión de sus manos, abandono de Julia, matrimonio con Magdalena, muerte de ésta...—; pero en cada oportunidad se enfrenta nada más con otro personaje. Los problemas, siendo graves, pueden ser transparentes y llevar consigo el germen de la solución. Pero en los postreros capítulos, el conflicto surge en términos dramáticos, y es el protagonista mismo quien debe resolverlo; no es posible esperar que «la vida» ponga en claro la situación: el individuo tiene que decidir.

Esta decisión puede ser discutida; pero lo que de ella importa averiguar es si resulta congruente con el carácter de quien la adopta. Y en *La moneda en el suelo* no sólo es así, sino iluminadora. Cuando Carlos Serón escoge la abyección, cuando libremente prefiere vivir en el rencor y la rabia, está manifestando su condición de hombre, su voluntad de hacerse y de aceptarse como lo que es: una mentalidad cobarde y mezquinamente sentimental, que en la lesión de sus manos encontró pretexto para, autocompadeciéndose, declararse víctima elegida y ponerse al margen del esfuerzo necesario para seguir luchando. Ildefonso-Manuel Gil consigue transmitirnos la impresión de ese definitivo vencimiento, del reconocimiento por el protagonista de su bajeza, de su incapacidad para vivir en la alegría y en la incertidumbre—prefiere la seguridad de saberse corrompido—, y nos la transmite en páginas densas, minuciosamente calculadas y escritas con elogiable sobriedad de medios. Estas páginas acreditan dotes de novelador, que esperamos ver pronto corroboradas en sucesivas ficciones.

LA ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANOAMERICANOS CONTEMPORANEOS DEL I. C. H.

Una de las preocupaciones iniciales del Instituto de Cultura Hispánica fué la vinculación y cooperación con la Universidad. A poco de su fundación se crea una Cátedra en la Facultad más joven del *alma mater* española que, llevando el nombre de Ramiro de Maeztu—ejemplo de españoles en la vida y en la muerte—, sirviera en la hora suprema del renacimiento de la Universidad para revalorar lo hispánico en la plenitud de sus valores esenciales y en la ejemplaridad de sus figuras señeras.

Desde entonces—1947—, una parte muy importante del quehacer del Instituto se ha dirigido a incrementar estos vínculos, y así han surgido: su colaboración en los Cursos de Problemas Contemporáneos de la Universidad Internacional de Santander; la organización de los cursos para norteamericanos y, desde 1948, los de Estudios Hispanoamericanos Contemporáneos, a cuyo través se ha procurado exponer y luego contrastar la visión española del continente americano con la visión americana de sus problemas, uniendo y desmenuzando lo que es tarea común, para conocer no sólo lo que por su raíz nos une, sino aquello que por perecedero o pernicioso debe ser objeto de exclusión.

Este fecundo diálogo, en que han participado más de un millar de conferenciantes hispanoamericanos y españoles, comienza a dar sus frutos. Llega el momento de institucionalizar este cúmulo de experiencias a través de una Escuela de Estudios Hispanoamericanos, en la cual, recogiéndose la tarea ingrata de estos años, superados errores o ignorancias, se continúe desde ella lo que ha quedado, renovando por medio de nuevas promociones de alumnos la selección de especialistas, que verán así dirigida su inquietud. Por eso es propósito de la Escuela—cumplido ya este año—dotar cierto número de becas para quienes sientan la preocupación de la hora presente mirando a América. Son asimismo alumnos de la Escuela un gran número de hispanoamericanos que desean completar su formación en aquellos Cursos Monográficos, que les permitan llevar una visión justa y cabal no solamente de España, sino de los otros países que forman la comunidad hispánica.

Los intentos iniciales trataron de la revisión de algunos problemas contemporáneos de España (1948), la visión general de Hispanoamérica (1949) y, en el último curso, el estudio de un tema monográfico: «La crisis del mundo liberal».

La Escuela comenzó a funcionar el 22 del pasado enero, y en la primera lección, el director del I. C. H. enunció los fines de la Escuela, entre los que enumera la información y el conocimiento de españoles e hispanoamericanos en los problemas respectivos de sus países, estudiando las realidades españolas y americanas y buscando soluciones a los problemas planteados, todo ello completado con un constante conocimiento a través de libros, revistas y trabajos dirigidos en Seminarios.

El programa de los Cursos de la Escuela en este primer año de su actuación se divide fundamentalmente en dos parte: una, de carácter general, y otra, de carácter monográfico. En la primera, la geografía de los pueblos his-

pánicos la desarrollará el catedrático don Manuel Terán en doce lecciones. «La historia contemporánea de los pueblos hispánicos» la explica el ilustrísimo señor don Alfredo Sánchez Bella, quien en sus conferencias traza un cuadro vivo y actual de las instituciones americanas a través del tiempo y su proyección actual. «La economía hispanoamericana» la explica el profesor Leopoldo Zumalacárregui y el ilustrísimo señor don Manuel de Torres Martínez, decano de la Facultad de Ciencias Económicas; finalmente, «La sociedad y el Gobierno en el mundo hispánico» es el curso que explica el profesor Antonio Carro, en el cual pronunciará cinco conferencias el ilustrísimo señor don Manuel Fraga, catedrático de Derecho Político.

La segunda parte abarca tres temas monográficos: un curso sobre «Las raíces intelectuales de Hispanoamérica», en que Antonio Lago, partiendo del Descubrimiento y su repercusión en el pensamiento europeo, estudiará la constitución política, la sociedad indiana y el mundo virreinal junto con un panorama cultural del Nuevo Mundo en el siglo XVI hasta el Romanticismo hispanoamericano. El profesor Renato de Mendonça estudiará en su curso «El Brasil moderno y sus orígenes», partiendo de una perspectiva histórica, haciendo constar la realidad económica brasileña para después analizar el desenvolvimiento cultural del Brasil.

Finalmente, el profesor don Carlos Lacalle hará un esquema del Uruguay y de las características de su personalidad política, principalmente en el siglo XIX y lo que va del XX.

Sobre estos supuestos se desenvolverán en este su primer año de vida las actividades de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, la cual, al recoger la aportación que en estos años pudo hacer el Seminario de Problemas Hispanoamericanos, no hace sino continuar un propósito y servir a una idea: la presencia viva en la Universidad española en la conciencia de los universitarios españoles de América a través de sus realidades, de su presente y de su futuro.

T. S. M.

EL HUMANISMO DE GEORGES DUHAMEL EN EL ATENEO DE MADRID

Ha tenido trascendencia la charla, en el viejo Ateneo madrileño, del novelista francés Georges Duhamel. La presencia del presidente de la Alianza Francesa, del director general de Radiodifusión, del doctor López Ibor, del poeta Gerardo Diego, de José María Pemán, de este inefable mundo que es la «gente bien», deslizado entre la alta burguesía y la aristocracia, en que había dos invisibles cabeceras, el doctor Marañón y el duque de Alba, revelaban la calidad de los amigos—los lectores inteligentes son amigos del escritor—que un escritor francés puede tener en España.

El doctor Marañón hizo con talento de médico el diagnóstico de la personalidad del conferenciante y un anticipo de lo que iban a ser sus charlas.

Nuestro doctor, al presentar al autor de *Confesión a medianoche*, señalaba gozoso al colega doblemente, por escritor y por médico. Georges Duhamel, médico militar en su país, en la guerra del 14, luchando y aliviando la miseria y el dolor humano. Librándose al mismo tiempo él, por esta actividad, de caer en el peor peligro del escritor: la deshumanización; de interesarse sólo por un mundo cabalístico y reducido, de minorías y filosofemas. La ternura de Duhamel se interesa por todo. Y acaso por eso interesa a gran número de lectores.

Señalada, diagnosticada la personalidad humanamente literaria de Duhamel, la palabra del novelista francés robusteció el diagnóstico. Su charla versaba sobre «La novela francesa contemporánea». Muy cartesiano, y, por tanto, claro y directo; pero muy profesoral, como lo es todo literato francés..., el cronista de los Pasquier, recordó el origen de ella en el Gran Siglo. Subrayó los autores importantes y extraordinarios, como Zola y France. Sin olvidar al patriarcal Víctor Hugo.

Todo esto resulta preceptivo. Mas vendría luego lo más importante, la fibra humana, resaltada antes en las justas y jugosas palabras del doctor Marañón. Georges Duhamel se preocupó por el caso Gide. Por la estética de Gide, que no podía hacer sus novelas más que con personajes perversos. El autor de *Los monederos falsos* proclamaba la imposibilidad de hacer un libro interesante y humano con protagonistas nobles. Mientras Duhamel rebatía—viviendo Gide lo hizo en diálogo ardentísimo con él—esta norma, nosotros recordábamos *La puerta estrecha*. La no inmoral, pero despiadada, calvinista, adusta *Puerta estrecha*. Atormentado intento de nobleza moral del escritor Gide.

Duhamel sonreía, buen chico satisfecho, desde sus sesenta y ocho años, al encontrar un argumento vivo. Una criatura noble, romántica, delicada. Un alma pura, hasta en sus caídas, que lleva más de un siglo sentándose, gracias a Stendhal, en el trono de la novelística mundial. La dulce madame Renal.

Amamos lo que se nos parece en algo. Tipos entrañables al estilo madame Renal, seres con besos y con lágrimas, con pecado, pero con irresistible vocación de pureza, con un alma noble, decidida a ser inmortal, a ser bella y buena, son los que desfilan por las páginas de Duhamel, dando un excelente contenido moral a su obra. Y lo que más vale: un aliento de esperanza humana.

Sin querer, rebatiendo un credo estético, Duhamel se retrató a sí mismo. Luego (él es anciano, pero optimista y esperanzador, como buen humanista) dió su breviario de consejos a los jóvenes escritores españoles: Coraje—o valor, si se prefiere traducir exactamente—, Paciencia, Confianza en sí mismo. Buena trinidad en el lema de un escritor con vocación auténtica. Y trabajar mucho.

Esto nos llevó, en su final humanísimo y humanista, a la conferencia inaugural del curso del Ateneo, que terminó también casi con el mismo lema, dado con expresividad más recatada. Nos referimos a la de Pedro Laín Entralgo, también médico, también escritor, cuyo consejo arrancaba desde una silueta de Cajal. ¡Qué humano humanismo poseen todos estos intelectuales cuya personalidad se asienta sobre el fondo científico de la medicina!

S.

ASTERISCOS

STALIN, HISTORIADOR

* * * A la Revolución le pareció la Historia demasiado contaminada de ideología «burguesa», y no le tuvo ninguna consideración. Por otra parte, en la nueva era que se iniciaba, la primacía iba a ser de las Ciencias Físicas, de la Economía y, sobre todo, de la Técnica. De ahí el empobrecimiento progresivo de la investigación histórica, acentuada por una importante reducción, a partir de 1920, de su papel en los programas de enseñanza.

Pero, en 1930, Stalin descubrió, a través de su hijo, la total ignorancia que toda la juventud tenía de la Historia, incluso de la rusa. Apuntaba ya el nacionalismo soviético, y, además, era necesario que Rusia pudiese competir en todos los terrenos de la investigación con las naciones del Occidente burgués. La Historia fué revalorada y se dispuso el restablecimiento, en la enseñanza, de la Historia «civil». Extraño apelativo que, al parecer, dejó desconcertado a todo el mundo: políticos, ideólogos, historiadores. La clave, sin embargo, era sencilla. El texto del decreto fué redactado por el mismo Stalin, quien acudió por reminiscencia a la división tradicional en los seminarios: Historia Eclesiástica y, por oposición a ella, Historia Civil, es decir, lo que podríamos llamar Historia General. El término no fué rectificado; adquirió carta de naturaleza, y hoy es de uso frecuente en la enseñanza y las publicaciones rusas.

Pero Stalin no sólo ha adjetivado a la Historia, sino que ha hecho descubrimientos importantes. Por ejemplo, el de la «gran revolución de los esclavos», que acabó con el Imperio Romano. En efecto, el 19 de febrero de 1933 se abrió en Moscú el primer Congreso de los kolkjoses. Stalin pronunció el discurso inaugural, en que trazó una visión panorámica de las sucesivas formas de explotación del trabajo humano a través de la Historia, las que, originando la lucha de clases, son, finalmente, según la teoría marxista, eliminadas por una revolución. Fué en el curso de esta intervención cuando Stalin

atribuyó el último y decisivo golpe sufrido por el Imperio Romano a una revolución de los esclavos. Con ella terminaba el período esclavista y se iniciaba el feudal.

Los historiadores soviéticos aceptaron este descubrimiento, y aunque el hecho no era «conocido» por la ciencia europea, se convirtió para ellos en la fase final de la Historia de Roma. Tal ocurre en el libro de Machkin *Historia de la Roma Antigua*, aparecido en Moscú en 1948. Machkin se esfuerza en adaptar la historia de Roma a esta tesis staliniana; habla constantemente de este acontecimiento decisivo; pero cuando llega el momento de exponerlo, no puede fecharlo ni describirlo, y se limita a atisbarlo a través de los siglos III, IV y V, en cualquier revuelta de esclavos, por pequeña y accidental que fuese, o en los movimientos rurales de las fronteras del Imperio, que no se produjeron en un mismo momento en toda su extensión. Todo lo que de cerca o de lejos pueda servir de apoyo a la tesis es utilizado por Machkin, ya que una gran revolución de esclavos, determinada por una típica lucha de clases, no puede encontrarla en los últimos años de Roma. Es más: en otro lugar admite el autor, de acuerdo con Lenin, que los esclavos fueron siempre, incluso en sus revueltas, instrumento de las clases dominantes; nunca tuvieron conciencia clara de clase y menos aun buscaron por medios violentos la ruptura de la estructura social de la época.

En realidad—y Machkin lo acepta en parte—, la esclavitud empieza a perder importancia desde el siglo I, y queda relegada al trabajo doméstico, siendo sustituída en las grandes explotaciones agrícolas por el colonato, cuya instauración proviene de la misma evolución interna de Roma y no es consecuencia de ninguna revolución de esclavos.

Para encuadrar esta deformación sistemática de la Historia, no ya sólo en los cánones marxistas, sino incluso en las frases más o menos ocasionales que Stalin pueda pronunciar en un discurso, es una carga que la historia soviética comparte con el resto de la ciencia rusa. Ahí está reciente y más resonante el caso de la Genética: una ciencia entera fué «depurada» y reducida a la obediencia. Rusia parece decidida a subordinarlo todo a la política. Por eso no tiene nada de extraño que haya desaparecido la atmósfera de libre discusión, de polémica y de crítica..., de las concepciones vigentes, que viene desde hace tantos años caracterizando al ámbito científico de Occidente.

T. D.

A PROPOSITO DE «LA MUERTE DE UN VIAJANTE», DE ARTHUR MILLER

* * * 1.° *Elogio de la Compañía «Lope de Vega».*—Y hay que elogiar a la Compañía «Lope de Vega» con toda la fuerza que su presencia, en el teatro de la Comedia, merece. Sin aspavientos propagandísticos ni solemnes formulaciones, José Tamayo ha dado cauce al mayor acontecimiento teatral de los últimos años. Esto tiene que quedar registrado así, limpia y claramente, sin el más leve contrapeso de reproche o defecto. Pocas veces se le ofrecen a uno

ocasiones de hacer un elogio sin reservas. Las temporadas teatrales brindan tan sólo larga ocasión de hastío y de supremo aburrimiento. Apenas es posible contener algún mal humor circunstancial, en forma de artículo crítico o, simplemente, de conversación. Es todo. No se puede decir que la vida teatral española sea muy emocionante. En general—¿por qué no decirlo?—, es una vida estúpida.

Por eso, la presentación de la Compañía «Lope de Vega», con un buen equipo de actores, con adecuados medios técnicos y, sobre todo, con un drama de la categoría de *La muerte de un viajante*, de Arthur Miller, nos invita a hacer el más incondicional elogio. Hago constar—ante la frialdad de la mayoría de los críticos y la oposición, más o menos explicable, de otros—la importancia de este acontecimiento.

2.º *«La muerte de un viajante», en el cauce «social-realista».*—En anterior nota apuntaba que *La muerte de un viajante* puede ser estudiada bajo el epígrafe—común a un abundante material literario y artístico, de nuestro tiempo—«social-realismo». El «social-realismo» se caracteriza, decía, por la categoría del tema (tema social), por la índole de la intención (trascendente al efecto «artístico» de la obra). Se concibe, en el ámbito del «social-realismo», la «emoción estética» como poseyendo un fuerte núcleo ético capaz de romper y perdurar—sin la menor adherencia estética—en el espíritu del espectador, proyectándose, en fin, de un modo purificador en el cuerpo social. El «social-realismo» agrupa fenómenos muy distintos—bajo un común denominador—, como el «realismo social» de la pintura y el cine mejicanos, el «realismo socialista» que impera en la U. R. S. S. (y cuya crítica prometo para otra ocasión), el «neorrealismo» y tendencias afines y, en fin, la llamada «literatura existencialista».

La muerte de un viajante está en este cauce. El diagnóstico da cuenta y razón del éxito. Se trata de un drama en la mejor línea del teatro contemporáneo.

3.º *La base documental.*—Se ha discutido, con motivo del estreno de *La muerte de un viajante*, sobre si es o no lícito partir de una «documentación» —equilibrada o no—como base real del drama. Se ha negado que «la literatura trágica pueda nutrirse de documentos». Se ha dicho que el «naturalismo» es una escuela «liquidada» y que *La muerte de un viajante* está en esa vieja vía muerta. Yo pienso que la «documentación» es un magnífico supuesto del drama, y que el «naturalismo» es una escuela «superada», pero no «liquidada». El hecho contemporáneo de la literatura «nutrida de documentos» es innegable. El mejor teatro norteamericano tiene una fuerte base documental. A veces es un puro documento seleccionado (neorrealismo), como en el caso de *Nuestra ciudad*—que, en voz del autor, no pretende ser otra cosa que un documento sobre la vida en una pequeña ciudad norteamericana—y *El tiempo de tu vida*, que reproduce, poco menos que fotográficamente, la vida en un café. Galsworthy (el autor de *Lucha* y *Justicia)* vió claramente en un artículo este cauce «realista, fotográfico» del teatro del siglo XX (cauce en que Galsworthy se situaba con sus dramas). Bien es verdad que el drama «fotográfico» es sólo una línea, y no la más importante, del teatro con fuerte base documental. Es precisamente la línea que no trasciende los puros datos documentales: línea en que la «fábula» no es más que selección y organización de los datos del documento («neorrealismo» y «teatros políticos» o «de propaganda». En esta

última forma, el documento queda fabulado conforme a un criterio probatorio y propagandístico. Sólo en esta última forma). El teatro alemán contemporáneo presenta un nutrido frente de dramaturgos firmemente asentados sobre la documentación contemporánea (de acontecimientos propiamente históricos o bien intrahistóricos, situados en el mismo plano de la realidad captada por el «neorrealismo»). Basta recordar a Toller, Brecht (cuyo drama, *Mutter Courage*, ha resonado en todo el mundo). Kommerells, Strich y Zückmayer, de los que nos llegan, ya que no los dramas, las noticias. El drama de Zückmayer, *El cáustico en el horno ardiente*, por citar un ejemplo, viene precedido de dos noticias periodísticas que el autor presenta como «la base documental del drama». En fin, pienso que se ha discutido este punto sin entrar en la consideración de los datos. Al crítico que, desde el diario *Arriba*, de Madrid, ha tratado el tema, le ha faltado precisamente eso: documentación.

4.° *Quizá haya dos formas.*—He pensado, en descargo de los que rechazan para el drama una base documental, que quizá haya dos formas de enfocar—desde el punto de vista del autor—la creación dramática. Una «forma» parte del documento existencial, es decir, del hecho de la existencia, a cuyo través el dramaturgo llega a sorprender, incluso, vislumbres ontológicas. La otra «forma» parte de un cierto conocimiento intuitivo de la esencia humana, poéticamente entrevista a través de la experiencia general del autor. Sin rechazar, desde luego, esta forma, la primera queda declarada vigente—se trata de un hecho con su correspondiente derecho—en el panorama del teatro contemporáneo. *La muerte de un viajante* da testimonio de esta vigencia. Y, desde luego, todo el teatro llamado «existencialista». (Hay que destacar la gran significación que, en este sentido, tiene *Las manos sucias*, de Jean Paul Sartre, estupendo drama.)

5.° *El supuesto documental de «La muerte de un viajante».*—El supuesto documental de *La muerte de un viajante* es la existencia real de Willy Loman y su circunstancia social. El drama, expositivo, objetivo, es—además de una magnífica fuerza teatral—una tremenda y purificadora denuncia.

6.° *La estructura de «La muerte de un viajante».*—No trato aquí de hacer un análisis de la estructura «artística» de *La muerte de un viajante*. Me parece que salva, con alguna ligera vacilación, el peligro del confusionismo cronológico. Quizá me hubiera gustado ver, en el amigo del «viajante», al narrador de su vida. Los tránsitos al recuerdo, y del recuerdo al presente, hubieran resultado, a tan poca costa, más claramente inteligibles a todo tipo de espectador.

7.° *Exito.*—El éxito de *La muerte de un viajante* es, para nosotros, una salida abierta a la esperanza. El público llena todos los días la sala de la Comedia. ¡Luego dicen que el drama no tiene público!...

ALFONSO SASTRE

* * * Muchas de las personas aficionadas a la lectura de la buena novela contemporánea, y en particular de la novela norteamericana, conocen y aprecian la obra creadora del escritor negro, *made in U. S. A.*, Richard Wright. Este estupendo narrador actual y caliente, que aun hace apenas un par de lustros trabajaba de jornalero en las obras públicas de Chicago, se convirtió, gracias a su fuerza narrativa y al poder de asimiliación del drama de la inadaptación de los negros estadounidenses a la civilización de los blancos, en uno de los novelistas de primer rango actual dentro de su racial «negrismo» y a pesar de su filocomunismo, un poco ingenuo. Un concurso literario convocado en 1938 le descubre su faceta de prosista directo en la novela *Los hijos del tío Tom.* Luego, agilitada aún más su pluma descriptiva por la práctica periodística, aparece como redactor en un importante diario negro de Harlem, el barrio de los «proscritos» de Nueva York. Llega seguidamente *Native Son,* su mejor novela hasta la fecha, que la Editorial Sudamericana ha traducido a un buen castellano con el título *Sangre negra,* de cuya obra han llegado algunos ejemplares a España.

Nada tenemos que decir de Richard Wright como intérprete del especialísimo talante psicológico de los negros en los Estados Unidos. *Native Son* es un documento fidedigno brotado desde la entraña racial del mismísimo conflicto. Wright, cuando habla de los negros y de los problemas inherentes al contacto de los negros con los blancos, sabe lo que se trae entre manos, y su información no puede ser más directa. Todas las ventajas para hablar con propiedad de los negros y de sus cuitas están de su parte. Véase, por ejemplo, su novela autobiográfica *Mi vida de negro,* publicada en España con el título *El negrito.* Lo malo es cuando, por mor—equivocado mor—de echárselas de erudito, cosa que maldita la falta que le hace a su magnífica manera de novelar, se mete en materia histórica, aunque sea de historia contemporánea, y lo echa, si no todo, casi todo a perder. He aquí un ejemplo:

Abrimos *Sangre negra* en su edición sudamericana por la página 163. Y leemos, de la biografía del desdichado héroe negro Bigger Thomas, la siguiente referencia a su actitud de hombre negro frente al hombre blanco, todo ello bajo la aplastante sensación de muerte de un terrible complejo de inferioridad:

«... últimamente le había gustado oír hablar de hombres que habían sabido dirigir a otros; en sus actos había creído sentir que había un modo de escapar del pantano de vergüenza y de miedo en que se hundían los cimientos de su vida. *Le gustaba oír hablar de la conquista de China por los japoneses, del aplastamiento de los judíos por Hitler, de la invasión de España por Mussolini...*»

Por Dios, por Dios, Mr. Wright, un poco de documentación histórica a la hora de la cita. Sabemos que de la historia española que va de 1936 a 1939 se han dicho muchas estupideces en los Estados Unidos. Pero... ¿en qué fuentes «históricas» se documenta usted acerca de la guerra civil española?... ¿En *For whom the Bell tolls* («Por quién doblan las campanas»), de Ernest Hemingway, quizá...? Una cosa es el lío ese que se traen ustedes entre negros y blancos—que con su pan se lo coman—, y otra la experiencia que de España sacaron los aguerridos voluntarios yanquis de la Brigada «Lincoln», aquella

famosa brigada internacional, compuesta totalmente de norteamericanos vestidos de cuero, que luchó y cayó—bravamente—en las cercanías de Teruel. De haber estado usted, Mr. Wright, en aquella hermosa coyuntura de morir o caer prisionero en manos de españoles, se hubiera dado cuenta quizá de que en España había por entonces, y los sigue habiendo, más, muchos más, millones de españoles que judíos había en Alemania antes de los «aplastamientos» hitlerianos. Si gusta de dar una vuelta por España ahora, en 1952, podrá desengañarse.

Guadalajara, aparte de la hermosa ciudad de México, no hay más que una. Y allá no triunfó precisamente Mussolini.

E. C.

UN CIUDADANO DEL PAIS DE LAS ZANAHORIAS

* * * Estos hombres muy grandotes, muy ingenuos, muy inocentes, como los bueyes; estos nobles brutos de la literatura, que nos recuerda el nombre de Germán Arciniegas, debieran tener por lema aquella frase que, en boca de Pitágoras, pone Diógenes Laercio: «Antes ser muerto que hablar.» Desde luego, nosotros no podemos esperar que estos señores hayan leído a Diógenes Laercio. Y mucho menos Germán Arciniegas, el inteligente ex ministro de Educación de Colombia, que suprimió, por considerar inútiles, los estudios humanísticos, tan breves, tan inofensivos, que se hacían en el Bachillerato.

Ahora, con la irresponsabilidad que le caracteriza; irresponsabilidad científica que, por otra parte, caracteriza a sus obras históricas—o son novelas (?)— y sus novelas autobiográficas—o son obras históricas (?)—, y en tres o cuatro líneas se ha sacado del bolsillo una densa teoría sobre el ser y el acontecer de Hispanoamérica. Pero no sólo es eso. Este rebelde sociólogo, a quien todavía le faltan muchos años de escuela secundaria, se ha puesto insolente con «la capa más alta, espiritualmente hablando, de América Latina: la zona intelectual», según dice, zona a la cual, sin duda, ha pensado pertenecer algún día, pese a que en ésta «se observa esta sumisión servil a España todavía».

Perdonad, lectores; no os hemos dicho que se trata de un grito de independencia que, tal vez, se escapó del siglo XIX. Fijaos bien qué delicioso adjetivo le ha puesto a América. Qué sutil muestra de rebeldía, de arriscada independencia—aunque cambie lo hispano por lo latino—, qué magnífico rompimiento—hablemos con él—de la «losa de plomo», del yugo que nos ata a España y que es «la Academia y la tradición de la conquista y la colonización». No esperará el señor Arciniegas ser un Bolívar del siglo XX. Porque Bolívar era un hombre inteligente.

El señor Arciniegas debe haber pasado alguna vez por México, aunque velozmente. ¿Recuerda aquellas conferencias que comenzó dictando con mucho público, y ya a la segunda no había sino tres de sus amigos y algún secretario de la Embajada? Pero pasó por México velozmente y no tuvo tiempo. ¿No sería que no le interesó como historiador de escuchar a José Gaos o a Silvio Zavala o a Alfonso Reyes, ni de leer u hojear siquiera algunos libros en que se decía expresamente América hispana, sin resentimientos, sin res-

quemores, sin pueriles fobias? Tal vez pasó tan velozmente que tampoco tuvo tiempo de leer algo de Leopoldo Zea, alusivo precisamente a esta conquista y colonización que tanto le molesta. En algo, más o menos, se está de acuerdo: en que el pasado es irrenunciable. Elemental, querido señor Arciniegas, para los filósofos de la Historia. Elemental hasta para los jóvenes que hoy hacen bachillerato, aquel bachillerato que usted quiso hacer más profundo.

Nosotros nos preguntamos, la verdad, antes de concluir estas líneas, por qué hemos dedicado unas cuartillas al buen ciudadano del país de las zanahorias. La respuesta es bien sencilla. El filósofo Arciniegas—es usted filósofo de la Historia, ¿verdad?—revela una mentalidad. Decimos revela, y no representa, porque los representados, aunque también pelmazos, se sentirían pobremente representados por el señor Arciniegas. Y a éstos no hay motivo para ofenderlos.

No le tenga tanto miedo, señor Arciniegas, al espíritu de España, que sigue pesando como losa de plomo sobre Hispanoamérica. Porque la gente se va a imaginar que lo que a usted le pesa no es el espíritu de España, que nada tiene que ver con usted, sino esa enorme cultura que usted ya no alcanzará a conocer. Lo que a usted le pesa es, seguramente, que haya clásicos españoles que es preciso leer; que haya autores españoles extraordinarios; que haya filósofos españoles de primera fila; que haya... toda esa cultura que respalda un presente y que a usted se le va de las manos. Lo que a usted le pesa es que en España y en Hispanoamérica esa zona intelectual que parece mirar con tanta envidia, haya comprendido muchas cosas que su ingenuidad y su inocencia de buey no le permiten comprender. Lo que a usted le pesa, además de muchísimas cosas, es que hoy España tenga un Ortega y Gasset, un Xavier Zubiri, un Pío Baroja, un Dámaso Alonso, un «Azorín», un Julián Marías, un Vicente Aleixandre, mucho, muchísimo mejores que usted; que tienen libros muchísimo mejor escritos que los suyos y más profundos. Usted no puede decir en serio eso de la tradición y la Academia, señor Arciniegas, porque nadie se lo va a creer a usted, que, al fin y al cabo, no es demasiado inteligente. Lo que usted tiene es envidia..., sí; de esa que tienen los niños mimados como usted, cuando ven que el vecino tiene un bombón que a usted, desde luego, no le puede servir. Usted tiene envidia, señor Arciniegas, porque de otra manera... quizá escribiera pensando mejor las cosas.

RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT
(Colombia)

UNA NUEVA NOVELA DE FAULKNER

* * * El gran escritor norteamericano William Faulkner, a quien por una malhadada errata de imprenta retiramos en nuestro número anterior de nuestra lista de seres vivos, ha publicado últimamente, entre otras interesantísimas novelas, la titulada *Intruder in the Dust*, que ha sido traducida al castellano por Aida Aisenson y publicada recientemente por la Editorial Losada, de Buenos Aires. De esta novela y de la última obra de Faulkner nos ocuparemos con la extensión debida en un próximo número.

SCHUMAN, CERCA DE LA VERDAD

* * * Así opina Michel Dacier al escribir sobre el Plan Schuman en el número de diciembre pasado de *Ecrits de Paris.* Cerca de la verdad, porque frente a los estusiastas oradores de Estrasburgo—«hombres inofensivos y llenos de buena voluntad, que se figuran que se puede fundar una federación de grandes Estados tan fácilmente como se constituye una sociedad de jugadores de bolos»—ha empezado por la tarea más urgente y más asequible: crear una comunidad de intereses económicos que asegure la prosperidad y estabilidad de la economía europea.

Dacier examina el asunto desde este punto de vista, y encuentra que, si bien es cierto que el Plan sacrificará algunos intereses privados dentro de cada país, las ventajas conseguidas serán muy superiores. Además, sólo las empresas mal instaladas o dirigidas serán perjudicadas, y sería una verdadera expoliación posponer los intereses generales a los de unos «cuantos productores incapaces». A la industria francesa le será extraordinariamente favorable la realización del Plan.

Conviene, por tanto, acelerar la ejecución del único paso serio que se ha dado en camino de la unificación de Europa. Pues para Dacier todos los proyectos de unidad política están condenados al fracaso, a pesar de todos los esfuerzos de la Asamblea de Estrasburgo. Los países europeos no están dispuestos a fundirse en un estado federal. Las nacionalidades no son tan fáciles de borrar. Cuando más, se aliarán frente a la Unión Soviética. «Entrarán quizá en una coalición, pero no abandonarán de una manera definitiva ni su personalidad ni su soberanía.» Pensar otra cosa es sueño y desvarío. Hace falta más realismo. Sólo un período más o menos largo de unificación de los intereses económicos podrá fundamentar la unidad política. Por eso, Dacier preconiza una unión aduanera total y después la creación de una moneda común. «Es preciso que el bávaro pueda comer *rillettes* de Tours; es necesario que el auverniano pueda beber vino del Rhin.»

Planteadas las cosas así, Dacier tiene razón si sólo se trata de «vivir bien». Los lazos económicos son, indudablemente, los más fuertes. El peligro está en que la conveniencia económica es poco permanente. Una revolución en la técnica puede determinar la transformación de regiones enteras y plantear el problema económico en términos distintos. Dacier mismo nos dice que sólo hace cincuenta años que la región del Rhin ha alcanzado en la vida del continente decisiva importancia económica. Entonces empezó la explotación industrial del hierro de la Lorena. Sin embargo, el problema de la unidad de Europa es muy anterior. Lo fué ya para Napoleón, y puede decirse que ha sido la cuestión clave de toda la Historia de Europa.

Porque, en realidad, lo que Europa necesita para lograr su unidad es un proyecto de vida en común que tenga valor espiritual. Una construcción histórica permanente no se logra sólo por necesidades económicas o militares. Tiene que estar regida por una manera total de entender la vida, y manifestarse en todos los dominios culturales del humano vivir. Entonces es cuando el soporte económico, imprescindible para que esa construcción se levante, adquiere todo su sentido y su importancia.

No se trata con esto de menospreciar el artículo de Dacier; seguramente,

tal y como están planteadas las cosas allende el Pirineo, tiene razón; pero sí de hacer constar que lo más deseable para Europa en esta hora es que halle, de una vez, ese ideal de vida colectiva que tarda tanto en aparecer.

D. F.

SALUD, DINERO Y AMOR... DE LOS FRANCESES

* * * No es cosa de aceptar los resultados estadísticos como artículo de fe, porque es de dominio público que pocas son las criaturas creadas por la civilización humana tan sujetas a imponderables subjetivos y ajenos a la voluntad principal que las motivó. Allí donde la estadística se protege de una más clara conciencia colectiva, sus resultados pueden ser tenidos en cuenta en alguna proporción. Hay otros países, o sociedades, en que el valor estadístico puede considerarse casi al ras de la más inoperante afirmación de gratuidad alegremente literaria. No vamos a señalar nombres en el mapa. Porque, además, si se sabe que las estadísticas no son siempre sinceras, el mal es mucho mayor cuando ese tergiversado de la realidad no es efecto de la aplicación de intereses de tipo colectivo, político, económico, sociológico, cultural..., sino que aparece como consecuencia de una voluntaria deformación individual, motivada por intereses particularísimos y privados. Pese a la garantía de una utilización exclusivamente numérica de los datos personales, el declarante retrae la verdad de sus datos y los deforma en vario sentido, según su psicología y sus temores. Pero siempre la estadística, a pesar de todo, es una ciencia que, como auxiliar de la sociología, da buenos resultados y permite orientaciones provechosas.

En Francia funciona un magnífico Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos (I. N. S. E. E.), ayudado por el Instituto Francés de la Opinión Pública (I. F. O. P.), que contribuye en numerosos planos sociales a delimitar las fronteras de los estratos de población, de las formas de vida, del sentir de los hombres, contribuyendo a precisar también los modos y formas de existencia que singularizan a los franceses en sus actividades económicas y materiales, por ejemplo, en el régimen de trabajo, la condición laboral de las mujeres, el disfrute de fiestas y vacaciones, etc.

Nos ha llamado especialmente la atención el resultado de una encuesta estadística del I. F. O. P, sobre las penas y gozos cotidianos del francés de 1952. ¿Cómo juzga el francés su propia situación actual? ¿Es feliz? ¿Se siente desgraciado? Las respuestas no han podido ser más varias, aunque siempre rigen en estos resultados artificiosos algunas leyes inmutables que van arraigadas en la misma esencia humana de la sociedad moderna. La primera pregunta de la encuesta fué la siguiente: «¿En qué consiste la felicidad?» A pregunta tan trascendental, el 47 por 100 de los franceses y el 38 por 100 de las francesas han contestado: «En disponer de un mínimo indispensable de dinero»; el 22 por 100, a estar en posesión de buena salud, y, en fin, el 1 por 100 en los hombres y el 5 por 100 en las mujeres, insisten en que la felicidad reside en el amor. De las tres cosas que, según el cantar, hacen

feliz al hombre, el dinero puja sobre la salud, y el pobre amor no pasa, ¡en las mujeres!, del 5 por 100 de la totalidad erótica y francesa.

A la pregunta «¿Es usted feliz?», el 8 por 100 de los franceses respondieron: «Muy feliz»; el 44 por 100, «Bastante feliz», y el 40 por 100, «No muy feliz». En descargo, y también como justificación de respuesta tan poco optimista, se debe aclarar aquí que los afortunados hombres que son «muy felices» y «bastante felices» pertenecen, en su mayoría, a la privilegiada clase social de los industriales y de los comerciantes. Nada dice la estadística de quiénes son los comprendidos en ese abultado 40 por 100 de hombres «no muy felices». Los números saben también usar de la prudencia, huyendo de laberintos y complicaciones.

C. R.

INDICE

Páginas

BRÚJULA DEL PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Portada y dibujos del pintor argentino José Manuel Moraña.

LA CRISIS DEL COLONIALISMO LIBERAL

POR

JOSE M.ª CORDERO TORRES

CONCEPTOS QUE SE VAN A EMPLEAR

I. Seguramente que todos conocen la práctica anglosajona, rara vez imitada en los países continentales europeos, de insertar al principio o al final de los textos legislativos una serie de definiciones auténticas de los conceptos más importantes en ellos empleados. Este sistema, por extraño que nos resulte, no carece de utilidad, sobre todo cuando se trata de conceptos de aceptación múltiple. Aquí lo vamos a emplear en escala reducida y sumaria:

a) La palabra *crisis* la usamos con su sentido más vulgar y difundido, de *quiebra, obstrucción funcional,* incapacidad para continuar produciendo los efectos perseguidos e imposibilidad de mantener, dadas las circunstancias mundiales, un sistema largo tiempo empleado y, por tanto, abandonado; incluso mediante el procedimiento de adulterarlo o de pretender continuarlo, recubriendo con sus formas esencias antagónicas.

Con el empleo de la palabra *crisis* no prejuzgamos ni limitamos *a priori* las manifestaciones, bastante heterogéneas, que la caracterizan en sus diferentes aspectos y localizaciones, ni insinuamos que se haya producido a la vez, de igual modo, con la misma intensidad e iguales efectos en todo el mundo liberal.

b) La palabra *colonialismo* y, por ende, el concepto de crisis colonial, son usados en su sentido más amplio, a la vez que más inequívoco y clásico: el anterior a 1945, fecha en la que la Carta de San Francisco dió estado oficial a la ofensiva contra lo que se consideraba como una supervivencia poco democrática de las «épocas de iniquidad» en las relaciones entre pueblos diferentes y desiguales, o sea, empleando las largas y feas locuciones de la Carta, de las relaciones con los «países que *todavía* no se gobiernan por sí» o «que carecen de Gobierno propio». Por tanto, todas las facetas parciales y reales de la crisis colonial serán recogidas, huyendo del error de limitarnos a las oficialmente reconocidas o proclamadas, que no son siempre las más importantes, como sucede con las de tipo político (guerras, revoluciones y emancipaciones consagradas en declaraciones, tratados y constituciones), con olvido de las sociológicas, étnicodemográficas, económicas y culturales, cuyo comienzo, desarrollo y derivaciones pueden ser oscuramente percibidos, torcidamente interpretados o disminuídos causal y valorativamente. Por otra parte, *colonial* es un nombre, sustantivo o adjetivo, según los casos, que cubre primeramente a los diferentes rótulos clásicos de la acción colonial: protectorado, antes vasallaje, condominio, mandato, ahora fideicomiso, dependencia, posesión y colonia *strictu sensu.* Pero que cubre también después a ciertas realidades disfrazadas por rótulos inexpresivos, equívocos o inexactos: provincias o departamentos de Ultramar, territorios insulares, países aliados, zonas de influencia, esferas de intereses, Estados neutralizados, ocupaciones, arriendo y concesiones (1). En

---

(1) Las características de una sociedad colonial son: rutina o estancamiento, cultura rudimentaria o parcial, jerarquía tradicional o inestable, oscurecimiento de la personalidad individual, ultradiferenciación técnicoprofesional o diferenciación rígida y hereditaria; economía cerrada de autoconsuno o limitada. Políticamente, el rasgo distintivo es la dependencia más o menos amplia, pero general e irreversible unilateral-

materia de rótulo podríamos con justicia recordar la clásica frase de Quevedo: «Ni son todos los que están, ni están todos los que son.»

c) Por último, el concepto de *colonialismo liberal* es quizá el que menos precisiones necesite, por una sencilla razón: porque todo el mundo que se adjudicaba a sí mismo el pretencioso rótulo de *civilizado* (puesto que el vocablo *cristiano* había dejado de ser usado y el *occidental* no había empezado a serlo), que fué «por excelencia» el mundo colonizador entre 1789 y 1939, fué un mundo liberal a su manera entre esas dos fechas, aunque más propiamente entre 1848 y 1920. A partir de esta fecha y hasta 1939 más bien cabe hablar de democracia que de liberalismo. Este sugiere equilibrio entre las tendencias opuestas con respecto a las minorías, la libertad económica y un gran papel para los miembros de las Cámaras o Asambleas. La democracia, intervención de las masas, generalmente poco moderada hacia las minorías; dirigismo económico y empleo del plebiscito, compatible con el caudillismo.

El liberalismo significó «nuevo régimen» basado en constituciones políticas, con separación de poderes, Cámaras elegidas, Gobiernos partidistas y amovibles, Tribunales «independientes» e impersonales y garantías individuales. Todo ello dentro de un marco antiintervencionista hasta 1914 y semiintervencionista después.

Mas dentro de esas amplias características coexistían multitud de facetas diferenciales del liberalismo en los países que fueron potencias coloniales. Así, Gran Bretaña era la poseedora de un constitucionalismo flexible, evolutivo, consuetudinario, muy antiguo y arraigado, padre de muchas imitaciones aquende y allende los mares. Los países continentales poseían constitucionalismos más modernos, más rígidos, con paréntesis que los acreditaban como más irregulares y menos estables, sobre todo en el mediodía europeo. Los Estados Unidos de América, coloso ex colonial y anticolonialista de rápido crecimiento interno y externo, tenían un constitucionalismo presidencialista, rápidamente copiado (pero no imitado) por varios de sus vecinos de hemisferio, igualmente ex coloniales en su contextura oficial, aunque todavía caracterizados por fuertes supervivencias de su pasado. El primer país amarillo que se sumó al mundo «occidental» como colonizador, Japón, calcó en 1889 el constitucionalismo prusiano. En cambio, Turquía, admitida en 1856 al llamado concierto europeo, se liberalizó tan superficial y tan escasamente, que cuando, a su manera, lo ha hecho totalmente—desde 1923—, había ya perdido sus dependencias. Hay una excepción que confirma la regla: el Imperio zarista, que con su colonización absorcionista por contigüidad—como la romana, china, otomana y yanqui—, y su retrasado y artificioso constitucionalismo de 1905, no fué nunca liberal; como tampoco lo es su sucesora, la U. R. S. S., exportadora de sus instituciones bolcheviques bajo fórmulas «populares» a sus dependencias y clientelas eurasiáticas. Y aquí consideramos indispensable señalar la quizá más importante de las características del mundo liberal, que es a la vez una de las causas de crisis que daría al traste con su proyección ultramarina en 1898 y 1950.

Nos referimos a la división de los criterios y a la discontinuidad de las actuaciones políticas de las metrópolis liberales respecto de sus dependencias, como resultado de lo cual puede decirse que el liberalismo, o no se consideró artículo de exportación colonial, o si se consideró exportable no fué objeto de una aplicación totalmente sincera ni equivalente a la efectuada en las metrópolis. De modo que, cuando, por circunstancias muy complejas, llegó el momento inevitable de ensayarlo e implantarlo con todas sus características, en escenarios desigualmente preparados, produjo más o menos brevemente como primera consecuencia la ruptura del *statu quo* y a veces la de la relación colonial, alumbrando emancipaciones casi siempre prematuras.

---

mente hacia un país extraño. Son frecuentes los casos en que cesa ésta de modo oficial en lo político, subsistiendo veladamente en unión de muchas características de la colonialidad.

CATEGORÍAS Y CARACTERÍSTICAS DEL MUNDO COLONIAL HASTA 1939

II. Todo esto requiere unas cuantas explicaciones. Entre 1823 y 1939, los países coloniales se encontraban dentro de alguna de estas categorías y características:

a) Países nuevos ya por descubrimiento y poblamiento de tierras deshabitadas, ya por colonización masiva de otras aptas para los europeos, y en las que los indígenas fueron destruídos, absorbidos, fusionados o asimilados. Los *países nuevos* constituyeron las zonas de mayor propagación ultramarina del liberalismo.

b) Países viejos, generalmente de civilización oriental estancada, que por su retraso, o, si prefiere, por su debilidad, caían bajo el imperio de un poder occidental, el cual creaba intereses y respetaba mucho o bastante de las instituciones preexistentes, bien que paulatinamente el influjo de las metropolitanas fuera cada vez mayor. En éstos el liberalismo casi ha entrado cuando los poderes metropolitanos han salido y mediante acomodaciones y deformaciones.

c) Países salvajes, no aptos para la colonización europea masiva y carentes de una civilización propia que utilizar; utilizados (más bien «explotados») económicamente, atendiendo a la vez a la transformación («civilización») de su elemento humano, con ritmo y métodos muy variables. Están todavía en un estado muy desigual de aprendizaje liberal, cuando ciertos poderes vecinos o metrópolis influyentes han superado esta situación, sin que ellos se hayan creado las condiciones precisas para un liberalismo totalmente interno.

d) Países-clave (a veces sólo «puntos» o «posiciones-clave»), cuya situación estratégica para la guerra o el tráfico motivaban su posesión; en muchos de ellos no era difícil dominar a un medio reducido para moldearlo como se deseaba; en todo caso, con el fin de su utilización, condicionó la acción colonizadora, más interesada en mantener sólidamente arsenales, factorías, fortines o bases que en implantar el liberalismo, como sigue ocurriendo hoy, a pesar de la creación (casi inédita) de los fideicomisos sobre «áreas estratégicas».

e) Países mixtos, en los que coexistían varias de las características de las anteriores categorías, complicando las perspectivas de la política a seguir, que en ciertos aspectos parecía que debía ser de introducción del liberalismo y en otros la contraria, supuesto muy frecuente y embarazoso.

CORRIENTES LIBERALES EN LA VIEJA POLÍTICA COLONIAL

III. En teoría, la propagación del liberalismo en los países dependientes o coloniales debiera haber sido muy rápida por la convergencia de varias corrientes consagradas oficialmente en las principales metrópolis. Señaladamente:

a) La *tradicional británica,* inspirada en Gladstone, según la cual «cada inglés lleva consigo sus libertades adonde quiera que va», por lo que la Corona, en las colonias «de establecimiento» (países nuevos) debía organizar un Gobierno no arbitrario, sino basado o influído por el parlamentarismo metropolitano, de modo que los componentes de sus Asambleas representativas votaran los tributos, mientras que en las «cedidas» o «conquistadas» (muchas de ellas eran países viejos) debía de respetar las libertades o derechos preexistentes, que tenían cierto matiz liberal cuando se trataba de adquisiciones de otros países europeos, como Quebec y El Cabo.

b) La *revolucionaria francesa,* que desde el abate Gringoire en adelante sostenía la igualdad de los humanos y, por tanto, la aplicación universal de los principios políticos válidos en Europa; es decir, la «asimilación» integratoria proclamada por la Constitución de 5 de fructidor del año III, en sus artículos 5.º y 6.º, y reiterada en la de 1848, artículo 109.

c) La *tradicional española* y *portuguesa, adaptada por los constitucionalistas de Cádiz* (seguidos por los de Lisboa), según la cual los soberanos peninsulares ostentaban en este y en el otro lado del Océano diversas coronas, que habían de integrar una sola entidad política, cuyas partes eran iguales *in status,* si bien desiguales *in functio-*

nis, criterio recogido por la Junta central española en su declaración del 22 de enero de 1809 (1) y por el artículo 1.º de la Constitución española de 1812 (extendida a Portugal en 1821): «La nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios.»

d) La *norteamericana*, tan influyente en la América ibérica y luego en Filipinas con su progresiva absorción asimilista y constitucional de los «territorios» exteriores o colonizados, generalmente por el sistema de su ingreso como nuevos Estados federales en la Unión bajo la inspiración de la Ordenanza del N. O. de 1787, bien que sin contar apenas con el elemento autóctono antes de 1899 (2).

e) No debíamos añadir aquí a la *bolchevique*, según la cual el problema colonial no es sino una faceta del universal de la explotación del hombre (proletario) por el hombre (burgués), porque, además de ser posterior a 1919, conduce a la aplicación a las colonias bolcheviques del comunismo, y éste no es una forma del liberalismo. Pero su mención nos ha parecido inevitable por su gran importancia actual.

REALIDADES OBSTACULIZADORAS DE LA PROPAGACIÓN COLONIAL DEL LIBERALISMO

IV. Al lado de estas corrientes, realidades e intereses más poderosos o efectivos, provocaban, no siempre espectacularmente, una serie de contramedidas que atenuaban o desnaturalizaban aquella propagación del liberalismo, hasta reducirlo en ocasiones a una falsificación o un simbolismo.

Recogemos las siguientes:

a) La realidad física.—Se trataba de países alejados de las metrópolis, donde residían los poderes centrales en una época de comunicaciones escasas y lentas, sin que aquéllos, en su interior, tampoco poseyeran una red viaria tal como para permitir el perfecto funcionamiento de un mecanismo político como el metropolitano. Países con un medio natural casi siempre hostil, muchas veces pobre, y por lo menos difícil, en el que la Naturaleza primaba sobre el hombre. En muchos de ellos el blanco no arraigaba en sociedades compactas que propagaran el liberalismo. O, si arraigaba, estaba en minoría. Las ciudades de los europeos eran pequeñas o aisladas, mientras que los indígenas muchas veces eran nómadas o se mantenían en grupos cerrados como los que conoció la Europa medieval.

b) La realidad humana.—Los colonos no eran siempre gentileshombres, apóstoles o letrados, ni sus circunstancias de vida eran las más propicias para la moderación en la convivencia. Los indígenas, las más de las veces, los recibieron hostilmente, conservando largo tiempo su recelo. En muchos lugares la ensambladura seguía sin producirse ya bien entrado el siglo XX, existiendo una mera yuxtaposición mecánica e involuntaria, precaria, por tanto. Incluso entre los elementos no europeos, los de distinta procedencia o extracción social formaban «comunidades plurales» combinadas con un sistema de castas hostiles entre sí, lo que no desagradaba del todo a las metrópolis liberales, pero partidarias del *divide et impera*. El grado de desenvolvimiento de estos elementos era extremadamente desigual. Pero los que, por no poseer una cultura propia (como los fetichistas negros y cobrizos), podían ser «asimilados» por el liberalismo, solían ser gentes bárbaras y poco capaces, con un lastre multisecular de salvajismo y atraso difícil de superar. Las que, por el contrario, estaban más adelantadas, lo eran por poseer una cultura propia, como las de los pueblos islámicos, hindúes y amarillos, que resultaban siem-

(1) «Los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias o factorías como las de las otras naciones, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española.»

(2) Durante cierto período, los Estados Unidos vacilaron antes de declarar extensible a Ultramar su Constitución, apareciendo importantes decisiones negativas en la jurisprudencia de su Tribunal Supremo. Pero aun se llevaron a Ultramar sus ideas constitucionales sobre representación y responsabilidad políticas, y más tarde sobre derechos individuales y separación de poderes.

pre xenófobos o herméticos. El barniz liberal de las *élites* nativas fué más bien superficial como ingrediente europeizador, pero profundo como revulsivo antieuropeo y como desarraigador y casi siempre deformador del modelo (1). En definitiva, las poblaciones se componían de *súbditos*, no de *ciudadanos*.

c) La realidad económicosocial.—En las colonias no existía una estructura clasista con una fuerte burguesía de intelectuales, profesionales y comerciantes, capaz de desempeñar los puestos públicos y encarnar el sistema liberal, dando vida a los partidos. Para mayor complicación, los colonizadores solían ser muchas veces los empresarios y los colonizados la mano de obra, durante mucho tiempo esclava. Tampoco existía el mínimo de equilibrio y diversificación económicos indispensables para el buen funcionamiento de las instituciones liberales. Muchos metropolitanos, incluso las autoridades, solían estar más interesados en mantener los monocultivos y los monopolios productivos *(grow tobacco...)* que en expandir las luces liberales. Los sistemas de las *compañías* y del *pacto* pesaban como sendas losas sobre las tentativas de desenvolvimiento industrial y comercial de las colonias, incluso cuando sus primeros progresos políticos eran ya perceptibles. El temor de la minoría de funcionarios y colonos, a los efectos explosivos de la fórmula «un hombre, un voto» (si se consideraban como hombres los indígenas) fué decisivo, al apoyar los privilegios de las fuerzas económicas, que normalmente hubieran debido combatir.

d) Las realidades metropolitanas.—De una parte, el predominio de las oligarquías e intereses, a quienes preocupaban más la seguridad y el beneficio que la educación y el progreso. De otra, la indiferencia a veces general de los partidos y sectores metropolitanos, que dejaban los asuntos coloniales en manos de reducidos grupos vinculados a aquellas oligarquías e intereses. También los reflejos de los cambios políticos metropolitanos, con sus retrocesos y modificaciones, y hasta las influencias exteriores sobre las metrópolis débiles, filtradas por su conducto a Ultramar.

e) No eran despreciables entre estos factores obstaculizadores otras realidades metropolitanas, pero de alcance internacional, a las que ya hemos aludido al principio. Así, las divergencias que los diferentes países metropolitanos ofrecían respecto de las modalidades prácticas del liberalismo y sobre el límite de los cometidos públicos y privados. Y la falta de una instrumentación universal que exhibiera ante las gentes de color la solidaridad liberal de los blancos. Las frecuentes guerras, con sus repercusiones ultramarinas, y las consecuencias del traspaso de territorios coloniales, perjudicaron al arraigo de los principios implantados por los vencidos o expulsados.

(1) En las colonias la división bipartidista alrededor de dos programas de «derechas» e «izquierdas» se trocaba en aglutinación de sectores humanos con intereses antagónicos, polarizados por alguna personalidad. Así, los *colonos*, generalmente conservadores, de los que salían los *criollos* secesionistas y los *mestizos* revolucionarios; los *nativos*, tradicionalistas y xenófobos, de los que surgían *juventudes* revolucionarias. Finalmente, tras los Sindicatos, el *marxismo*. El socialismo llegó tarde a las colonias, casi a la vez del comunismo, más eficaz demagógicamente. Las minorías solían ser oportunistas, creando grupos oscilantes. La tendencia a la pulverización de los partidos era muy grande siempre.

LAS DOS FÓRMULAS DESNATURALIZADORAS DEL LIBERALISMO: «INDIRECT RULE» Y ESPECIALIZACIÓN ADAPTATORIA

Para desnaturalizar la aplicación del liberalismo metropolitano se emplearon, con gran profusión de variedades, dos fórmulas: la del respeto a los sistemas indígenas y la de la especialidad adaptatoria del sistema liberal exportado. Véamoslas:

a) Con arreglo a la primera, no podía *imponerse* el liberalismo—ni nada metropolitano—, sino exhibirlo, elogiarlo, recomendarle y facilitarlo. El protectorado, y su próximo pariente el *indirect rule*, servían estos propósitos. Había que respetar las ideas y los sentimientos, los medios de vida y las es-

tructuras indígenas, muchas veces garantizados por estipulaciones de rango internacional o equivalentes, como los tratados de protectorado, vasallaje e incluso de anexión. En definitiva, con este sistema se preconizaba una diarquía política, vagamente liberal para los asuntos de los europeos y los de carácter mixto o común (incluídos los militares, comerciales y diplomáticos). Autoritaria (como en general solían ser las jerarquías nativas) para los asuntos de los indígenas o locales que no afectaban al «orden público» colonial. Diarquía desigual y cambiante, contra la que la O. N. U. ha arremetido en estos últimos tiempos a través de su Consejo de Fideicomisos, para preconizar un asimilismo, más que liberal, democratizador *à outrance.* El «Gobierno a través de los jefes y consejeros nativos» suponía el ir moldeando lentamente a éstos, bajo la influencia de los principios occidentales, o sea, liberales. Pero sin una forzosa velocidad ni fidelidad. Bien es verdad que esta fórmula dejaba un resquicio para la «liberalización» indígena: la acción de los europeizados y evolucionados—esto es, desarraigados—, que han ido formando minorías de creciente importancia, las cuales, al declinar el liberalismo, después de la primera guerra mundial, han arremetido contra los sistemas y poderes tradicionales, primero bajo la complacencia maquiavélica de sus mentores, y luego, volviéndose contra éstos, tardíamente alarmados. El liberalismo aplicado por las *élites* lo ha sido casi siempre por vía de imposición dictatorial, a veces sangrienta, sobre las masas y los extranjeros.

b) Con arreglo a la segunda fórmula, el liberalismo no podía pasar el mar sin que se mojaran los textos que lo consagraban, ablandando con ello sus postulados al traducirse en realidades. En España, por ejemplo, desde 1837 las Constituciones solían insertar un precepto tan sobrio como enjundioso: «Las provincias de Ultramar serán gobernadas por *leyes especiales,* añadiendo la de 1876 este astuto párrafo: «Pero el Gobierno queda autorizado para aplicar a las mismas, con las modificaciones que juzgue convenientes y dando cuenta a las Cortes, las leyes promulgadas o que se promulguen para la Península.» En nuestro Ultramar se daba el caso curioso que los autonomistas defendían el asimilismo jurídico, mientras que los «incondicionales», tras de proclamarlo como principio, protestaban contra su aplicación en detalle. Y así el liberalismo se atenuaba o esfumaba por muchos medios: distintas condiciones para ser elector o elegible, añadiendo requisitos que dejaban fuera a la masa de la población colonial; distinta proporción entre electores y elegidos, más la exclusión del Parlamento metropolitano de los representantes coloniales (1); facultades excepcionales de las autoridades gubernativas y militares: «indigenato»; confusión entre ambas y las judiciales; restricción temporal o permanente de las garantías individuales; intervención preventiva o decisoria de las lejanas autoridades metropolitanas (2) en los asuntos más importantes («reservados», «comunes», «de soberanía», «imperiales», etc.). A todas ellas pueden añadirse las derivadas de la realidad ambiente, que no permitía a la pobre, inculta y desvalida masa indígena conocer ni ejercitar sino muy menguados derechos locales frente a los poderosos. Y todo ello en una época de *laisser faire,* en la que el pez gordo metropolitano (sobre todo plantador o comerciante) devoraba al pez chico nativo, aunque fuera algo más que un *cooli.* Ya que cuando la O. I. T. ha elaborado un sistema intervencionista en las relaciones sociales que tiende a proteger al trabajador colonial, puede decirse que el liberalismo estaba en el

---

(1) El sistema del «doble colegio» jugaba aquí su papel decisivo. Al principio, la separación en colegios era entre metropolitanos y evolucionados; desde 1946 Francia ha agrupado a ambos en el primer colegio, y a la masa, con más o menos excepciones, en el segundo. Pero, para evitar la desproporción de representaciones, restringe el número de los que normalmente correspondían a la masa.

(2) Aquí podemos recordar los poderes de desaprobación y reserva y aprobación «excepcional» de los gobernadores coloniales británicos, y los de aprobación, *dissalowance* y anulación de la corona.

trance de extinción a que lo sometieron desde la derecha y desde la izquierda las fuerzas totalitarias y destacadamente los Sindicatos marxistas.

Entre las maneras de emplear esta fórmula destaca la de Francia, que inventó como sustitutiva de la *asimilación* liberal la *asociación*, política que limitaba—con prudente realismo, justo es decirlo—la introducción y el goce de los principios liberales a grupos minoritarios y selectos de las poblaciones nativas (las mentadas *élites*), cada vez mayores; considerando como tales, por lo común, a las más afrancesadas o leales, aunque su selección supusiera un alarmante desarraigo. Combinando esos ensayos con un sistema fuertemente burocrático, en el que sus gobernadores lo eran todo y las Asambleas (Consejos privados o administrativos, Delegaciones financieras) muy poco, y a base de la mentada separación en colegios. Inglaterra fué mucho más ampliamente liberal en sus colonias de población, pero sólo para con los colonos de su sangre, mostrándose sumamente reservada respecto a la alteración de los medios tradicionales de vida para los que no lo eran. De modo que, uniendo esa reserva a la ausencia de mestizaje, representó el deseo de no catequizar a ningún extraño para una liberalización a la británica, que hubiera significado su equiparación con los elementos metropolitanos. Así, sus Asambleas o Consejos, limitadores del poder gubernativo local—aunque a su vez limitados por el metropolitano—, actuaban por y para la gente británica y europea y mientras las cosas marcharan normal y pacíficamente. En otro caso cedían el paso al ejercicio de facultades gubernativas, más expeditivas que liberales. Por su parte, Holanda no exportó hasta muy tarde su liberalismo metropolitano, y los dos países ibéricos, que hicieron lo contrario, fueron más pródigos en declaraciones que en realizaciones arraigadas, quizá como consecuencia de su excesivo mimetismo respecto de modelos poco útiles.

EL LIBERALISMO CUMPLIÓ EN LAS COLONIAS UN PAPEL HISTÓRICO EN GRAN PARTE VALIOSO Y POSITIVO

VI. No debemos proseguir sin puntualizar un extremo: las anteriores indicaciones no constituyen un desahucio póstumo del liberalismo, propósito ajeno al que nos ocupa. Contra el rudimentario, unilateral e injusto mal gusto de condenar *a posteriori* como «fracasado» al liberalismo decimonónico, hay que recordar que llenó su papel en una época bastante fecunda del desenvolvimiento de la Humanidad. A pesar del enciclopedismo, del positivismo y del materialismo, y no obstante el laicismo estatal predominante, continuó a su modo aquellas enseñanzas cristianas, con las que los misioneros y los monarcas absolutos quisieron frenar los abusos de los dominadores y elevar a los colonizados, empezando por anotar en su haber la lucha por extinguir la esclavitud, favorecer la evangelización, la acción científica y la sanitaria. Además coincidió fecundamente con el período de la total penetración y del subsiguiente reparto de los rincones olvidados del globo, llevando los adelantos de Europa al desierto y la selva.

Nadie podría haberle exigido milagros, y hubiera sido milagroso esperar que sólo con su difusión se resolvieran fulminantemente todos los problemas coloniales que todavía hoy, y durante un tiempo indefinido, siguen siendo y serán vivos y difíciles. Ni pedirle que acabara con todos los errores y excesos inherentes a la naturaleza humana en la perpetua lucha por la vida, fatalmente desfavorable para los colocados en situación de inferioridad, como los pueblos colonizados.

COMPROBACIONES HISTÓRICAS: LOS PRIMEROS CONTACTOS

VII. Acudamos ahora a las comprobaciones históricas eludiendo en lo posible los puntos controvertibles. Cuando, después de la Restauración posnapoleónica, el liberalismo europeo se abría paso bajo formas moderadas de transición o a través de estallidos revolucionarios, Europa acababa de per-

der un mundo: el americano, ante cuya pérdida, lejos de practicar la solidaridad europea, la isla madre del liberalismo atizó la secesión, no por amor a la libertad ultramarina, sino por interés en la adquisición de clientelas mercantiles y a ser posible políticas. Rápidamente fué su hijuela norteamericana la que aprovechó la crisis explosiva de las imitaciones liberales en los países emancipados para tomarles una delantera que la situara hegemónicamente entre ellos, expansionándose hacia el Oeste y el Sur. Sin embargo, Europa se desquitó con rapidez y amplitud, bien que distribuyendo muy desigualmente los cometidos y los provechos en tal empresa, que, de haber sido más común, hubiera producido consecuencias distintas. No fué indiferente que la parte del león en el reparto del botín ultramarino correspondiera a los Estados occidentales del mayor avance liberal. Las víctimas fueron los países orientales y africanos, donde el constitucionalismo al estilo occidental era desconocido (con dudosas excepciones, como Hawai y las repúblicas boers), ya que la sociedad nativa se asentaba sobre añejas bases tradicionalistas o consuetudinarias, en lugar de escritas; religiosas o míticas, en vez de seculares; de articulación oligárquica en favor de castas o grupos dominantes, y con acusado oscurecimiento de la personalidad individualizada, reemplazada por grupos, tribus y castas. Estos pueblos tuvieron que iniciarse en el liberalismo en las peores condiciones: 1), conociéndolo como importación impuesta por los odiados conquistadores; 2), sin preparación interna para comprenderlo, digerirlo y adaptarlo; 3), luchando con las limitaciones derivadas de un sistema exótico y desigual en lo económico, social y cultural, que había venido a destruir el equilibrio preexistente. Por eso sus primeras reacciones—por ejemplo las de los hindúes bajo Inglaterra y las de los argelinos bajo Francia—fueron las de utilizar las posibilidades liberales en contra de sus mentores, provocando la reacción de éstos.

LOS PROCEDIMIENTOS Y SISTEMAS BRITÁNICOS

VIII. De ese panorama se exceptúan en rigor las colonias de población británica, que prontamente practicaron, conforme al modelo metropolitano, la discusión en Asambleas elegidas, al menos en parte, criticando a sus Gobiernos más o menos responsables, por lo menos conjuntamente ante el representante de la metrópoli y las mentadas Asambleas (1).

Los británicos empezaron entonces por añadir a los gobernadores Consejos burocráticos; luego incluyeron en éstos a un grupo de particulares, que, andando el tiempo, empezó a ser elegido restringidamente; después ampliaron las franquicias, dando vida a una Asamblea popular al lado de los Consejos burocráticos o nombrados (1); al final concedieron la primacía a la Asamblea popular, que en algún caso fué única. Evolución que se combinó con la de los partidos turnantes, copiados de los metropolitanos, salvo donde existían núcleos alógenos, que tenían que agruparse también parlamentariamente. Y que creció con el librecambio para recoger después las corrientes de un proteccionismo solidario, que se encaminó hacia la *preferencia imperial*. Ese liberalismo tras-

---

(1) En el Canadá, la generalización del liberalismo político coincidió con la creación de la Federación (1867). En Sudáfrica la precedió (en El Cabo existía el Gobierno responsable desde 1872 y la Unión surgió en 1909, precedida por el elipse de las libertades boers en 1902), como sucedió en Australia (donde existió el Gobierno responsable desde 1855, mientras que la Mancomunidad no se constituyó hasta 1900) y Nueva Zelanda, que entre el comienzo del Gobierno responsable (en 1852) y su erección como Dominio (en 1907) registró un período de desarticulación (año 1876).

(1) Generalmente, la Asamblea nombrada se llama Consejo Ejecutivo, y la elegida, Legislativo, Cámara o Asamblea. Para atenuar el conflicto de la «doble responsabilidad» — ante esta Asamblea y la metrópoli—del gobernador, se ha creado en algún caso un Comité de enlace mixto.

cendió de la esfera local y dió vida a un sistema mundial de relación del que ha surgido por etapas, sin saltos, la llamada Mancomunidad Británica de Naciones (1). Que ha acabado por perder el rótulo de británica al englobar miembros de civilización no occidental, apresuradamente proclamadores de Constituciones aparentemente ultraliberales, pero que en realidad conservan sus concepciones autoritarias, extrañas e inconsistentes con el liberalismo, como se ha visto al aplicarlo a vecinos, minorías y principados locales. En su espléndido lote colonial, el Reino Unido ha seguido por inercia introduciendo principios liberales, cuando ya no podían producir resultados totalmente liberales por el cambio de circunstancias. Así, la ruptura del turno—por aparición del laborismo—, la coaligación de las fuerzas sociales—por el sindicalismo, las huelgas y los *trusts*—y el intervencionismo oficial—planificaciones, cartelización, nacionalizaciones—. Llegando a resultados divergentes: en las dependencias con una sociedad británica consolidada, a rebrotes del liberalismo, en la medida en que las circunstancias lo permiten (Rodesia del Sur, Bahamas), aunque conteniendo los anhelos de la mayoría nativa (Keña) o equilibrándolos con los de los alógenos no europeos (Fiyi, Trinidad). El liberalismo entre núcleos de color sólo se encuentra restringidamente en viejas colonias con tradición automática como Jamaica y otras Antillas; al aparecer en dependencias sin esa tradición, produce resultados explosivos, como se ha visto en las recientes elecciones de Costa de Oro. También hoy el Reino Unido mantiene su tradición de subordinar el liberalismo a sus intereses imperiales: como realidad inevitable en los casos de Chipre y Malta, al revocarse de un plumazo todas las libertades locales e instaurar un Gobierno militar hasta que la sumisión a su poder le permita volver a conceder franquicias.

(1) La ruta de la autonomía internacional la inició Canadá en 1859; en 1884 empezaron las Conferencias «coloniales», desde 1902 «imperiales». La Mancomunidad («Commonwealth») es consagrada oficialmente en la de 1926 y recibe su Estatuto (el de Westminster) en 1931, 11 de diciembre. De los miembros que la integran, Canadá es ampliamente liberal; Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y la misma Gran Bretaña conservan bastante del liberalismo; Rodesia del Sur sigue su ruta hacia él; pero India, Pakistán y Ceilán tienen bien poco de liberales. Eire, al salir de la Mancomunidad, ha ganado en liberalismo; Birmania, todo lo contrario.

LOS PROCEDIMIENTOS Y SISTEMAS CONTINENTALES Y LOS NORTEAMERICANOS

IX. Francia ha logrado arraigar el liberalismo en algunas pequeñas colonias insulares, devenidas «Departamentos de Ultramar», como Reunión, Martinica y Guadalupe (2). En otras, el elemento autóctono no lo ha permitido: Senegal, Cochinchina, India. La culminación de sus intentos de generalizar el liberalismo en Ultramar ha sido tardía, casi póstuma; coincide con la época de las oligarquías de partidos coaligados, sindicatos forzosos y políticos, socializaciones y depuraciones, que da vida, después de la segunda guerra mundial, a la IV República, y tras ella a la Unión Francesa. Unión cuyos órganos supremos, o son decorativos (como la Asamblea de la Unión y el Alto Consejo), o son los mismos de la República francesa (presidente, administración, diplomacia, ejército...), y cuyos componentes conocen sólo y parcialmente formas superficiales de los últimos restos del liberalismo: las Constituciones de los reinos indochinos (1948-50), el Estatuto argelino (1947) y las leyes electorales de los territorios de Ultramar (1946-50). El fracaso del liberalismo clásico en Argelia—donde florece aún el «doble colegio» como instrumento electoral—ha sido decisivo para frenar en París cualquier intento

(2) Pero no en la Guayana, flamante departamento en estado salvaje (en su interior), donde la aplicación de las normas políticas democráticas de la metrópoli constituye un escarnio casi carnavalesco, mientras no cambien las realidades locales.

de extenderlo a Marruecos o Túnez. Los «recuerdos» liberales de Siria y Líbano—peores aún que los de Irak y Jordania para Londres—han pesado mucho en la mente francesa.

Como en el caso citado de los territorios de Ultramar (antes colonias) de Francia, Holanda, en sus Indias Orientales, inició débiles ensayos de democracia sin haber introducido el liberalismo: el Volksraad, creado en 1916. En nombre de los principios democráticos, los Estados Unidos han intervenido decisivamente para privar a Holanda de aquel rico conjunto, por lo que los intentos de la metrópoli para no volver a retrasarse en este aspecto, tienen lugar desde 1950 en escenarios poco propios, como los de Curaçao, Surinam y Nueva Guinea. Más cauta Bélgica, no ha llevado la democracia al Congo, sino que ha aplicado los principios liberales de respeto y dignificación humana, sin ligarlos a las formas políticas que los caracterizan en gran parte de Europa. De las otras metrópolis europeas, Dinamarca ha procedido de un modo semejante y paternalista en Groenlandia; Italia, que pasó del fugaz e infeliz ensayo democrático de Nallino en Cirenaica, en 1920, al fascismo, aplica ahora forzosamente —por imposición de la O. N. U.—exagerados pero superficiales criterios demoliberales en Somalia. Portugal, desde 1930, y España desde 1936, han dejado a un lado los sistemas liberales, nunca muy felices en sus propios solares europeos, y, por tanto, no los aplican en sus dependencias, en donde imperan el corporativismo portugués y el catolicismo social español, respectivamente (aparte del Marruecos jalifiano, donde se conserva el sistema autoritario islámico). Fuera de Europa, los Estados Unidos fueron progresivamente liberales y demócratas en Alaska y Hawai—sumergiendo previamente a las sociedades nativas—, así como en Filipinas, independizada políticamente en 1946; en cambio, han procedido más lenta y menos voluntariamente en Puerto Rico, donde sus concesiones políticas han acusado el contrapeso de la hegemonía económica conservada por sus capitalistas, que redujo a menguadas resultancias los principios liberales. Los Dominios que poseen dependencias (Australia, Sudáfrica, Nueva Zelanda), salvo donde una presión exterior—la O. N. U.—los obliga, no muestran un excesivo celo liberal. Las dos metrópolis desaparecidas, Japón y Alemania, nunca exportaron liberalismo alguno a sus dependencias.

DECLIVE Y PERSPECTIVAS DEL LIBERALISMO EN EL MUNDO COLONIAL

X. La sangrienta trayectoria de la Humanidad en la primera mitad del siglo XX tiene la culpa del rápido declive liberal. Este declive viene a coincidir con el del poder europeo y con el de la prosperidad del mundo (1). La primera guerra mundial inició el quebrantamiento del prestigio europeo en Ultramar, ampliamente agravado después de la segunda. Quebrantamiento que coincidió con la crisis del liberalismo clásico y la aparición en Occidente de un nuevo tipo político, neoliberal, en realidad de formas degeneradas del liberalismo decimonónico, la democracia, racionalizada e intervencionista, que presentaba hondas atenuaciones de los principios individuales e igualitarios, mientras en el Este se imponía el bolchevismo, y al final brotaban por doquier manifestaciones dictatoriales y fascistas. Así, el ensayo de control internacional de algunas colonizaciones mediante los mandatos, sólo registró algunas manifestaciones liberales en los mandatos A, devenidos hoy

---

(1) El año 1898, es decir, al producirse la expulsión de España de Ultramar por un país extraeuropeo, Europa dominaba sobre unos 73 millones y medio de kilómetros cuadrados, poblados por más de 153 millones de seres. En 1950 sólo domina (y eso incluyendo a Indochina) sobre 25 millones de kilómetros cuadrados, poblados por 172 millones de habitantes, pese al extraordinario crecimiento de la densidad humana. Si estallara la tercera guerra mundial, y en el mejor de los supuestos, Europa quedaría reducida al Africa Negra o poco más, y eso ni vale para proceder discrecionalmente ni con garantías de permanencia indefinida.

Estados independientes árabes (Israel aparte), con Constituciones democráticas importadas de aplicación superficial o tempestuosa. Por esto no puede extrañarnos que, tras de la segunda guerra, el ocaso del liberalismo se haya acentuado a través de caminos distintos. Así son los de entregar dependencias que no gozaban del liberalismo político, pero sí del civil europeo o imitado, a Estados donde ni siquiera se conoce el último: los japoneses, a Rusia; Eritrea, a Etiopía; de la aparición de Estados independientes con una fachada ruidosamente «avanzada», pero con un contenido peligrosamente atrasado que disfruta una oligarquía de ideólogos: Birmania, Indonesia, la misma India; de la «fabricación» de Estados penosamente viables, como Libia o Corea, etc. El liberalismo se ha ido del viejo mundo—dejando, claro está, huellas y supervivencias en buena parte útiles—sin haber llegado nunca a muchos rincones de Ultramar, que pasaron de las caravanas al avión sin percatarse, es decir, del autoritarismo nativo a la democracia sin liberalismo. Por otros adonde llegó, pasó rápidamente también; es inútil pretender resucitarlo si no se resucita el clima que permita su desarrollo. Allá donde por inercia y por la lentitud de la evolución se conserva en algunas dependencias, tiene, como todo lo humano, sus días contados, y además contados con brevedad, porque todos los influjos exteriores se vuelven contra él, haciéndolo anacrónico e inobservable. E incluso los influjos más paradójicos y desconcertantes, como los emancipadores de tipo *standard, made in Flushings Meadows.*

Es cierto que ahora alborea una nueva fase de la colonización, la cual ha experimentado grandes mermas, pero no ha desaparecido, como muchos pronosticaban, al acabar la guerra última. Pero no parece que haya de ser muy liberal. Los impulsos democráticos de la O. N. U., especialmente en los fideicomisos, son dudosamente liberales. La acción del regionalismo colonial acusa la influencia extraliberal de los países emancipados que destacan en los conjuntos regionales: la India, China, la Liga Arabe y hasta ciertos países del Caribe. Nada digamos de la obra de Moscú.

Al fin y al cabo, todas las relaciones entre los grupos humanos han cambiado desde 1945, y el contacto colonial no podía ser una excepción en esa transformación, que todavía no ha cristalizado en forma de una cierta estabilidad, porque no lo permite el estado de inseguridad en que vive el mundo, escindido en dos mitades irreconciliables. En todo caso hay algo cierto: el sistema tutelar que prevalezca, a lo sumo—si triunfa el criterio occidental—acusará muchos recuerdos de la pasada época liberal. Pero nada más. Las futuras generaciones de aquende y allende los mares conocerán el liberalismo a través de las descripciones de los textos de Historia, que no siempre serán generosos al juzgarlo si proceden de plumas indígenas.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

FUNDADOR
PEDRO LAIN ENTRALGO

SUBDIRECTOR
LUIS ROSALES

SECRETARIO
ENRIQUE CASAMAYOR

●

EN NUMEROS SUCESIVOS

Ernst Robert Curtius: *Alemania y el pensamiento español actual.*

Charles Dekonig: *El bien común y la primacía.*

Gregorio Marañón: *El ocaso de San Martín.*

Esteban Pujals: *Interpretación romántica de la naturaleza en Byron.*

Karl Vossler: *El lenguaje y la religión.*

Jaime Pahissa: *Relaciones entre el folklore musical y el argentino.*

Luis R. Soto: *El «Martín Fierro» y su valoración.*

Werner Leibrand: *Relaciones entre Medicina y Religión.*

Luciano Anceschi: *Ezra Pound y la poesía americana.*

José M.ª Valverde: *Montes de azul* (poema).

●

Precio del número 27

QUINCE PESETAS

EDICIONES
MUNDO
HISPANICO